





La broma  
de una mantis religiosa

(novela)



**CEIBO**  
ediciones

Santiago de Chile, 2016

© Poli Délano

1ª edición en castellano: Ceibo Producciones S.A.  
Santiago de Chile, marzo 2016.

Edición: Dauno Tótoro

Diseño: Eugenia Prado Bassi

Ilustración de Portada: Flavia Tótoro Taulis

Producción: Italo Retamal

ISBN: 978-956-359-040-1

Impreso por productora gráfica ANDROS

# La broma de una mantis religiosa

Poli Délano



**CEIBO**  
ediciones

Santiago de Chile, 2016



PRIMERA PARTE





## U N O

Tras la barra, Genaro Montesco preparaba el segundo Martini seco de los tres o cuatro con que solía relajarse al llegar a casa después de su jornada de trabajo. Sintió a Lorena entrar sigilosa en esa pequeña sala que andando el tiempo se había convertido en un bar desde cuyas paredes sonreían los rostros de Dustin Hoffman, Brad Pitt, Michelle Pfeiffer, Sandra Bullock, y provocaban nostalgia los multicolores posters de algunas películas clásicas, Clark Gable y Vivienne Leigh en *Lo que el viento se llevó*, Bogart y la Bergman en *Casablanca*, Kirk Douglas en *Espartaco*, hasta uno bien desteñido de Magda Barral en *Pozo oscuro*, la cinta más taquillera que dirigió su tío Ramiro. También había objetos por largo tiempo fuera de uso, como una máquina de escribir marca Remington, tres cámaras fotográficas de diferente modelo, una victrola con el perro pirata de la RCA, antigüedades muy al estilo del Charles O'Brien que habían frecuentado años atrás, durante la luna de miel que les encendió la sangre en Puerto Vallarta, esa deslumbrante joyita levantada junto al Mar de Cortés, donde Ava Gardner y Richard Burton filmaron *La noche de la iguana*, y donde para Genaro y Lorena estalló el amor con la furia de un ciclón. No se volvió a mirar a su esposa, pero le preguntó si deseaba un Martini.

—Bueno, uno solo. Nunca tan seco como el tuyo.

El los preparaba según la receta de un amigo mexicano del tío Ramiro. Primero enfriaba la copa con cubos de hielo que pronto iban a dar al lavadero. En seguida le ponía cinco gotas de Martini italiano con un gotario de farmacia. Y finalmente llenaba la copa cónica con gin Beefeater y dejaba caer en ella una aceituna amarga. Terminó su empresa con la precisión de un químico y le pasó a Lorena su trago. Ella se había sentado en la mecedora.

—Salud, muñeca—. A pesar de los veinticinco años de circo matrimonial que llevaban, no perdía la costumbre de llamarla “muñeca”.

—Salud —respondió Lorena, y saboreó sonriente su cóctel—. Te quedó rico.

—Como siempre, ¿no?—. Ella le devolvió un mohín de simpatía burlona—. ¿Vas a salir de nuevo?—. Pensó de inmediato en lo tonto de su pregunta. Si su mujer vestía la falda de lino celeste y esa blusa gris—gato de seda italiana, era que sin duda iba a salir.

—¿Te molesta?

—Saliste ayer. Y el lunes también—. Era miércoles.

—¿Y?

Genaro se encogió de hombros y la quedó mirando fijo, sin sonrisa.

—Pienso que también podrías disfrutar más de la casa. Se te ve poco.

—¿Disfrutar? El panorama aquí no es muy divertido, cariño, desde que se fue Carlitos—. Dijo “cariño” con cierto tinte irónico—. Me gusta copuchar con mis amigas, pelar a las suegras, escuchar algún chiste picante, reír... ¿Algo de malo en eso?

—Para nada —. Ahora Genaro esbozó una sonrisa mínima, teñida con una dosis prudente de cinismo. Sabía que no era exactamente con amigas que Lorena se iba a juntar—. Sólo cuídate, Muñeca, Santiago se va convirtiendo en una ciudad peligrosa por las noches. Hasta en nuestra tranquila y sagrada comuna de Ñuñoa se multiplican los atracos, los asaltos a bancos, el robo de automóviles, las violaciones—... Se cuidó de agregar “y los asesinatos”.

—¡Qué susto! —dijo Lorena.

—No lo tomes a la ligera.

—Me sé cuidar, cariño, yo no corro riesgos—. Genaro la miró asintiendo levemente, en un gesto de reproche. Qué locura, por supuesto que sí corría riesgos y, además, ella lo sabía. Lorena se puso de pié, dejó la copa sobre la barra y le dibujó un beso con los labios. El tuvo una sensación cálida al mirarla. Su muñequita se mantenía bien. En un par de semanas cumpliría cuarenta y cuatro años y todavía

la pegaba. Sus piernas sin medias seguían tersas, buena línea. Los pechos aún mostraban una postura digna. No había echado kilos de sobra, se desplazaba con gracia.

–Chao cariño. Te dejé un plato preparado. Dale un minuto en el “micro” y premia tu sed insaciable con un Misiones blanco que puse a helar.

–¿No llevas chaleco? Refresca en las noches. Esta primavera ha sido traidora, no te descuides.

–Tengo un chaleco y una bufanda en el auto.

“Desde que se fue Carlitos”. A Genaro le quedó dando vueltas la frase. Decidió tomarse el último Martini antes de cenar. También se propuso escuchar de nuevo el CD de Miles Davis y John Coltrane que le regaló Marta a título de nada, tan sólo porque sabía que le gustaba el jazz. Un encanto Marta, qué suerte que la hubieran trasladado al departamento de diseño en la empresa. Tres veces habían almorzado juntos en La Tecla, y tenían pendiente salir en una de éstas a cenar. Una mañana en la oficina, él le dejó caer la invitación con mucha cautela, así como si nada, y ella no respondió con palabras, pero el movimiento de sus pestañas fue claramente un sí. Aunque tuvo uno que otro desliz durante su vida matrimonial, Genaro no se consideraba lo que denominan a la chilena como un “lacho”. Pero le habría gustado tener la mitad de ese desplante natural que despliega el tío Ramiro con las mujeres. Aún de viejo seduce a la que se ponga por delante. Dicen los portavoces de la farándula que ahora anda en travesuras con Laurita Benítez, la actriz que interpretó a Nancy Gloom en la última película del viejo degenerado. Y eso que ella debe tener como cuarenta años menos.

“Desde que se fue Carlitos”... Dos años antes, el hijo único con que la vida los premió a él y Lorena, partió a estudiar literatura rusa en el Swarthmore College de Pensilvania. Ahí, en la localidad de Wallingford, vive Susan, su polola gringa. Además, en Swarthmore enseña Tom Bradley, un notable especialista en novela rusa del siglo XIX, Dostoievski, Tolstoi, Gogol, y Carlitos es un apasionado del

tema. La casa se siente desolada sin su presencia, como una calle comercial en día domingo. Se extraña su música, faltan los amigos que venían a estudiar, los bulliciosos asados que algunos sábados preparaba en la parrilla del patio trasero. Tal vez Lorena sintió que sin él la casa le daba poco que hacer, enfrentó lagunas en sus horarios habituales, notó que el tiempo le quedaba grande y quiso encontrar la manera de llenarlo. Seguramente por eso empezó a salir, en un comienzo a cualquier hora del día, más adelante por las noches. A reunirse con sus amigas, decía ella. Sin embargo, si con criterio realista tomaba en cuenta el hecho de que durante los últimos cuatro o cinco años no se habían abrazado mucho en la cama, parecía consecuente sospechar que esas incursiones de su mujer al mundo exterior pudieran responder a otros motivos. Por suerte, en unos días más un investigador privado, a quien localizó a través de Internet, lo iba a sacar de dudas.

## D O S

Lorena entró al auto perturbada por una ingrata sensación de frío. A fines de la primavera los días son tan calurosos como para hacer a los santiaguinos olvidar que la temperatura suele caer hasta quince o dieciséis grados hacia el anochecer. En esta época del año casi toda la población se pasa la mitad del día estornudando, tosiendo, disparándole los microbios al prójimo. Arrancó el motor, encendió las luces y fue avanzando lento hacia la reja. Se detuvo, abrió la puerta automática con el control remoto y salió a la calle, es decir *entró* en la ciudad. La “ciudad–peligro”, como decía Genaro. Ciudad que en pocos años se había convertido en una fuente generadora de histeria, intolerancia, irritación. Y no dejaba de tener razón: todas las noches había robos de cajeros automáticos, departamentos saqueados, atracos en pleno centro, muchachas violadas; nada más

deprimente que escuchar las noticias cada mañana, una ciudad dura, un mundo irritante. Decidió ir al Hemingway esta vez, un café-bar frente a la Plaza Pedro de Valdivia, pegado al viejo cine ya desaparecido que la deleitó con tantas películas en su adolescencia.

En menos de diez minutos estacionaba su auto a media cuadra del local, unos metros antes del supermercado. A pesar de la brisa fresca, las mesas exteriores del Hemingway estaban tomadas. Por candidatos al resfrío, se dijo, a la bronquitis y a la gripe. ¡Insensatos!

Entró y ocupó una mesa cerca de la megafoto del escritor que dio el nombre al local, frente a un grupo de muchachos que bebían cerveza, reían y hablaban como si quisieran que el resto de los comensales escuchara sus palabras. Probablemente alumnos de la Universidad Finis Terrae, apenas a dos cuerdas. Instalada ya, se le acercó esa misma chiquilla que la atendió la vez anterior. Tenía la estampa de una princesa egipcia.

—¿Qué se va a servir?

—Tú eres Paulina, ¿cierto?

—Sí —dijo la bella “Nefertiti”. ¡Qué sonrisa!

—Tráeme un Kir Royal, no muy dulce, ¿estamos todavía en *happy hour*?

—Sí, señora. Llegó justo a tiempo.

Cuando dio el primer sorbo catador, le dijo a Paulina que estaba muy bueno y ordenó una porción de empanaditas de queso.

Los muchachos eran cuatro, aunque metían bulla como si fueran veinte. Uno de los dos que Lorena podía observar de frente le recordó a Paul Newman, favorito entre sus ídolos del pasado. A pesar que no lo había visto de pie, lo adivinaba alto, espaldas más bien anchas, cabello ensortijado castaño claro, en cuidado desorden. Clavándole la vista lo obligaría a mirarla y, a partir de ese momento, no iba a resultar difícil acaparar su atención. A esa edad son fáciles de cazar, sabía. Si bien en los tiempos que corren el sexo se practica con una libertad salvaje que su generación apenas comenzó a vislumbrar, estos niños, en el afán de acumular experiencias, jamás desechan

una ocasión que se les cruce en el camino. A muchos les gusta relacionarse con mujeres mayores porque ellas pueden enseñarles algo nuevo, transmitirles experiencia, prepararlos para atender con mayor destreza a las noviecitas. Además, les encanta presumir de que andan con una mujer casada; la palabra “adulterio” les sabe a exquisito fruto prohibido. Por último, *dejémonos de buenadas*, pensó, ella todavía estaba bastante apetecible. De pronto, las miradas de ambos se cruzaron y Lorena encandiló al muchacho con un convincente guiño. Ya le tenía ensartado el anzuelo, era cosa de minutos. Recordó la serpiente que le clavó la potencia asesina de sus ojos a una paloma en el zoológico. La dejó inmóvil, después se la comió. El doncel no dejaría de buscar a cada rato su mirada, y ella sería la serpiente.

“Nefertiti” trajo las empanaditas y Lorena –aspirando profundo como para detectar qué aroma se desprendía de sus brazos descubiertos–, ordenó su segundo Kir. Con el Adonis ya se habían mirado en varias ocasiones, intercambiando insinuantes sonrisas. A qué más espera, se dijo. ¡Decisión! Y le emitió el llamado definitivo mediante una ligera inclinación de cabeza hacia la silla vacía junto a ella. El joven entendió de inmediato, chico listo. Dijo algo en el oído al amigo junto a él y se levantó con su schop en la mano. Vino sin titubeos a sentarse a su lado.

–Hola –dijo ella, extendiendo la mano–. Me llamo Lorena.

–Soy Ángel –dijo el muchacho.

Paulina le sirvió el segundo Kir y esperó que la señora diera su aprobación. Lorena le respondió un gesto de que estaba “más que bien”.

–Bueno, salud, Ángel–. Chocaron los vasos–. Te apuesto a que eres estudiante de la Finis Terrae.

–Sí... Estoy en teatro.

–Qué bien, tienes como pinta de actor.

–Pero lo que me interesa más es dirigir.

Lorena se contuvo de contarle que su hijo estudiaba literatura en Estados Unidos. ¿Por qué darle indicios acerca de su edad? Tal vez

ella no representara sus cuarenta y tres, y quizás él tampoco fuera muy experto en calcular los años del prójimo.

–Sírrete empanaditas –optó por decir.

Al poco rato Ángel sabía que ella estudió danza, pero finalmente no tuvo pasta para el ballet, que vivía en una casona tradicional de Ñuñoa que le dejó su padre como herencia, junto con un legajo de acciones, y que las relaciones con su esposo estaban congeladas. Lorena, a la vez sabía que él, aunque estudiaba en una universidad privada muy “momia”, apoyaba activamente el movimiento estudiantil que tenía conmocionado al país, que vivía también en Ñuñoa, en una residencial, y que al padre no lo veía casi nunca. A la mamá sí. Tenía tres mejores amigos.

–¿Y también muchas pololas?

El tardó en responder.

–He tenido varias –dijo–, pero de a una.

–Eres fiel, eso es bueno–. Le gustaban los hombres fieles porque tienen menos posibilidades de portar el maldito SIDA–. ¿Vienes siempre a este lugar?

–Caigo una o dos veces por semana, con algunos compañeros de curso, después de la clase de actuación. ¿Y tú?

–En realidad, no. He venido en dos o tres ocasiones. Es que aquí la gente fuma mucho. Oye –posó una de sus manos en el antebrazo del muchacho, que sintió robusto, musculoso–, creo que no voy a venir más, el olor a tabaco me disgusta. ¿Eres fumador?

–Yo fumo poco. Y quedan pocos lugares donde todavía se puede fumar.

–Yo dejé de fumar hace tiempo, y el humo me molesta bastante –fingió una tosecita–. ¿Quieres que nos vayamos? Prefiero irme.

Ángel vaciló, pero dijo que sí. Lorena le hizo un gesto a Paulina para que trajera la cuenta, señalando que fueran las de ambos.

–Déjame invitarte –dijo.

–Es que...

–No seas machista.

–Es que me había tomado una cerveza antes.

–No importa. Por esta vez invito yo.

Caminaron despacio hasta el auto y ella ofreció irlo a dejar. Entraron. Antes de encender el motor, Lorena se cubrió el rostro con las manos, quejándose de que los tragos se le habían subido un poco. Apoyó la cabeza en el hombro de Ángel, y al instante sintió su abrazo. Un minuto después se estaban besando con entusiasmo. “Qué rico eres”, decía ella, desabotonándole la camisa para acariciar su vientre. “Qué rico haberte conocido. Qué rico esto”, bajando la mano hasta la entrepierna y atenazando la estaca endurecida del estudiante. “Uy que me gustas tú, me calientas mucho, vamos a otra parte, por favor, vamos ya...”. Ángel no hacía más que jadear y jadear.

Lorena dio la partida, encendió las luces. Bajó el vidrio para pasarle unas monedas al acomodador y enfiló hacia Pedro de Valdivia.

–¿Dónde vamos? –preguntó él.

Ella no respondió, pero sabía dónde iban. Aunque conocía algunos moteles más cercanos, prefería el Valdivia, donde muchos años antes llegó muerta de miedo con Genaro, la primera vez que entregaba su cuerpo a un hombre, en los tiempos felices. “Soy tradicional”, se dijo.

## T R E S

Terminando su Martini y rumiando monótonamente unas almendras algo añosas mientras el dúo de trompeta y saxo del CD que escucha a diario una y otra vez –va ya por *Bye-bye Blackbird*–, Genaro, con una expresión de rechazo que se le afinca en la boca,



le da vueltas y vueltas al recuerdo de que no le fue fácil ni cómodo acudir a un detective particular –“investigadores privados”, se hacen llamar, un engorro. Pero por repugnante que resultara, le parecía que mejor era saber. Saber dónde. Saber cuándo. Saber con quién se andaba revolcando su Muñequita. Tampoco le cayó simpático el tal Julián Ramírez, agazapado tras el escritorio como una rata asustada, en su deprimente oficina de calle Bandera. Un sujeto mal afeitado, con un bigotillo amarillento de tanto fumar y las solapas de su chaqueta nevadas de caspa. A punto estuvo de soltarle alguna impertinencia y mandarse cambiar, ¡qué mierda tenía que andar comentando sus problemas con un cerdo desconocido y hostil! Pero ya era tarde para echar pie atrás.

Sentados frente a frente, después de escuchar la petición de Renato, fijar los honorarios y gastos iniciales del programa, y recibir el primer cheque, Julián Ramírez lo miró con una expresión en la que podía adivinarse cierta mezcla de desprecio y lástima, quizás el sentimiento que suele provocar un cornudo entre sus semejantes.

–En cuanto tenga alguna noticia, lo llamaré para que nos encontremos, dijo el monstruo, expirando un tufo avinagrado. –No creo que sea antes de diez días.

–Llámeme al celular –, le pasó su tarjeta. –Nunca al fijo.

–Comprendo.

Sintió que los Martinis le burbujeaban en la cabeza y que esas almendras rancias le estaban espantando el apetito. ¿Qué cena le habría elegido hoy su Muñeca? Ojalá fuera un guiso simpático y liviano, porque de todas maneras estaba dispuesto a comer algo.

Cuando Lorena decidió salir por las noches para juntarse con “sus amigos”, y él tuvo que abordar en soledad la hora del cóctel, empezó a tomar un poco más de la cuenta. Se lateaba. Se le hacía más largo el tiempo. Si bebía, era preciso comer. En todo caso, esa situación no llevaba las de durar mucho, ah no, ya que por ahí rondaba ahora Marta, la inquietante Contadora del Departamento, seguramente esperando que de pronto él se le acercara para con-

cretar la invitación insinuada de ir juntos a cenar. Y eso pasaría en cualquier momento. Mañana. Pasado. ¿Dónde llevarla? Mejor pensar en lugares no muy retirados, porque le cargaba manejar de noche, sobre todo con un par de tragos encima. Y en el barrio había restaurantes de sobra. El Rhenania estaba muy fome, ya no iba casi nadie, aunque el pernil con puré de arvejas seguía siendo como para recibirlo con aplausos. En La Casa Vieja corrían el riesgo de toparse con colegas de la Facultad y motivar habladurías innecesarias. Algún peruano quizás, de los que se muchos se habían instalado por todos los rincones de la comuna; buenísima cocina, bien atendidos, ¡y ese pisco! También en Manuel Montt tenían Los Cuates, tortillas auténticas de maíz. Lorena y él se habían enamorado de la comida mexicana durante aquella feliz luna de miel. Qué sabores, el mole poblano para impregnar el pavo, los chicharrones en salsa verde, tacos al pastor, cochinita pibil. Y no sólo de la comida... También se enamoraron de la temperatura del mar, las ruinas prehispánicas, la manera de hablar de los mexicanos, los colores, los mercados, las iglesias coloniales. En realidad era el propio amor entre ellos lo que se proyectaba como un torrente, derramando en todas direcciones una felicidad que les salía por cada poro. ¿Qué le pasa al amor con el tiempo, en qué momento su matrimonio comenzó a hacer agua, cuánto tardó en irse a pique? A veces no es fácil saber por qué pasan las cosas... Pero a Marta no tenía por qué gustarle la comida muy picante, se dijo, bajando a tierra. Tal vez sería más prudente llevarla a un italiano que ofreciera buenas lasañas.

A las dos semanas del encuentro inicial, lo había llamado el rufianesco detective privado para comunicarle “noticias interesantes”. Lo citó en su oficina.

—Siéntese —dijo en tono autoritario, metiéndose un dedo en la nariz—. Lo que le voy a informar no será de su agrado. Pero usted quiere saberlo. O necesita saberlo. Lea esto. Después le enseñaré las fotos del caso.

*Martes 17*

La señora Lorena sale de su casa a las 8.45 PM, en su auto VW de patente PL 2139. Se estaciona frente a la Plaza Ñuñoa, donde hay varios restaurantes, bares y fuentes de soda, frecuentados por estudiantes del Pedagógico. Entra a un local llamado Las Lanzas, que casi hace esquina con Avenida Irarrázaval. En la plaza está empezando el “caceroleo” de apoyo al movimiento estudiantil. De pie junto a la caja, espera a que se desocupe algún lugar, pero antes de que eso ocurra, dos jóvenes ya instalados le hacen señas invitándola a compartir su mesa. Sin pensarlo dos veces, se dirige hacia ellos, toma asiento y les dice algo que, a juzgar por sus gestos, debe ser un agradecimiento. La atiende una de las garzonas y, en pocos minutos, le sirven una cerveza y un sándwich en pan de molde. La señora conversa con los muchachos, se ríen, tal vez les ofrece invitarles un trago, porque ella misma hace un gesto a la garzona. Parecen congeniar. En el curso de la velada, ella se levanta y se dirige a los baños. Uno de los muchachos le comenta algo al otro. Parecen discutir, y tal vez llegan a un acuerdo, porque el más joven apura su trago, se despide de su amigo y sale del local. Cuando la señora retorna a la mesa, parece sorprendida, y alegre, lo que probablemente significa que las cosas van bien para ella, o sea que el joven que permaneció era el de su preferencia. Llega un momento en que se disponen a partir. El saca una billetera de su bolsillo. Ella hace gestos de que no, discuten, él insiste, ella gana, él guarda su billetera. Fuera del local, entre el clamor en retirada de las cacerolas, conversan unos minutos y finalmente parte cada uno para su lado. Son las 10 hrs. Ella sube a su auto y maneja hasta Dublé Almeyda, dobla hacia la Cordillera. Algunas cuadras más allá vira al Sur (a la derecha) por la calle Juan Moya. Avanza despacio, como buscando el número de una casa, que no es fácil ver en la noche. Frente a un pasaje que se adentra rumbo al Parque Juan XXIII se apega a la acera y apaga el motor. Permanece en el auto. Ocho minutos después, justo detrás de ella, se detiene un taxi. Baja el chofer, que resulta ser el mismo mucha-

cho de Las Lanzas, y se acerca a la ventanilla del Volkswagen. Ella se apea y cierra el auto. Suben los dos al taxi, que él guía al interior del pasaje, estacionando veinte metros más allá, frente a una de las casas. Entran. 10.15 hrs.

ANEXO: El joven en cuestión es René Montecinos, nacido en Iquique (1988), veintitrés años, soltero. Vive solo en una pensión de la calle Merced, pero en estos días cuida la casita situada en el Pasaje Moya, No. 1823, propiedad de su tía Juana Montecinos, de momento internada en el Hospital Salvador. Ha desempeñado diversos oficios (mozo de cafetería, recadero motorizado). Vive de su taxi. Detenido en dos ocasiones por cometer actos de violencia.

Después de la lectura de esta primera parte, Ramírez le mostró tres fotografías de Lorena y el muchacho en su computador. A la salida de Las Lanzas. Al encontrarse en Juan Moya. Y el frontis de la casa en la cual entraron.

¡El colmo, es apenas un niño!

El informe correspondiente al miércoles 19 era parecido. Lorena se junta en el Hemingway con un muchacho al que ya conoce, porque se saludan de beso. Beben un par de tragos durante el *happy hour* y luego salen del local para dirigirse al Hotel Valdivia. El anexo señala que el joven Ángel Lara, nacido en 1990, estudia teatro en la universidad Finis Terrae, y vive con una actriz de cine en la calle Garibaldi 1246, comuna de Ñuñoa. ¡Veintiún años! De mal en peor, ¡qué Muñeca!

El del lunes 24 no difería mucho. Una pizzería en Manuel Montt. Lorena llega sola, toma una mesa y ordena bocadillos y una copa de vino blanco. En menos de diez minutos, un joven de estatura mediana, trigüeño, cabello ensortijado, barba a ras de piel, abandona su grupo de amigos para ir a hacerle compañía. Es obvio que se conocen. Conversan alrededor de media hora y salen del local. Toman un taxi que los lleva hasta un motel de la calle Marín, al llegar a Vicuña Mackenna. Según el anexo, se trata de Marcel Cayuela, veinticuatro años, profesor de natación en el Gimnasio Municipal de Providencia, casado recientemente con Angélica Menares, unos años mayor

que él, educadora de párvulos y co-dueña de un jardín infantil en Avenida Los Leones.

El cuarto informe presentaba una variación importante. Lorena se aparta de la monotonía, no se deja arrastrar a la rutina, exhibe una imaginación fértil. Correspondía al jueves 27. Esta vez la traviesa Muñequita había salido más temprano, a plena luz de día y, manejado su auto por Simón Bolívar hasta cruzar Américo Vespucio, se deja tragar por el estacionamiento subterráneo de los cines Hoyts. El detective la esperó en el foyer; la vio comprar una bolsa de caramelos, luego hacer una pequeña cola para tomar entrada y dirigirse a la sala donde daban una película de la zaga *El padrino*. Siguió sus pasos. La función aún no comenzaba y las luces estaban encendidas. La señora, como la llamaba el fofo, paseó su vista por toda la platea, buscando el lugar que elegiría para sentarse, y cuando la función iba a comenzar, se dirigió a una fila de la zona posterior y tomó asiento junto a un jovencito, un adolescente, que acababa de instalarse con su caja de cabritas. Vestía jeans hasta un poco más abajo de las rodillas y una de sus piernas exhibía un tatuaje multicolor de gran tamaño. Se apagaron las luces y tras algunos comerciales comenzó la película. Ramírez tiene que haberse instalado cerca para poder observar algunos movimientos que intentó describir en el informe. El muchacho era raro: en dos ocasiones se levantó del asiento y agitando los brazos increpó a personajes de la pantalla. A los treinta y cinco minutos, la señora y el “lolo” salieron del cine y se dirigieron al estacionamiento subterráneo. Ahí hizo la foto, pero no los pudo seguir en automóvil. ¡Un niño! ¡Dios santo! ¡Un lolo!... El anexo describió al muchacho como Gonzalo Urrutia, estudiante de tercero medio en el Liceo Lastarria. Reside en Las Viñas 924, con su madre, dueña de una pequeña librería.

—Esa es la situación —dijo Ramírez levantándose y estirando su mano, con una sonrisa que a Genaro le pareció despectiva. —¿Quiere que le imprima las fotos?—, preguntó con la simpatía de una araña de rincón.

—No, gracias. No me servirían de nada.

Salió y por un largo y sucio pasillo se dirigió al ascensor. “Putalolera”, se iba diciendo, su esposa se convirtió en una putalolera. El enemigo, entonces, no era uno solo, eran varios. ¿Cómo enfrentarlos? Lidiar con uno no hubiera sido difícil, pero cuatro o cinco, y los próximos que la coleccionista siguiera ensartando en su insectario... Más que enemigos parecían víctimas de una fiera ponzoñosa. En realidad, era Lorena la enemiga. Pensó en Marta. Por suerte, Marta.

## C U A T R O

Tras despedir a Genaro en la puerta con su beso habitual —adiós Muñeca, dice él como siempre—, Lorena subió al dormitorio y se metió de nuevo en la cama, dispuesta a flojear otro rato. El día se anunciaba luminoso, y eso al menos era un estímulo. Por una de las ventanas veía los dos ciruelos cargados de fruta. Mucho verde, casi como en el sur. La única alegría matutina que sus sentidos lograban capturar, ya que de un tiempo a esta parte los días se perfilaban densos, sin aromas dulces en el aire, de un nauseabundo color lívido, asfixiantes. Es cierto que cuando pasan las horas y el atardecer se va embutiendo en la oscuridad que ofrece la noche, su alma empieza a respirar un entusiasmo nervioso debido a que la aventura se acerca. Comienzan esas vibraciones frenéticas ante la posibilidad del juego, ya que por fin, al alcance de su mano, se vislumbra la cacería. Pero también es cierto que cada mañana, desde que empieza a despertar, la asedia el reproche con que ella misma quiere castigarse, el disgusto casi siempre depresivo que provoca el recuerdo de una jornada —la última— cuya conclusión no fue feliz debido a que el éxtasis extravió su camino, todo el frenesí tembló desmoronándose, y la dicha quedó atrapada en un agujero negro. “Qué bruta soy”, se dice casi todas las mañanas, a punto de llorar de rabia. Sin embargo, sabe que

seguirá, igual que cuando se halla frente a la ruleta que gira en un casino de juego, porque la succiona una fuerza que no logra resistir –¿o no quiere hacerlo?–; “es inútil”, se dice, “esta vez será distinto”. Pero nunca lo es, muchachitos que estallan demasiado pronto, sin permitirle poner su vida a merced de ese tiro de gracia del cual no hay retorno y que pareciera emanar de las profundidades, como el objetivo último de su existencia. Distinto fue el breve y explosivo encuentro con el tío de Genaro, Ramiro, que a pesar de sus años la hizo explorar otras galaxias. Pero estos “lolos” no sirven. Sólo Ángel, entre todos, ha sido capaz de acercarse a producir los estertores eléctricos que la envolvieron aquella primerísima vez, cuando hizo su debut – el pre–estreno más bien– en este magnético deporte de cazar imberbes.

Aún vivían en el departamento frente al Parque Forestal y Carlitos andaba de “mochileo” por el sur. Con Genaro hacía ya un tiempo que el sexo venía perdiendo la brújula... y a ella le estalló de pronto esta fiebre, un virus nuevo y poderoso que no recuerda en qué regiones del pasado se pudo filtrar en su sangre.

–Adiós, muñeca–, le dijo Genaro aquel día de su debut, ajustándose el nudo de la corbata antes de partir a la oficina. Se veía bien con su terno de gabardina beige. “De punta en blanco” era la frase que usaba tía Raquel para esos casos. En realidad Genaro siempre se veía bien. Cuando se lo presentaron en el Teatro Municipal, durante el intermedio de *Un tranvía llamado deseo*, sintió como si estuviera saludando a Robert Redford en alguna escena de *El Gran Gatsby*. Era un churrazo. “Y lo sigue siendo”, piensa, “pero un churro hueco”.

–Chao, cariño–, respondió ella, acercándose a la puerta. Lo abrazó con ternura y él le ofreció un beso carnoso, líquido, de esos que un tiempo atrás le hacían temblar las carnes. –¿Vas a llegar temprano?

–Te lo prometo.

–¿Bien prometido?

–¡Bien prometido!

Pura rutina. Promesas sin futuro. Aunque llegara temprano.

Abrió la puerta, se dieron otro beso, leve, y cuando él se alejaba hacia el ascensor, le dirigió el último chao agitando la mano. Luego juntó la puerta, sin cerrarla del todo.

Subió las persianas del ventanal que mira al norte, y la luz de una mañana radiante la encandiló, inyectando en su espíritu una alegría primaveral. El cerro San Cristóbal parecía extender una gentil invitación a cometer locuras entre su espeso verdor, aunque la Virgen blanquísima que lo corona estuviera diciéndole “calma, calma. Calma”.

Entró al baño para darse una ducha fría y dedicar algunos minutos a contemplar su figura en el espejo largo, antes que le trajeran los diarios y la revista Vanidades. Pensó que se veía atractiva con el calzoncito negro y su polera lila. Nada mal, a pesar que había cumplido los cuarenta y notaba ciertos cambios produciéndose en su cuerpo. Los pechos que palpó con las yemas de sus dedos no eran los mismos de los de aquellos días en que podía pasear por las calles sin sostén bajo la blusa. Y en torno a la cintura venían desarrollándose unas llantitas poco simpáticas. ¿Habían caído un poco las nalgas? Sonrió con nostalgia y la volvió a impresionar la perfección de la dentadura que Dios puso en su boca. Pensó con rabia que en algún momento de la vida empezaría también a cambiar.

Después de la breve ducha, se envolvió en una toalla voluptuosa y contorsionó el cuerpo para que sus poros absorbieran humedad. Pícara, le reprochó a su imagen con un guiño, mientras se ponía una bata color durazno. Su corazón se agitó cuando sonó el dindong del timbre.

—Adelante —gritó cantarina al salir del baño hacia la mesa del comedor, —la puerta está sin seguro.

El muchacho se asomó cauteloso. En esos jeans ajustados y un beatle ceñido, parecía fácil de desnudar, al menos con la vista. Los rulos castaños de su melena descuidada lo asemejaban al joven pirata de alguna película de tiempos idos. El rostro lampiño acentuaba su aspecto adolescente. Unos días antes lo contempló atendiendo el



quiosco de Miguel de la Barra. El temor que expresaban esos ojos bailones hizo detonar su piedad, y decidió entonces llegar a comprenderlo hasta el fondo, dárselo todo.

–Deja los diarios sobre la mesa–, le dijo.

Mientras el Adonis depositaba ahí los periódicos, ella se colocó frente a él y, mediante un acto de magia, logró que la bata se deslizara de su cuerpo para luego dejarse caer de rodillas sobre la alfombra. La mano derecha se apresuró en cubrir el apetitoso paquete que el efebo llevaba entre las piernas, mientras su otra mano desafiaba a la porfiada cremallera del pantalón. En unos segundos –estático él como un árbol–, sus labios atrapaban la sólida palanca, y su boca se convertía en una potente aspiradora eléctrica y vibrante. Lo escuchó gemir, lo sintió temblar, estremecerse, mudo como una piedra, y se detuvo en el momento justo para impedir que su néctar rompiera el muro de contención y se derramara estéril en la nada. Se echó de espaldas y jaló al muchacho de las bastillas del pantalón, para que bajara a tierra.

Lo hicieron dos veces. La primera, tres orgasmos. La segunda, desteñida y sin palabras.

Terminada la función, mientras ella manipulaba sus propias zonas húmedas en busca del último instante de placer, él se disponía a partir, ya muy compuesto. Lorena se levantó entonces como un resorte y se echó la bata encima. Abrió un cajón de la cómoda donde guardaba algunos billetes, pagó su pedido y le ofreció al suplementero una generosa propina.

–Toma –le dijo, sonriendo humilde–. Gracias por todo. Por los diarios... Mañana a la misma hora, por favor.

El salió, cerrando la puerta con suavidad.

Ya recuperado el pulso, Lorena se sirvió un jugo de mango y decidió premiarse con una segunda ducha, esta vez caliente. Se contemplaría en el espejo dirigiéndose una amplia sonrisa. Después, caminaría hasta el mercado a comprar salmón y camarones para prepararle a Genaro una buena cena esa noche.

Fue su debut. El inicio de una carrera que, a fin de cuentas, no hacía brotar en ella los colores más alegres de la vida. Pero a la que tampoco lograba ponerle término.

## CINCO

Querida madre: hace días que estaba por escribirte, pero el maestro Bradley me tiene sometido a un intenso plan de lectura. Con decirte que ya me he zampado casi todo Dostoievski; qué bárbaro escritor. Me he hecho bastante amigo de Bradley. Aunque tiene más de setenta años, es un tipo ágil y activo. Hasta ha participado en esas manifestaciones de los “indignados” tan en boga por estos días en diversas partes del mundo. El sábado pasado, Susan y yo fuimos con él a la zona que habitan los Amish, unos fanáticos religiosos que hace como trescientos años se bajaron del tren de la historia, negándose a toda forma de progreso. No usan luz eléctrica, se movilizan en carruajes tirados por caballos, se mantienen marginados de la sociedad y parece que hasta se rigen por sus propias leyes. Se mantienen produciendo quesos, mermeladas, artesanías. Cuando los ves, te da la impresión de ir viajando en la máquina del tiempo. Siguen vistiéndose igual que los puritanos que llegaron en el Mayflower. Ya se siente por acá la cercanía del invierno, que se anuncia muy frío, pero aún disfrutamos de los maravillosos colores otoñales de esta región. Mi profe me presentó a un colega suyo que enseña letras hispanoamericanas en el college y que ofreció conseguirme unas horas de algo así como una ayudantía para que practiquen español sus alumnos. Ojalá resulte, ya que me entrarían unos dólares. Se llama John Hassett y ahora está dando un curso sobre novela chilena contemporánea, Manuel Rojas, Donoso, Délano, Collyer.

*¿Cómo está el fome de papá? No le vayas a contar que le dije “fome”, pero dile que echo de menos las partidas de ajedrez que jugábamos algunos sábados. Aquí no tengo a quién ganarle. A veces juego con James, el hermano de Susan, y me da unas palizas fenomenales.*

*Sigo de cerca lo que pasa en mi Chilito. Me entusiasma la seriedad y la fortaleza del movimiento estudiantil, un siete la Camila Vallejo, no pierde nunca la compostura. Es inteligente, analítica y, para qué decir, preciosa. Terrible el avionazo de Juan Fernández. Me caía bien Felipe Camiroaga.*

*Cuéntame cómo va tu vida, en qué ocupas el tiempo ahora que no tienes que atender las necesidades y los caprichos de este ingrato hijo que te extraña, te quiere y te manda muchos besos... Carlos.*

## SEIS

Servían el plato de fondo – langosta termidor– cuando los ojos de Ramiro, después de dos o tres choques efímeros, hicieron corto circuito con la mirada de la muchacha pálida. Desde el otro lado de la mesa ella lo estaba observando y la luz verdosa que disparaban sus ojos parecía reflejar simpatía, bastante curiosidad y cierta dosis de compasión. La saludó con una sonrisa insinuada y una venia. Ella mostró con gentileza los dientes y dos hoyuelos en las mejillas. No era una perfecta belleza, pero había fuerza y magnetismo en la agresiva juventud que latía en su sonrisa y en sus pechos delicados, presionando apenas el lino de su vestido rojo. Algo en ella le recordaba a la mujer de su sobrino, que lo hizo perder las chavetas algunos años antes. El mismo tono de desafío en sus modales. Lorena siempre transmitía la sensación de estar dispuesta a derribar todos los obstáculos que se le pusieran por delante, rica la Lorenita, qué será de ellos, tiempo que no los ve, tan fome el pobre Genaro.

—Discúlpeme—, dijo Ramiro clavándole la vista con toda la potencia de su deseo. —Quiero rogarle que no se ofenda si me sorprende mirándola con algo de insistencia—. Le hablaba a ella sola, como si la noche hubiera borrado a los demás comensales de esa cena—aniversario en Viña del Mar, la “ciudad jardín”, como le decían, no se explicaba por qué. —Por favor no me vaya a tomar por un fresco o un desfachatado, pero resulta que usted es preciosa... y los ojos se me escapan sin pedir permiso.

Ella volvió a ofrecer el encanto de dientes y hoyuelos.

—Gracias— dijo, mirando hacia abajo, sonrojada. Luego alzó la vista. —Usted tal vez no me recuerda.

—¿Recordarla? Me está tomando el pelo. No puedo creer que la haya conocido; usted pertenece a esa categoría de hadas (¿o brujas?) que se miran la primera vez y ya nunca se pueden olvidar.

—Pero aunque no lo crea, sí nos conocimos.

Ramiro trató de hacer memoria. ¿En los estudios, acaso? Seis años que no dirigía una película, y si calculaba que la muchacha no tendría más de veinte, quedaban pocas posibilidades.

—¿Es actriz? —preguntó.

—Pretendo serlo— dijo ella, dejando la boca entreabierta.

—¿Entonces nos conocimos en los estudios?

—Frío, frío.

¿Sería quizás la hija o la nieta de algún amigo, o de un colega? Estuvo al borde de preguntarle nombre y apellido, pero le pareció de mal gusto. Intensificó su mirada como intentando taladrar el tiempo. Si hubiera sido alumna en alguno de sus cursos, no sólo la recordaría...

—Me rindo, aunque sostengo enfáticamente que nunca nos habíamos visto antes. ¿Cómo olvidarla?

—De hecho, me olvidó. Debería sentirme ofendida.

—Está sabrosa la langosta.

—Riquísima.

Riquísima... pensó Ramiro, eso era ella, y por unos segundos, como en un sueño, se le escapó la mente hacia otras regiones. ¿*Cuáles* son las cosas maravillosas? ¿El sol, a veces, la noche, las ostras con limón, el amor en la proa de un barco? Bla, bla, no. Lo único que puede ser maravilloso se llama *ahora y aquí*, este momento, el sabor indescriptible de la langosta y el asombro de esa mirada. Que todo tiempo pasado fue mejor, dicen, pero en el fondo de los fondos el tiempo no existe... La langosta y la mirada ya pertenecen al pasado.

—Salud—, le dijo a la muchacha, alzando su copa de vino blanco. Ella respondió el brindis con la vista baja. —Así no—, le reprochó Ramiro, —hay que mirarse fijo a los ojos hasta separar la copa de los labios.

—¿Y esa regla?

—Bromeo. Protocolos del amor.

Ella bebió sosteniéndole la mirada.

Ramiro recordó la película *Pozo oscuro*, que había rodado años antes, acerca del encuentro sexual de una mujer bastante joven con su vecino de piso, un viejo bruto y desabrido; dos cuerpos disímiles que por alguna razón de las soledades que soplan por la ciudad como ventarrones, lograron urdir buena química; una sola vez en que los caballos galoparon sin detenerse hasta una meta jadeante y húmeda. Lina y Rebolledo, se llamaban, y el papel de ella lo había interpretado Magda Barral, una joven tan flaca y fea como para espantar a una tarántula, pero lo suficientemente morbosa como para envolver a los hombres con la fuerza de un tornado. Y en esos días, aunque parezca mentira, él mismo todavía no era tan viejo como ahora.

Las copas quedaron vacías y un mozo las volvió a llenar.

—¿Y has tenido algún buen papel últimamente? ¿Me permites tartearte?

—Claro, ¿y tú a mi?— preguntó ella colocándose un dedo sobre el labio inferior y mirándolo fijo. Ramiro asintió. —Hice Julieta: el

candor y la inocencia. Pero también me dieron el papel de Isolda... otra cosa.

–Bueno, ¿dónde entonces?

–¿Dónde qué?

–Nos conocimos, según dices. Me mata la curiosidad.

–¿Te acuerdas de Cuernavaca?... La casa de un pintor al que llamaban Pepe.

–Sí, claro, en Lomas de Atzingo, un enorme patio y tres perros siberianos resistiendo estoicamente los rigores del trópico.

–Un sábado los anfitriones prepararon barbacoa y se juntó mucha gente, ¿recuerdas? Las mujeres iban en short y todos bebían cerveza, cuba–libre, o agua de jamaica.

–Lo recuerdo bien. Conocí a tres o cuatro escritores mexicanos, y al grupo de teatro Mascarones.

–Y también a mí– dijo la muchacha. Lo miró a los ojos.

–No puede ser, ¿tú? ¿Qué hacías ahí?

–Acompañé a mi padre a México en uno de sus viajes de negocios.

–Pero eso fue hace como diez años.

–Sí, diez años.

–Tienes que haber sido una niña.

–Claro, ¿y sabes dónde nos conocimos?

–En esa casa, dices.

–¿Pero en qué parte?

Ramiro la miró estupefacto, ella lo estaba vapuleando, era poderosa, le refregaba su memoria sobre el olvido.

–En la estancia –dijo él–, cuando comenzó la lluvia nos entramos y Pepe pronunció su discurso de cumpleaños–. Recordó que el anfitrión, con una sonrisa de sátiro que revoloteaba de invitada en invitada, aseguró que envejecer era un privilegio de los dioses.

–Frío, frío –sentenció la muchacha–. Fue antes de eso, y fue en

la piscina, nadando, para que sepas. Yo braceaba de un extremo a otro y tú te tiraste al agua. Empezamos a conversar leseras y a nadar juntos. En la parte baja me ordenaste que abriera las piernas, te sumergiste, pasaste por debajo de mí y saliste a la superficie conmigo montada en tu cuello. Preguntaste si me había gustado, contesté que mucho y te pedí otra vez. Pero ahora te digo, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo cuando pusiste tu cuello entre mis piernas.

Ramiro abrió los ojos y la miró como si no pudiera creer lo que acababa de confesarle.

—Tienes memoria de elefante —dijo—, aunque preferiría identificarte con algún animalito más delicado, ¿tendrán buena memoria las gacelas?

—¿Tú no te acuerdas?

—Claro que ahora me acuerdo —dijo Ramiro, desviando ligeramente la vista como para que su mentira pasara inadvertida—. Fue en el agua.

—¿Y recuerdas lo que dijo uno de esos escritores mexicanos, pensando que yo no escuchaba? Un tipo más o menos bajo, delgado, con esos bigotes que terminan en punta hacia arriba, risueño... Te preguntó con cara de demonio si acaso no considerabas que yo era demasiado pequeña. Dijiste, sorprendido, que sólo me mirabas como un padre a su hijita. Claro, dijo él, con una risa seca, me imaginó que le estabas dando consejos...

Se hablaba poco en esa mesa mientras le hincaban el diente a la langosta celestial, celestial como su vecina de piel tan blanca, pensó Ramiro, muchacha desconcertante que parecía interesada en él. ¿Podía ser, a tales alturas, que una muchachita preciosa y delicada le secuestrara el corazón, una niña en edad de zambullirse en una pasión como las que había interpretado en las tablas como Julieta enterrándose la daga mortal, o Isolda bebiendo el filtro de amor que habría de expurgar su incestuoso adulterio? “Salud, preciosa”, dijo llenando la copa de vino blanco, como si fuera el filtro para que su corazón quedara definitivamente atado.

–Recuerdo –repitió Ramiro, con la memoria más activa–, recuerdo bien, pero eras una guagua, tendrías nueve años.

–No –se apresuró la muchacha–, tenía doce, ya sabía muchas cosas.

–¿Muchas?

–Algunas. Se me está subiendo el vino. ¿Guardarías un secreto?

–Puedo ser una tumba.

–¿Me lo juras?... Dos días antes había perdido la virginidad.

–¿En Cuernavaca?

–No... No preguntes dónde ni con quién.

–Me quieres condenar a la ignorancia.

–A veces puede ser mejor no saber.

Ramiro paladeaba los últimos bocados de langosta y en la cabeza le daban vueltas las preguntas, ¿sería verdad todo lo que decía esta muchacha inquietante, o era ella un invento de su propia imaginación, ya casi enferma de vejez? Pero esa mirada... Ella lo había mirado de esa manera y ahí no había error; cómo saber, estar seguro, tener la certeza plena de que a su edad aún podría apuntar el flechazo al centro del blanco lejano, o si estaba sufriendo un equívoco autoengaño que, como falla trágica, podría llevarlo derecho a la catástrofe de la cual no hay retorno, aunque en su película ésa, la del pozo oscuro, las cosas se daban bien para ambos, también para el hombre, con su anciana fealdad y todo. ¿Premoniciones? ¿Habría acaso intuido entonces, al rodarla, algún episodio de su futuro? ¿No venía desde tiempo atrás diciendo y repitiendo que a su edad lo único que un hombre podía darle a una mujer es lástima? Por supuesto que también quedaba un consuelo: la certeza de que uno de los afrodisíacos más vigorosos es el poder. Y él tenía poder, lo tenía, se dijo como para convencerse de que una ilusión era igual nada menos que a la realidad.

–¿Has trabajado alguna vez en cine? –preguntó.



—Nunca.

—¿Te gustaría? En un par de meses voy a dirigir una película. Se está configurando el reparto.

Los ojos de la muchacha se iluminaron como cuando a cierta hora del atardecer se encienden las luces de la ciudad.

Alguien del extremo sur de la mesa hizo un brindis con bastante floripondio por el estímulo que el Ministerio de Cultura estaba dando al cine y al teatro. Los mozos retiraban platos y copas. Vendría el postre, un café, una copa de coñac y luego, como siempre, cada quien a lo suyo, a casa, al trabajo. La idea de que en poco rato él y su vecina de enfrente estarían despidiéndose con un apretón de manos o un insípido beso en la mejilla, hizo que Ramiro sintiera un escalofrío y un miedo seco.

Tuvieron que escuchar otro brindis que propuso un tipo bastante joven, agradeciendo el nuevo proyecto de apoyo al teatro universitario, y a Ramiro lo atacó entonces el deseo febril de poseer una varilla mágica capaz de lograr con un movimiento que todos los comensales desaparecieran, se los tragara el infierno, que sólo quedaran la muchacha y él flotando entre las nubes y chocando las copas en un último brindis por el feliz reencuentro y esos tiempos venideros en que lo harían todo.

—Me encantaría actuar en una película. El cine es mi sueño —dijo la muchacha.

—¿Tienes novio?

Ella volvió a mostrar su hilera de dientes y los dos hoyuelos.

—No —dijo—. Tuve. Ahora es mi marido. Bueno, en realidad no nos hemos casado, pero vivimos juntos desde hace un tiempo.

Ramiro sintió que se asfixiaba de amor, de imposibilidad, pensó que sería difícil resistir un “no” de la muchacha.

—¿Y por qué viniste sola?

—No vine sola. El que acaba de hacer el brindis es él. ¿Me vas a dar tu teléfono? Me gusta la idea del cine.

Ramiro sacó su billetera, buscó una tarjeta y se la pasó.

—Regreso el martes a Santiago —dijo—. Llámame cuando quieras. O si prefieres, me puedes visitar ahí, en el Hotel Brighton de Valparaíso. Estaré un día más y pasaré la mañana corrigiendo un guión.

La muchacha guardó la tarjeta en su carterita, sonriendo.

—Me gusta mucho la idea del cine —repitió, radiante de color y sonrisas—. Me llamo Laura Benítez.

## S I E T E

—Qué rico este trago —dice Marta paladeando el cóctel que don Pablo les acaba de servir.

—Sabía que te iba a gustar, por eso lo sugerí. Y créeme que don Pablo lo prepara como nadie.

—Parece que vienes mucho a este lugar...

—Antes venía. Ahora casi nunca. Pero don Pablo lleva décadas aquí.

Para ella era la primera vez y el restorán le pareció discreto, poca clientela, nada de bulla, iluminación baja.

—Muy rico —repitió—, ¿cómo dices que se llama?

—Bitter batido. Es una mezcla de bitter, cacao y ron, todo a la coctelera con un poco de azúcar flor.

—Parece que sabes mucho de tragos.

—Soy un barman frustrado.

—Y qué rico estar aquí, contigo—. Marta pensó que a Genaro había que darle un empujoncito, porque parecía bastante corto de genio, de esos tipos que nunca se atreven a dar el primer paso. Las veces que fueron a almorzar a La Tecla, casi todo se lo habló ella. El

le hacía alguna pregunta y a ella se le desataba la lengua con la fuerza de un ventarrón. Pero ya estaba bueno, no iban a seguir siempre así, esta noche sería ella quien hiciera las preguntas y que hablara él y, después, acción, era hora de que pasara algo, o que al menos empezara a pasar.

Este era un lugar ideal, difícil encontrar otro mejor. En el salón interior, sólo tres mesas estaban ocupadas, y en el patio techado, donde habían preferido instalarse, ya que la temperatura rozaba la piel con gentileza, el aroma del jazmín abría las puertas de un oasis en que ellos dos eran los únicos, en un patio con buganvillas pegadas a los muros, guacamayas en una gran jaula, velas en las mesas, el Paraíso mismo—. Cuéntame más de ti. Me has dicho que tienes un hijo estudiando en Nueva York...

—En Swarthmore, Pensilvania —corrigió Genaro.

—... Y una esposa con la que en general te has llevado bien, aunque ahora algo anda fallando...

—Bueno, sí, en cierto modo. Desde que se fue Carlitos, las relaciones con mi mujer se han enfriado, ella pasa menos tiempo en la casa, la noto rara, ausente, salimos poco, cero vida social, y a pesar que nunca peleamos, hay algo por debajo que a los dos nos mantiene en guardia, cierta tensión de uno respecto del otro, como si estuviéramos esperando que explote una bomba. Pero cambiemos de tema, hablemos de nosotros, tú y yo—. La miró a los ojos y le tomó la mano.

—No, Genaro, por favor —dijo Marta retirándola con delicadeza.

—Discúlpame si te hice sentir mal.

—No es eso, Genaro. A ver, entiéndeme, tú me gustas, te encuentro regio en todo sentido, pero la situación... bueno, creo que mejor no apuremos las cosas—. El tipo era un siete, pulcro, caballeroso, elegante, y por supuesto que ya había llegado el momento de apurar las cosas.

—Me gustas mucho, Marta. En las noches, cuando preparo mi aperitivo y escucho música, empiezo a pensarte, como a soñarte despierto, me vuelo de a poco, y mejor ni te cuento las películas que me paso.

—Genaro, yo también pienso en ti —le tomó la mano, soltándosela de inmediato como si hubiera cometido una grave falta—. Pero no debemos...

Don Pablo se acercó para tomar la orden. Después de examinar ambos el menú, Marta pidió lengua nogada, y Genaro carne tártara. Vino tinto Don Matías.

Y como en un cambio de canal, el tema dio un giro hacia las películas, a ella le encantaba el cine, ¿y a él? Sí, también, pero hacía tiempo que no iba; las películas prefería verlas en el cable, o en DVD los fines de semana, pero ir al cine no, le daba lata salir de noche, manejar, estacionarse, hacer cola para la entrada. A ella le había gustado mucho esa de Al Pacino con la Michelle Pfeiffer en que él es cocinero en un restorán griego donde también trabaja ella de mesera, y los dos son medio neuróticos, sobre todo ella, desencantada de todo, esperando que alguna vez su vida cambie, y ambos bastante asalvajados, pero se enamoran y ya. ¿Y a él? Bueno, no le atraen para nada las de terror, ni las de mucha violencia, persecuciones en automóvil, balazos y muertos a granel, todo eso, no, definitivamente prefiere las comedias livianas o los dramas leves, hasta las musicales antiguas, y en el cable tienen el canal TCM, que se especializa en clásicas. Ha visto como tres veces *Casablanca*, qué tipo ese Bogart, y *Lo que el viento se llevó*, sí, ella también la ha visto, preciosa la Scarlett, pero más tonta que un ropero, ¿cómo pudo despreciar a Rett por el rucio fome que parte a la guerra, aunque su mamá —increíble— prefería al “fome” debido a que representaba, decía, los valores tradicionales de la religión, el honor, y no sé qué más... Su mamá, siempre tan... tan, ¿tan qué, cartulina pudiera ser? Siempre con sus sentencias rígidas, eso de llegar virgen al matrimonio, ¡virgen al matrimonio, Dios mío! ¡Beata, beata es la palabra! Si la llevaba a misa los domingos y hacía que comulgara y que al menos una vez al mes se sometiera a confesión, “acúsome padre que”... ¿cómo le iba a contar al cura lo de su primo Julio? Ni tonta, y tonta sí que fue cuando en un raptó de ternura y lealtad se lo confesó al Esteban, que algo se andaba oliendo, justo dos semanas antes de la fecha que habían elegido para casarse y quedó la escoba en una escena como de película, con gritos, insultos, llantos y cachetadas.

¿De postre?

Castañas con crema.

¿Bajativo?

Ella no, el bitter batido y las dos copas de vino le estaban jugando una mala pasada.

El un amaretto atención de la casa, y la cuenta.

Y en la puerta de su edificio, aún dentro del auto, Marta se deja besar, un beso corto primero, después uno más húmedo, peligroso, con juegos de manos inquietas y audaces, no, Genaro, no está bien...

—¿Me invitas a un café? —pregunta Genaro.

—No me pidas eso, por favor, Genaro... No, Genaro, esta noche no.

Ya metida en su cama, casi lista para el descanso, Marta comenzó suavemente a masturbarse pensando en el primo Julio, como muchas veces lo hacía, y recordó esas luminosas tardes suyas de la época en que siguió el curso de secretariado y empezó a pololear con Esteban.

Ella sale de clases y Esteban la está esperando. Caminan de la mano por Miraflores hasta el Parque Forestal y buscan un banco solitario detrás del Palacio de Bellas Artes. Ahí se cuentan las cosas del día, que a él lo llamó el jefe de personal del banco para decirle que estaban muy conformes con su desempeño y que lo habían designado para tomar un curso avanzado de computación; que a ella le aburre un poco lo que está estudiando y que tal vez se cambie a contabilidad, le gustan los números; que a él lo hostiliza el amatonado de Sánchez, un cajero engréido; que a ella la mira mucho el monitor de su taller, pero ella no le da ni la hora, y bajo los árboles del parque se miman, se besan, se hablan ternuras, se acarician.

—Martita... —dice Esteban.

—¿Sí, mi amor?

—Martita...—. Traga saliva, tose—. Martita, ya llevamos dos años de pololeo. Yo creo que en un año más podremos casarnos.

—Qué rico. Se besan como si no lo hubieran hecho en mucho tiempo.

—Pero, m´hijita —dice él en un respiro, jadeando—, ¿no te parece que podríamos adelantar un poco la luna de miel?

—¿Quieres decir acostarnos?

—Bueno, si nos vamos a casar, ¿qué sentido tiene que nos prive-  
mos? Cuando estamos juntos así, bien juntitos, me excito tanto, que  
por las noches me cuesta dormir, no sé cómo explicarte...

—No, mi amor, no me pidas eso, tú sabes que en mi casa somos  
muy católicos, desde chica me han inculcado el principio moral de que  
al matrimonio hay que llegar virgen. ¿Con qué cara podría yo decirle al  
párroco en la confesión que me acosté con mi pololo? ¿Qué pensarías  
tú mismo de mí?

—Que eres moderna, valiente, que tienes la razón y que en realidad  
me quieres.

—¿Y si después de hacerlo pensaras que soy una cualquiera, inmo-  
ral, una puta?

—Pero si nos vamos a casar...

—No, Esteban, todo menos eso, no me pidas eso.

—No tendríamos que ir a un motel, ni arriesgarnos, nadie lo sabría.  
Un compañero del banco vive solo y ofrece prestarme su departa-  
mento, ahí podemos estar tranquilos.

—Estar tranquilos sí, pero acostarnos no.

—¿Entonces irías?

—Sí, pero ya sabes con qué condición.

Caminando, Esteban y Marta llegaron hasta la casa de Avenida  
Italia, se despidieron en la puerta. Había oscurecido y el abrazo incen-  
diario que se dieron no tuvo público.

—Te quiero, Marta —gimió Esteban lleno de fuego.

—Y yo, mi amor. Llámame mañana.

En la cocina, Marta se comió un sándwich de arrollado y se sirvió  
un vaso de leche. Luego pasó a la sala de estar para decirle buenas  
noches a su madre, que veía su telenovela. El papá no había llegado.

Después se fue primero al baño, de ahí a su dormitorio. Alrededor de una hora más tarde entró el primo Julio, sigiloso.

–Tardaste mucho –dijo Marta–, estoy que me duermo...

–Es que tu mamá no se retiraba nunca. ¿Tienes sueño, quieres que me vaya?

–No, tonto.

Ella tenía quince años cuando el hijo del tío Raúl, hermano de su madre, llegó de Puerto Montt a vivir con ellos mientras terminaba un curso de mecánica automotriz. Julio tenía diecinueve y debido a que la casa era grande y complicada, laberíntica, de ésas en que cada pieza está separada de todo lo demás, una noche se metió a escondidas en su dormitorio y ahí comenzaron el juego.

Ay, primo Julio, sólo eso, ¡ay!... Ay, Esteban, por qué tuviste que darte cuenta y tomarlo tan a pecho, yo te amaba, y estoy segura que te habría hecho comprender que el sexo es algo independiente del amor, hubiéramos sido felices... Ay, Genaro, me gustas y me enciendes la sangre, pero estás sumamente casado, ¿qué vamos a hacer? Pensó que quizás no fuera buena táctica postergarlo mucho. Alcanzó su celular junto a la lamparita, buscó su nombre y pulsó el dígito verde... ¿Genaro? Soy Marta, ¿puedes hablar?... Sólo para decirte que sigo contigo, o más bien que sigues conmigo. No me puedo dormir de la rabia por lo idiota que soy... Idiota por no haberte invitado ese café. Ojalá que el tiempo se apure y la mañana llegue pronto, ¡para verte!

## O C H O

La mañana reverberaba de luz, y las flores recién abiertas de los árboles callejeros parecían escapadas de un sueño en colores mientras Ángel pedaleaba a ritmo lento por la ciclo vía. Se detuvo a la sombra

de un plátano oriental cuando en el bolsillo izquierdo de su camisa las vibraciones del celular le remecieron el corazón. No le gustaba hablar conduciendo porque una vez se sacó cresta y media y por poco lo arrolla una camioneta. Aló, aló, la comunicación se había cortado, de modo que devolvió la llamada perdida al número de Lorena. Sí, estaba bien, todo, todo bien, ¿y ella? También, sólo que lo echaba mucho de menos, *mi ángel de la guarda*, y deseaba verlo, ¿por qué la tenía tan abandonada, acaso no se acordaba de ella? Sí, verlo, verlo, en lo posible hoy mismo, cuanto antes, le hablaba con urgencia y como en secreto, y él con un poco de turbación le sugirió que se dejara caer en la Universidad tipo medio día y podían como tomarse un cortado en la cafetería, y ella que no fuera tonto, quería verlo, pero de otro modo, no en la universidad, en la cama quería verlo, ¿comprendía? O es que no se le encendía la sangre, ah, pedazo de témpano, que se juntaran en la tarde y no fuera a decirle que no el maricón, si hasta le tenía un regalo, okey, bueno ya, por el regalo, dijo el Ángel para joderla, a las siete en la plaza, frente al Hemingway. Reanudó su pedaleo, insistente la vieja, otra vez tendría que mentirle a Laura, inventarle cualquier chiva y como la Laurita pecaba de ingenuota, se las creía todas, pero ya venía siendo como mucho, la vieja se portaba súper exigente, quería polvete día por medio, como *heavy*, la verdad es que no era tan vieja y además estaba harto buena, pero ni para tanto, en los muslos y en la cintura la piel se le sentía más o menos rugosa, quizás por eso mientras tiraban él no podía concentrarse y entonces bombeaba y bombeaba como desahogado sin acabar durante quién sabe cuánto rato, media hora, cuarenta minutos, y la vieja cuica aleteaba enloquecida, mientras más tiempo la galopara, más largos lanzaría sus gemidos, y de seguro que por eso mismo es que ya no quería chupárselo antes de montarse encima (le encantaba dárselas de amazona), vieja puta, sino que dejaba la mamadera para después, para el final del descanso, como un segundo aperitivo que lo activara de nuevo y volver a entrarle firme al no hay primera sin segunda, vieja caliente, ya, estaba como metido en la huevía, pero basta, no más guerra, ni cagando, tenía que salir del embrollo y dedicarse a su trabajo, el papel que debía preparar para el examen de actuación era breve, pero de gran intensidad, esos



parlamentos que con dos palabras te dicen un discurso, así es Harold Pinter, súper contenido, porque la obra pasaba en Turquía pero igual podía haber sido en cualquier punto de Chile, lo impresionaron los capítulos que vio de *Los archivos del Cardenal* en la TV, según las cosas que su abuelo le había contado sobre la dictadura de Pinochet, cuando lo tuvieron en un campo de prisioneros como los de Hitler en la segunda guerra, y hoy Laura había quedado de llegar temprano para ayudarlo a ensayar su papel, justo le tocaba interpretar a Nicolás, el torturador, *heavy*, que se va curando copa tras copa mientras interroga a Víctor, el preso político, putamadre, igual que en Chile. Ella iba a leer los diálogos de Víctor para que él profundizara su personaje. Y también tenía que meterse más a fondo en el movimiento estudiantil que había tomado cualquier vuelo. Pero la Lorena... ¿Qué pretexto inventaría esta vez para Laurita? La verdad es que no le gustaba soplarle la nuca a su mujer, la amaba demasiado y no debiera poner como en riesgo la relación, porque la mina podía mandarlo a freír monos, hasta ahí no más llegaban, nones, lo mejor que podía hacer era terminar de una vez con la vieja, esta misma tarde le daría el finiquito, le echaría el polvo del estribo, la “última curda”, como el tango que le gustaba al abuelo, “ya sé no me digás, tenés razón”, *sorry* Lorena, hasta aquí no más llegamos, estás despedida, te desempeñaste muy bien, has sido eficiente y dulce como un caramelo, pero ya no se puede, lo primero es lo primero, mira que si se da cuenta la Laura me manda derecho a la cresta, ¡por la cresta!, y ése es un riesgo que no estoy dispuesto a correr porque ella y yo estamos pensando vivir juntos por mucho tiempo, y quizás si algún día hasta nos casemos, de modo que buenas noches los pastores.

¿Cómo irá a reaccionar la Lorena? se pregunta Ángel desmontándose de la chancha al llegar a la Universidad.

## N U E V E

Marcel la había conocido en el curso vespertino de natación. Ella no nadaba mal, pero le faltaba estilo y debía manejar mejor la respiración, de manera que una tarde él mismo le sugirió que se quedara unos minutos al término de la clase para darle algunas instrucciones y controlarle más atentamente la relación entre el braceo y la toma de aire. Cuando el grupo de ocho personas se disolvió y los alumnos partieron a los vestidores, ella permaneció sireneando en el agua, mirándolo, preguntándole con los ojos si en verdad la iba a atender. El le indicó que sí con una sonrisa. Quizás no fuera la más joven del curso, pero sí tenía una figura armoniosa y llamativa, *sensual*, ésa era la palabra. Marcel se zambulló. Casi nunca lo hacía, él manejaba a los alumnos desde fuera, observando sus movimientos desde la plataforma, explicándoles los ejercicios en seco, y así funcionaba muy bien. Pero en este caso...

—Olvidé su nombre, señora —dijo, colocándose a su lado.

—Lorena. Tú eres Marcel, ¿verdad?

La hizo nadar todo el largo de la piscina y él nadó a su lado corrigiéndole movimientos, mejorando su coordinación, haciéndola repetir ejercicios. En un momento le pidió que se detuviera, pasó su brazo bajo la cintura, le ordenó que flotara y la tuvo un rato braceando y pateando sin avanzar, a fin de coordinar sus movimientos. Sintió el latido de ese vientre suave en la palma de su mano, y también pudo palpar su muslo. Le dijo sonriente que estaba bastante bien, y por la sonrisa con que respondió ella, la frase tuvo un sospechoso tinte de doble sentido.

Dos horas más tarde, cuando al terminar su jornada de trabajo Marcel se dirigía a casa, sonó la música de su celular. *¿Marcel? Soy Lorena, tu alumna...* ¿Cómo habría conseguido el número? *Quería decirte algo...* Después que nadamos juntos, quedé mal... Se notaba nerviosa, insegura... *Quedé muy mal, no sé si me entiendes. No puedo sacarme de la cabeza la sensación de tu mano palpándome, necesito verte...* El propuso que

se juntaran en la pizzería Neptuno, de Manuel Montt, donde a veces se reunía con algunos amigos.

Así empezó la cosa, como consecuencia natural de una atracción súbita e incontrolable. Ahora se encontraban al menos dos veces a la semana y, bueno, cómo decirlo, él nunca había conocido a una fiera que no ceja en la lucha. Como si en una sola jornada quisiera aplacar la fogosidad que arrastraba de toda una vida. Pero después de consumadas las ansias, se convertía en un ser humilde, un animalito desamparado, acurrucándose entre sus brazos en silencio, y despertando en él una especie de ternura que con nadie antes había aflorado, que ni se hubiera imaginado capaz de derramar, parecida al sentimiento que le provocó siempre la Mizuka, una perrita pekinesa que lo acompañó en su niñez. No pasaron muchos días antes de que su corazón comprendiera que lo habían secuestrado. Enamorado hasta los tuétanos, se declaró. ¿Y Angélica? ¿Entonces Angélica qué? ¿No había sido amor?

Angélica y él se habían conocido en la alegre y gigantesca manifestación que durante quién sabe cuántas horas fue sumando gente en torno a la plataforma desde donde Michelle Bachelet iba a anunciar que si bien faltaban algunas mesas de votación por escrutar en diferentes puntos del país, ella era ya sin vuelta atrás la nueva Presidenta de Chile. Increíble pero cierto, como de Ripley, *believe it or not*, mujer a todas luces, militante socialista, hija de un general de la Fuerza Aérea que no quiso sumarse al golpe de los militares y fue por lo tanto víctima de la dictadura, esa era la Presidenta de Chile. Hombres y mujeres, viejos niños, todos se rajaban la garganta gritando vivas, reían, se abrazaban unos con otros, y así de repente él se estaba abrazando entusiasmado con una mujer de pechos opulentos y apretados que presionaron su torso. En un raptó de locura y audacia que sobrevino durante ese abrazo político con una desconocida, él, tímido por naturaleza, la besó en los labios, y ella respondió con algo más que la mera alegría del triunfo. Así comenzó una carrera tranquila hacia el matrimonio, que vino a consumarse alrededor de un año después. El resistió bastante, ya que si bien se declaraba ena-

morado, hubiera preferido obtener el título profesional y empezar a ejercer como profesor de educación física, pero ella era insistente y persuasiva, no tendrían problemas, aseguraba, porque el jardín infantil que dirigía con una colega parvularia y con su propia hermana, les permitiría un buen pasar, bueno, un pasar “más o menos”, pero podrían arreglarse hasta que él estuviera trabajando, ya que ella tenía su propio departamento en las torres de Santa Isabel. ¿Y entonces qué? ¿Qué argumento darle? Bueno, ya, casarse, ¿por qué no? Y ahí estaban, bastante bien, más relajados ahora con su pega en el gimnasio municipal de Providencia, contentos, una relación amable que no admitía muchas discusiones ni menos peleas, y que aseguraba en cambio algo de alegría, seguridad y sexo tranquilo. Ella era unos años mayor y estaba por encima de las calenturas iniciales de la edad juvenil, y en cuanto a él, no había padecido nunca demasiados ardores... Hasta que apareció Lorena.

## DIEZ

*Querida Madre:*

*Te mando este correo apurado porque mañana tengo que entregar un paper sobre Ana Karenina, una fenomenal novela de Tolstoi. Si no la has leído, te la recomiendo, deja por un rato esas policiales de Larson que tanto te apasionan. Bueno, al grano, quiero pedirte un favor. Resulta que aquí se hace todo muy difícil si no tienes un medio de transporte, ya que se vive un poco como en el campo. Hay caminos (no calles: caminos) que van a la Facultad, o al pueblo, o al supermercado, o a la autopista, o adonde sea, pero no hay esquinas donde te pares a esperar la micro, porque no hay micros y por lo tanto, si no cuentas con tu propio vehículo, no puedes ir a ninguna parte ya que las distancias son un poco largas. El favor es que hables con el papá y lo convenzas de que necesito una moto. Fui a Filadelfia a ver cómo es el asunto y encontré que las de segunda mano, pequeñas,*

*no son algo del otro mundo en cuanto a precio. Para que no se asusten, te voy a decir que manejar moto por acá no es como andar en Santiago, los caminos son tranquilos, sin tacos a ninguna hora, no hay calles que se cruzan. El único inconveniente es la nieve en enero y febrero, pero, bueno, las cosas nunca son perfectas. Tampoco es que se lo pase nevando todo el invierno, ¿cachai? Lo digo para hacerte rabiar, ¿por qué le haces tanto asco a esa palabreja? Dime si crees que el viejo accedería a mandarme unos tres mil dólares, mamá, convéncelo, porfa.*

*Pasando a otro tema, te voy a decir que mi profe es un tipo increíble. Tiene casi ochenta años y la semana pasada viajó a Washington para unirse a un movimiento de “indignados” que se tomó una plaza, con carpas y todo. Se pasó, cuando se trata de protestar contra el sistema, no se pierde una.*

*Otra noticia: el profesor Hassett, de quien te hablé, está casado con una escritora chilena que debes conocer de nombre, Elizabeth Subercaseaux. Hace poco ella viajó a Santiago a presentar su última novela, y se trajo de allá una serie que pasó la TV, Los archivos del Cardenal, se llama. ¿La viste o has escuchado comentarios? Me la va a prestar, parece que es súper fuerte.*

*Bueno, mamita querida, los echo mucho de menos, ¿qué haces por las tardes a la hora en que me preparabas la merienda? Añoro esas paltas molidas con un poco de merkén en marraqueta tostada. Oye, contéstame, cuéntame cosas del papá, del barrio, los amigos... Y no te olvides de mi encargo.*

*Tu hijo que te quiere, Carlos.*

## O N C E

¿Será tan importante la diferencia de edades? Ramiro observa desde su ventana los barcos que a lo lejos se alinean entre la niebla matinal que empieza a disiparse en la bahía de Valparaíso, mientras va rememorando con nostalgia algunas hazañas del pasado. Piensa que en realidad la diferencia no puede ser tan definitiva y de eso

quiere convencerse al evocar sus glorias no demasiado remotas. El genio de Chaplin pudo (¿o quizás sólo quiso?) minimizarla cuando determinó que la joven bailarina suicida interpretada por Claire Bloom se prendara con tanta fuerza de Calvero, el ya decadente payaso borrachín, su protector, ¿se prenda ella de verdad o es mera gratitud? Contra natura, piensa; por mucho que al buey viejo le guste el pasto tierno, es un hecho indiscutible que la miel no se hizo para hocico de burros. Y si viniera esta mañana la preciosa, la grácil, la de piel tan blanca y ojos tan punzantes, la que fue niña en la piscina; si tocara esta mañana a su puerta la bella Laura, ¿lo haría debido a que él la impresionó como varón a pesar de sus años, sus arrugas, sus canas, su piel aflojándose? ¿O acaso porque a lo físico se superpusieron el talento, su sabiduría, la experiencia de una vida agitada y larga? ¿O quizás tan sólo se trate de que él es director de cine y ella una actriz que pretende un papel en la próxima película? El poder suele operar como un afrodisíaco potente, se repite, y se pregunta si acaso ella no le escupiría en el zapato si él sólo fuera un Don Nadie anciano que le lanza un piropo al cruzarse ambos en alguna calle. ¿Y si viene, cómo resultará su desempeño después de tantos meses sin darle al sexo ningún tipo de golosina? Hay que dejar que el recuerdo ataque igual que si se tratara de las imágenes de una película, se dice Ramiro, y en su pantalla interior hay una muchacha que repta gón-dola arriba lengüeteándole el vientre, después de haberlo dejado vacío, catatónico, y se abraza a él rodeándolo con la pericia de un pulpo. Ocupan la habitación veneciana del motel Felicity. Suave su piel, experta de labios, pechos que no caben en una mano, de morbosa avidez. Delia es la secretaria de su dentista, y todo comenzó porque la mañana que le iban a colocar la prótesis, en la sala de espera, ella lo miró risueña y le dijo que era muy bonita su camisa, ¿dónde conseguía camisas de esos colores? Ahora, desnudos los cuerpos en una cama *king size*.

—¿Lo hice bien? —pregunta Delia asomando la lengua con risueña candidez—. Ramiro ríe—. A mi pololo le encanta que se lo haga...

—¿Tu pololo?

—¿Quieres que te lea la última carta que me escribió desde La Serena?— Ramiro asiente. Después dice que mejor no. Qué desvergüenza, ¿leérsela así, a poto pelado?

Una sola cita tuvo con Delia. Ella era muy joven, él ya cincuentón, pero la niña quedó contenta, ya que durante varias semanas no se cansó de llamarlo por teléfono. ¿Y la edad? “Tú no tienes edad”, le había dicho ella. Y que siga entonces el recuerdo de las glorias, se dice Ramiro.

¿Que no tiene edad? Ahora ya ha pasado los cincuenta y ocho años y maneja su Mercedes desde el barrio Las Condes hacia el centro de la ciudad. A su lado lleva a Lorena, que le pidió un *ride* después del almuerzo en casa de la Mati. Es su sobrina política, la veintiañera esposa de Genaro, el hijo fome de su hermano menor. Deliciosa y radiante, minifalda que exhibe muslos nuevos, asoleados.

—¿Me puedes dejar cerca de la Plaza de Armas, tío? Tengo que hacer unas compras—. Van llegando al Museo de Bellas Artes por la Costanera. Ramiro le posa una mano sobre el muslo y aprieta con suavidad.

—¿Son muy urgentes tus compras? —pregunta.

—Más o menos... —dice Lorena—, ¿por qué?

—Porque ahí en Mosquito, cerca del estacionamiento, hay un motelito muy agradable.

—Tío, te pasaste, si soy tu sobrina, ¿te fijas?

—No hay tíos y sobrinas. Hay hombres y mujeres.

A las nueve de la noche, en la habitación del motel de Mosquito, Lorena bebe un sorbo de su pisco—sour y pincha su celular.

—¿A quién llamas? —pregunta Ramiro.

—Aló... Genaro... Soy yo, mi amor... Me atrasé un poco en el centro, pero voy en camino, besitos, te quiero—. Lo cierra—. A mi marido, por supuesto —le responde Lorena.

Con ella se juntó algunas veces más, y fueron siempre al mismo refugio. La verdad es que lo tuvo por las cuerdas... Después de todo, concluye Ramiro, recordar es volver a vivir.

¿Verdad, Bernardita, que no te asusta estar con un viejo que pasó los sesenta?

La muchachita, estudiante del curso sobre guión cinematográfico que dicta Ramiro, ha aceptado acompañarlo a buscar unos libros a su casa de Algarrobo. El la ama y le ha costado semanas derrotar el implacable “no” con que ella venía correspondiendo a su asedio. Es invierno, oscurece temprano y en el panorámico ventanal que mira al rompeolas se refleja el fuego de la chimenea que les da calor, otro tipo de calor. Han disfrutado la puesta de sol abrazados y sumidos en un pouff, entre besos y caricias. Los dedos de Ramiro incursionan los túneles secretos de Bernardita, como en busca de un tesoro escondido.

—¡Dios Santo! —exclama ella apretando con su mano la dureza que encuentra en la entrepierna de su profesor—. Por favor, ya basta, quiero esto para mí, dámelo, dámelo.

Llega el momento triunfal en que la proa del bergantín abre su camino y avanza, pero entonces el mástil se desploma, resurge tras un esfuerzo heroico, se vuelve a desplomar, y Ramiro se retira humillado, mudo, con el corazón saltándole, y el orgullo cayendo a pedazos.

—No entiendo qué me pasó —dice.

Bernardita parece concentrada en una fila de pelícanos que vuelan hacia los roqueríos que albergarán su sueño.

Desde la misma amplia ventana del Hotel Brighton, Ramiro sigue con la vista un barco que empieza a alejarse del puerto. Nada es como antes, se dice. Ninguna seguridad. Ya nunca habrá llegada por la mera presencia. Para la persuasión ahora será necesario echar mano de recursos que en otros tiempos salían sobrando: algo de ingenio, frases adornadas de sabiduría, lisonjas que a la “enemiga” le bajen las defensas, todo junto en la coctelera, bien batido. Médicos, también. Cápsulas estimulantes, Viagra. ¿No será quizás la hora del retiro? *A time to refrain*. ¿Para qué le habría dicho a Laura que viniera? ¿Y si llega? ¿Otra vez el riesgo de afrontar la vergüenza? El barco



empieza a perderse en el horizonte cuando tocan a la puerta. El corazón de Ramiro se sobresalta porque él está seguro que es ella, que ha llegado hasta la habitación sin anunciarse. Se dirige a abrir.

—Hola, buenos días —dice Laura sonriendo sus hoyuelos.

—Hola, preciosa, qué bien que viniste.

El beso es directo, largo, retorcido, y emana esa angustia en que no hay minuto que perder. Después se miran a los ojos y Laura empieza a desabotonarse la blusa, como si no dispusiera de mucho tiempo.

—¿Cuánto llevas con tu pareja? —pregunta Ramiro.

—Cinco meses.

—¿Y por qué haces esto?

Ella no contesta. Lo mira como si tuviera la película clara.

El barco ya no se ve en lontananza.

## D O C E

Lorena hizo una seña a Paulina para que le sirviera su segundo Margarita de la *happy hour*. Algunas veces prefería el tequila. Ya pondría en su lugar al maldito niño Ángel. Se habían citado a las ocho y media, eran las nueve diez y ni siquiera una señal de celular. Se estaba pasando el lolo, a ella no le venían con huevadas, muy delicioso sería en la cama, pero era ella quien pagaba todo, las comidas, los tragos, el hotel, y hasta plata para el bolsillo le ofrecía, que no viniera con estupideces entonces, le importaba una mierda que fuera difícil su papel de torturador en la obra de Pinter, una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como decía siempre su amigo Rafael, el escritor mexicano, y tampoco la impresionaban sus moralinas de conciencia, que su pareja, sus deberes políticos, y quién sabe qué. Proyectando su rabia a través de una fulminante mirada que lan-

zó hacia la parte posterior del local, vio que Romeo, el jovial amo y señor del Hemingway, un hombre alto, robusto, cabello blanco, bigote espeso, conversaba y reía de pie junto a la mesa donde un tipo viejo parecía escucharlo complacido. Tuvo toda la impresión de saber quién era y un vientecito alegre le menguó el sabor a bilis que la estaba matando. Llegó Nefertiti con el segundo Margarita, y Lorena aprovechó de preguntarle quién era el sujeto canoso que conversaba con su jefe. La muchacha los miró y dijo de inmediato que no lo había visto antes.

—¿Quieres hacerme un favor, Paulina?

—Sí, señora, dígame.

—Acércate a esa mesa y fíjate lo que está bebiendo. Sólo eso, y vienes a contarme.

Los ojos de Lorena siguieron a la princesa egipcia mientras se desplazaba como una gacela. En seguida la vio dirigirse a la barra y hablar con el barman. Poco después llegó con la revelación del secreto.

—Lo que toma es Jack Daniels en las rocas. Tuve que preguntarle a Sergio.

—Gracias linda. Además de preciosa, eres un encanto—. El dato le dio la seguridad, no había dudas de que era él—. Y un segundo favor, Paulina: sírvele uno igual y le dices que esta mesa se lo envía. Lo pones a mi cuenta.

—Muy bien, señora.

Desde su solitaria trinchera, Lorena observó todo. Romeo se había retirado y conversaba ahora con otros comensales. El hombre viejo se sorprendió cuando Paulina le sirvió el nuevo vaso. Hizo un gesto como de que él no había pedido nada más, y luego de escuchar a la muchacha, miró en la dirección que ella le indicaba. Lorena no le dio la cara, que lo trajera la curiosidad, se propuso, que averiguara, ¿acaso no era un experto “cazador”? El hombre llegó con su vaso en la mano y entonces ella lo miró.

—¡Lorenita! Qué sorpresa, por Dios santo, entre todas las mujeres *it had to be you*.

—Siéntate, tío Ramiro, acompaña un rato a tu sobrina predilecta.

—Ele, Ele, U, Lorena la única—. Era un juego—. Se sentó—. Mucho que no nos veíamos, sobrina, cómo anda todo, qué es de Genaro, supe que Carlitos se fue a gringolandia, mala onda, justo cuando se empieza a desmoronar el imperio. Oye, te ves estupenda.

—Pasarlo bien es el mejor maquillaje para una mujer.

Hablaron de cada miembro de la familia, incluido el “fome” de Genaro, de la calamidad de país en que estaban viviendo, los payasos de La Moneda, las catástrofes, el clima, que tenía a toda la población agripada por los violentos cambios de temperatura en un mismo día, la inseguridad de las calles, el aire envenenado que los iba matando de a poco. Hasta que llegaron a ellos mismos: Lorena y Ramiro.

—¿Por qué no te atreviste? —dijo él.

—Tenía un hijo chico.

—Lo habríamos pasado bien.

—¿Tú crees? Es un bonito sueño.

—Yo anduve loco por ti.

—Tú siempre andas loco por alguien, tío.

—No me digas tío, Lorenita. Me da la impresión de que te estuvieras riendo de mí.

—De acuerdo, ¡tío!... Te iba a contar que desde que se fue Carlitos, me aburro bastante, es como si hubiera jubilado y no hallara qué hacer con mi tiempo, como si me sobraran las horas. La casa me parece una lata. Por eso a veces salgo a tomar un trago con algunas amigas, a copuchar un rato.

—¿O con algunos *amigos*?

—¡Oye! ¿Qué estás sugiriendo?

—¿Tendría algo de malo?

–Soy casada, tío –dijo ella subrayando el “tío” y regalándole una mueca cínica.

–Sobrinita, sobrinita, no nos veamos la suerte entre gitanos. Tú y yo somos iguales, ¡y lo sabes!

–Puede que tengas razón, pero hay una diferencia importante: soy mujer. Tú acometes hazañas y yo, pecados capitales. Sólo los hombres tienen licencia para emprender aventuras y demostrar lo polígamo que es el ser humano. Como dice una poetisa, el presidente, un senador o el alcalde, son “hombres públicos”. En cambio, las “mujeres públicas” son las putas.

–Tienes razón, pero yo no hice que las cosas fueran así.

–¿No? Lo hicieron los hombres, o sea tú.

–Creo que ese cuento de que históricamente la mujer está sometida al hombre es uno de los grandes mitos.

–¿Olvidaste que Adán, apenas tuvo oportunidad, le echó la culpa de todo a Eva?

–¿Y quién le pasó la manzana?

–Oye, “tío”...

–Nada de cosas, “sobrina”. Tú le pones los cuernos a Genaro con toda naturalidad, pero si una noche él no llegara para la cena, preferirías que lo hubiera atropellado un auto, antes de que te pudiera estar engañando con otra mujer.

–Quizás –Lorena rió.

–Te sientes una mujer liberada...

–Sí, en cierto modo. Porque llegué a la conclusión de que el pote es mío. Sin embargo, no creas que estoy tan feliz... Oye, dejemos esta lata filosófica y cuéntame de ti. Leí en el diario de las copuchas que te habías enredado con la actriz de tu última película, Laura... ¿cuánto?

–Laura Benítez. Enredos que arman los periodistas, sobrina. A esos chismosos no hay que creerles ni lo que rezan.

—No te hagas, si es bien linda la chiquilla. Digo por las fotos, no he visto la película.

—Es linda, cierto, más linda que la Ángelina Jolie.

—Esa sí que no te la creo.

—En todo caso, no le des crédito a las copuchas de la prensa. Lo único que yo hice fue ofrecerle un papel en *Dime y te diré*.

—“Dimes y diretes”, ¿no era mejor como título?

Poco antes de las once de la noche, Ramiro dijo que se hacía tarde, invitaba él, que no alegara.

—Acepto humildemente, tío, corresponde, ¿no?

El la miró con un gesto de resentimiento comprensivo.

Cuando Paulina se acercó con la cuenta, Ramiro preguntó si podía pagar con tarjeta Red—compra.

—Tiene que ir a la caja, señor —dijo la muchacha.

Mientras el hombre viejo fue a pagar, Paulina le comentó a Lorena que ese mino que a veces se juntaba con ella, el estudiante de teatro, se había asomado a la puerta un rato antes. Al parecer al verla acompañada, prefirió echarse el pollo.

—Gracias, linda —dijo Lorena, mordiéndose los labios.

Ella y el tío salieron a la noche.

## T R E C E

—¡Salud, muñeca! —exclamó Genaro Montesco derrochando una ráfaga de entusiasmo al chocar sonoramente su copa con la de Lorena, muy a sabiendas de que la causa de esa euforia se escondía tras el vuelo alegre y peligroso hacia la promesa de nuevos territorios que estaba tomando la relación con Marta. Luego dejó caer su cuerpo

sobre la poltrona, frente a la mecedora donde se había instalado ella, su princesa de otros tiempos, que de pronto ya no quiso seguir siéndolo y empezó a probarse trajes con sabor a cambio de destino, ella, que no sabe que él sabe, que se hace el que no sabe, pero sabe, lo sabe todo, sabe incluso hacia dónde apuntan sus estrellas.”¿No sales de farra esta noche?”. La pregunta era necia, ya que cuando su mujer iba de cacería, se acicalaba frente al espejo como lo hacen las divas antes de aparecer en el escenario. Con ese pantalón plomo desteñido, una polera blanca y las zapatillas de tenis, parecía más bien que se hubiera propuesto espantar al prójimo. O al “próximo”. Desmaquillada además, sin la sombrita negra en los párpados ni el color para resaltar las mejillas, mucho descuido, pero qué tanto, si él, apenas él, era *todo* el público.

—Salud, cariño, no, no voy a salir. Había quedado de juntarme con la Maca, y se me quitaron las ganas. La llamé y le propuse que mejor mañana. Ando medio bajoneada. Rico el Martini.

—Especialidad de la casa—. ¿Con la Maca se iba a juntar? ¡Qué risa, a otro perro, que este mastín no nació ayer! Más probable es que sus citas fueran con René Montecinos, el taxista celoso, según Julián Ramírez, investigador privado, o con Ángel Lara, el actorcito ingrato, o con Marcel Cayuela, un profesor de natación capaz de competir con el propio Romeo a quién más romántico. Hasta con Gonzalo Urrutia podían ser sus citas, un adolescente imberbe y medio chifleta que se deleita leyéndoles poemas de Becquer a los árboles, y discute a gritos, dispuesto a batirse a duelo con Rocky Balboa, Batman, o la *pretty woman* frente a la pantalla. ¡Ah, maldita cínica su muñeca! Era capaz de poner ojos de monja y sonreír como Santa Teresita de los Andes al jurar por su madre que se iba a reunir con la Maca para conversar de las donaciones al Hogar de Cristo. Curiosamente, él ya no sentía celos.

—¿Tú tampoco vas a salir? Últimamente te he notado muy salidor—. Lo miró con un ligero temblor en los labios, como cuando un perro está a punto de mostrar los colmillos.

—Sí... Lo que pasa es que me aburre pasar solo la hora del relajo, la hora del cóctel, tú sabes. Me gusta cómo era antes. Yo llegaba de la oficina y tú esperándome para que nos instaláramos a comentar las cosas del día. Escuchábamos al Puma Rodríguez, a Manzanero, mis tangos de la Rinaldi, y nuestro jazz de siempre, y recordábamos buenos momentos de la vida, Puerto Vallarta, el segundo viaje a México, y veíamos de nuevo crecer a Carlitos en el álbum de fotografías. Pero tomar el aperitivo solo, me da lata, me deprime un poco y, bueno, prefiero juntarme con algunos colegas que van a menudo a un pub de Providencia—. Qué hijo de puta, se dijo, soy igual que ella de embustero: los colegas del caso eran siempre Marta, Marta y Marta, y el lugar no era exactamente un pub de Providencia.

—Es raro cómo van cambiando los colores en un matrimonio. Se pone medio fome la cosa, monótona, opaca.

—Yo creo, Muñequita, que *tú* andas un poco rara, como que algo se te dio vueltas, ¿qué ha pasado?

—No sé qué insinúas, pero te aseguro que siento mucha pena pensando que Carlitos se nos puede quedar por allá. Tengo el presentimiento, y eso me hace ver la vida de un color más turbio.

Sonaron las notas del celular de Lorena. ¿Maca?... Okey, mañana, sí, a las ocho me parece bien, ¿te gusta la Plaza del Mulato?... De acuerdo.

Genaro vació su copa y con un suspiro de satisfacción se levantó a preparar el segundo Martini. De modo que su muñequita esta vez había dicho la verdad, pensó, sin dejar que se manifestara su asombro, la cita era con la Maca, y no con uno de los efebos de su harén. Algo estaba pasando.

—¿Otro, Muñeca?

—Claro.

Desde la pared opuesta a la barra, los ojos de Humphrey Bgart frente a un avión a punto de partir, comunican escepticismo,

dolor, fortaleza, y algo de resignación también, debido a que a él y a la Bergman todavía les queda París. Siempre les quedará París.

—A nosotros nos queda Puerto Vallarta —dijo.

—¿Qué dices?

—Nada.

## C A T O R C E

—Mira, Maca, lo que pasa es que con Genaro hace tiempo que no baila el trompo, no es que sea impotente, nada de eso, pero no pasa nada, te juro. Pocas semanas después que se fue Carlitos, la relación llegó al punto cero y pienso que nos quedamos vacíos, una lata, ¿me entiendes? Sin temas para hablar, ni fuerzas para discutir, ni estímulos para emprender algo juntos, te juro, dos extraños que no se ven el uno al otro, figuras invisibles que apenas se rozan al cruzarse. De pronto noté que se me hacía difícil seguir compartiendo con él la cama y aproveché que disponemos de un dormitorio extra para cambiarme de habitación. Genaro alegó un poco, nunca tanto en realidad, como que la idea no le pareció tan mal. Así y todo, al poco tiempo empecé a sentirme igual que un animal enjaulado y entonces me atacó la fiebre por salir, darme mis vueltas en la noche, respirar, sentirme libre, sentirme *yo*, un cafecito, algo de luz, un trago, algo de aire, y en una de esas me di cuenta de que los lolos todavía me miran, te juro, como que la pego bien con los lolos, y se me vino a la memoria la locurita esa que cometí con el suplementero, ¿te acuerdas? Y me dije por qué no, ¿por qué privarse de unas canas al aire? Eso a nadie le viene mal, Maca, de repente, sin darnos ni cuenta, vamos a tener celulitis, el poto caído, las tetas flojas, ¿cachai? Como que ya empezamos a jugar los descuentos y no nos va a mirar nadie. Te voy a decir que lo he pasado más o menos bien con mis, cómo llamarlas,



¿cacerías? Bueno, bien y mal, la verdad. Por un lado lo que se siente al momento mismo de seducir, cuando se produce el flechazo que apunta al centro del blanco, es un temblor bastante eléctrico, único, te juro, algo como encender la luz, o como cuando iba a pescar con mi papá al río Tinguiririca y de pronto picaba una trucha. Lo malo es que cuando se completa el proceso, cuando ya pasó todo, te sientes pésimo, *the morning after the night before*, dicen los gringos, sobre todo si la jornada no resultó muy brillante, como ocurre con frecuencia, ya sabes, que el niño se vino demasiado pronto, o que no se le puso duro para la segunda. Entonces te sientes podrida, te reprochas, te preguntas por qué lo estás haciendo, te sientes miserable, vacía, y pasas todo el día siguiente enojada contigo misma, con ganas de castigarte por... más que nada por huevona. Pero el asunto es que cuando se abre la noche, empieza otra vez la ronda y no quieres, o no puedes, detenerte.

—Te digo una cosa, Lore, me tienes con la boca abierta y el corazón a saltos, yo creo que estás como mal, me preocupas, creo que no debes seguir tan... tan suelta, ¿me entiendes? Ya sabes que no soy moralista ni me hago nunca la cartucha, ¿te fijas? y que también tengo mi hachita que afilar, pero si sigues así te vas a quemar, sabes cómo es la gente, una vez que llega el pelambre, no hay vuelta atrás, dirán que eres una puta con mayúsculas y te van a hacer la neumática, son implacables, Lore... Dime, ¿no has pensado en separarte de Genaro? Quizás sería lo mejor, ¿te fijas?

—Ay, Maca, ¿para qué?

—Pues para no estar todo el tiempo engañando a tu marido.

—¿Y tú no engañas a Darío cuando tiras con él y estás pensando en el vecino de arriba? No, estar casada es como tener un seguro.

—No te pongas cínica.

—¿Por qué lo tomas así? Te lo digo en el sentido de que si estoy casada, ya no me puedo casar, ¿me entiendes? El profe de natación quiere que nos vayamos a vivir juntos, y hasta se separó de su señora. Si supieras cómo insiste, le da y le da, pero yo ni loca, nones. Será

muy exquisito el tonto, pero ni loca, te digo, y a él le digo que estoy casada y ya, sólo eso, ¿cómo me voy a ir con él si estoy casada? ¿Vivir juntos? Me acostumbré a dormir sola, otra cosa, Maca, otra cosa, nadie se pone a roncar con la fuerza de un motor a media noche, ni te despierta de una patada al azar, ni se lanza una corrida de pedos en la mañana, no, Maca, eso de compartir cama, nunca más, te juro. Por un rato y basta.

—¿Y el estudiante de teatro?

—Te diré que es malvadito el niño, porque se pasa días enteros sin responder mis llamadas y eso me pone muy tensa, medio depresiva, ansiosa, me desespera en realidad. Estoy segura de que le gusta y lo pasa bomba conmigo, pero él anda muy involucrado con esta actriz Laura Benítez, y ahí ya no tengo cómo competir. Más joven, más bonita y además, de moda. Viven juntos y ella parece que algo ha cachado porque lo bombardea a preguntas y como que le anda vigilando los pasos. El maricón quiso romper conmigo, y tuve que pararle el carro. Por suerte los lolos son fáciles de convencer. Le ofrecí algo de plata para que se comprara una bicicleta nueva, y asunto arreglado. La suya se la reventó René, el taxista. Lo quiso amedrentar el bruto para que se alejara de mí, y lo único que logró es que yo decidiera tirarle la cadena, te juro, lo mandé lisa y llanamente a la mierda y si me acosa, además voy a delatarlo a las autoridades, ¿te das cuenta? El infeliz pudo haber matado al Ángel. Bueno, Maca, demos vuelta la página, lo que también quería contarte es que desde hace un tiempo vengo sintiendo algunas molestias en el organismo, además de otras incomodidades de... ¿de qué? Tal vez del alma, no sé. Duermo poco y por la noche se me hacen muy gordos los problemas, entonces me da taquicardia. Durante el día me cambia varias veces el ánimo y lo peor, lo que nunca me pasaba, me vienen como odiosidades contra la gente, desconfío, les veo el lado malo, con decirte que hasta le escribí un correo a Carlitos tratándolo como la mierda. Y también me canso. Hasta de hacer el amor me canso.

—Pero Lore, eso en cualquier parte y en todos los idiomas se llama stress, y tiene remedio, hay calmantes. Tómate unas pastillitas

de Pasiflora con Valeriana y no sé qué otra hierba, y vas a ver que se te pasa.

–El hecho, Maca, es que debido a las otras molestias que te digo, consulté a un médico y después a otro. Resultado: me tengo que someter a varios exámenes. Tú ya has pasado por eso, ¿qué clínica me recomiendas?



## SEGUNDA PARTE



## U N O

Aunque concluido su largo día de trabajo, el Detective de la Brigada de Homicidios Néstor Barría daba vueltas sin rumbo por un Santiago de calles otoñales, aferrada a su mente la imagen de esa mujer. Lorena Saldaña, cuarenta y cuatro años, sin profesión, casada. Pensó en una escultura realista al contemplar por la tarde el cuerpo despaturrado sobre la cama, un mínimo calzón y un sostén desabrochado que revelaba la hendidura de sus pechos. Y tuvo un estremecimiento singular, anómalo más bien, si consideraba la cantidad de cadáveres que había visto a lo largo de su carrera profesional. Los gestos de Lorena Saldaña insinuaban trasfondos patéticos: ojos vidriosos, O.K., lo natural, pero la boca un poco abierta hacia el lado del corazón como si intentara una sonrisa, y la mano derecha recogiendo unos dedos largos y finos que se hallaban a punto de rastrear la zona púbica. ¿Acaso intuyó que iba a morir y quiso sacarle a la vida un minuto más de placer? ¿Se habría propuesto comunicar algo? ¿A quién? ¿Hubo una persona frente a ella mirándola, escuchando sus palabras? El detective llegó al final de la mínima calle Almirante Simpson, se detuvo dudoso. Vicuña Mackenna era una larga fila de buses oruga del Transantiago, uno detrás del otro, en caravana. No dejaban ni una grieta para que algún peatón en apuros se decidiera a cruzar la avenida. Así se venía configurando la capital, un conjunto de imposibilidades. Optó por doblar hacia Plaza Italia, haciendo crepitar las hojas secas que caían planeando desde el ramaje enmarañado de los plátanos orientales. En la cuadra siguiente, entró sin vacilar a la cantina Dos Torcazas, se instaló en la barra y tras una indiferente ojeada al menú, pidió un chacarero y una Cuba Libre con ron Havana de seis años.

Los restos de licor en los dos vasos solitarios que reposaban sobre la mesita de centro en el departamento del crimen eran de whisky, no resultó difícil darse cuenta. Uno de ellos estaba vacío, pero se había bebido de él; el otro —a medio vaciar— mostraba en su borde

una delicada señal de rouge labial. Ella debió brindar con quienquiera que estuvo ahí, mirándose a los ojos y tal vez sin sospechar que se trataba de su copa del estribo. ¿Por qué no les fue dada a los ojos la capacidad de retener la última imagen que captaron del mundo? Las dos colillas apagadas sobre el cenicero no tenían señales de rouge. (El primer bocado que Barría probó de su sándwich, le avisó a las claras que había juntado bastante apetito)... En el bolso de cuero encontraron el teléfono celular de la mujer, una billetera que contenía sus documentos, dos tarjetas de crédito y tres fotografías, un llavero, un estuche de condones y, lo más desconcertante, una vela rosada de al menos veinte centímetros de largo y cinco de diámetro, con la forma de un falo hinchado. Estaba envuelta en una lámina de papel celofán sobre el cual sobresalía una pequeña etiqueta. Fue la mujer, es decir Lorena, quien arrendó el departamento por todo el día, “turno doble”, aseguró la declaración de una dama bastante gorda y tirillenta que ocupa otro departamento en el mismo piso. La casera, la que recoge los billetes. Y llegó sin compañía, dijo también, bueno, lo normal, casi nunca viene la pareja a recibir la llave, por lo general es el hombre solo. Pagó en efectivo, nerviosa se notaba, y tenía una expresión triste. Nunca la había visto antes, asegura, ella jamás olvida una cara. Cuando después de tomar once salió a tirar una bolsa de basura al incinerador, notó que la puerta del “38” estaba junta, y se asomó en silencio, encontrándose a boca de jarro “con el tamaño pastel”. Era frecuente que en los departamentos del piso hubiera peleas, sonaran portazos, se lanzaran gritos. Pero nunca nada como esto, no señor, otra cosa, Dios mío.

En el espejo de la estantería, el detective Barría advirtió que su rostro expresaba un legítimo gesto de satisfacción provocado por el primer largo trago de su Cuba. “Toda alegría legítima proviene del alcohol”, recordó. Pidió más ají para el chacarero y se alisó con los dedos de una mano el grueso bigote grisáceo. Tal vez se tomara una segunda Cuba, total era viernes. ¿Por qué estaría junta la puerta del departamento?



## D O S

Néstor Barría caminaba liviano de cuerpo y con una expresión que parecía indicar que las cosas marchaban bien. Al abrir la semana, habían avanzado bastante en el caso que le asignaron. Primero, el señor Genaro Montesco acudió al Servicio Médico Legal, alias La Morgue, y certificó que el cadáver correspondía a Lorena Saldaña, su esposa. En segundo lugar, el médico forense dejó establecido que la mujer falleció entre las catorce y las dieciséis horas del viernes 25 de marzo. Además, quedó en claro que la causa del deceso no fue un ataque al corazón, como alguien sugirió ese día en el lugar de los hechos, sino el efecto de un veneno. La primera tesis apuntaba a la posibilidad de que al fallecer la mujer, como consecuencia de un paro cardíaco, su compañero sexual hubiera padecido una crisis de pánico —como está tan de moda decir—, y optado por hacerse humo. Pero la nueva información dejaba dos opciones a la vista: asesinato o suicidio. Y debido a varias razones, la apuesta se inclinaba con mayor énfasis hacia la primera. Si bien las huellas digitales fueron cuidadosamente borradas de los vasos, el cenicero y la manilla de la puerta, el acompañante de Lorena olvidó una bufanda de lana escocesa. Finalmente, ese pequeño objeto de inocente apariencias llamado “celular”, que puede convertirse en severo delator, acusaba desde números de teléfono y emitía nombres de personas, hasta mensajes hablados. Ya se estaba confeccionando en las oficinas de la PDI una lista de interrogatorios que venían como pasos inmediatos de la agenda. El se reservaba el primero, Genaro Montesco, el desolado marido. ¿Desolado?

Barría dirigía sus pasos al Corner Bar, de calle Moneda, a juntarse con un tipo que lo había contactado por teléfono para ofrecerle cierta información que anunció como “fundamentales” para el caso. Si le pedía dinero, estaba jodido el pobre.

Desde el Paseo Ahumada llegaban ecos del tamborileo y las consignas coreadas por un grupo de trabajadores en huelga. Soplaba

viento y un grisáceo nubarrón que opacó la mañana parecía preñado de lluvia. Un perro vago dormía despaturrado en la esquina de Moneda y Bandera.

Barría y el Investigador Privado Julián Ramírez —así se presentó el informante— se saludaron con poco entusiasmo, ocuparon una mesa arrinconada al fondo del local, sentándose frente a frente, y pidieron cada uno una cerveza y un caldo apodado “corner”, igual que el establecimiento: una especie de consomé en taza al que se le estrella un huevo crudo al momento de servirlo. Especial para una mañana fría.

—Hablaré derecho, detective, pero le adelanto que los datos que voy a proporcionarle serán muy útiles para el caso que le asignaron, créame. Y vaya armándose de paciencia, porque si acaso le interesa —y estoy seguro de que así será— tenemos para rato. Primero quiero explicarle mis motivos. Si no se tratara de usted — conozco bien sus antecedentes—, le ofrecería la información a manera de un intercambio comercial, ¿me comprende? En muchas ocasiones debo comportarme como un vulgar mercader que se ve obligado a correr una cortina sobre los principios morales. Pero sé además que los funcionarios como usted, al igual que los privados como yo, andamos siempre a medio morir saltando en la vida, de manera que mi informe será un obsequio, créame. Interesado, claro, usted sabe: hoy por ti, mañana por mí. Quizás en otra oportunidad sea usted quien me ayude a resolver alguno de los casos que me encomiendan. Componedor este caldito. Bueno, amigo, vayamos al grano. Empezaré por decirle, aunque suene feo hablar mal de los muertos, que la señora Lorena Saldaña de Montesco era una puta de tomo y lomo. No me entienda mal, no quiero decir de ésas que se paran en una esquina, columpian el bolso y cobran su precio por la noche, o la mitad si tan sólo las requieren por el momento. Era puta en otro sentido, con clase, puta fina. ¡Pero puta! Cómo lo supe, se preguntará usted. Muy fácil: el señor Genaro Montesco me contrató para que vigilara las frecuentes salidas nocturnas de su esposa, y así lo

estuve haciendo durante un par de semanas antes de entregarle al cliente la historia que deseaba conocer, la certificación inequívoca de su espantosa cornamenta. Pero le confieso que después de hacerlo, quise extender la investigación debido a que algo me sedujo en esta linda mujercita que se iba algunas noches de cacería, dispuesta a no dejar títere con cabeza. Créame, donde ponía el ojo, ponía la bala. Los ojos de Lorena eran dos agujeros negros que sorbían a su presa sin piedad. Por lo tanto, después de entregarle al señor Montesco el informe, continué vigilándola por mi cuenta, quizás en un afán algo morboso, con el secreto deseo de quedar alguna vez atrapado en su telaraña, ¿me entiende? Una mujer tan linda, fresca, insinuante. Seguí sus pasos por muchos rumbos y cada noche antes de dormir me ponía frente a la computadora y tomaba notas de cuanto había visto, agregando también mis propias reflexiones, como si pensara que alguna vez podría escribir una novela sobre esta magnífica heroína contemporánea que, en el seno de nuestro pacato mundo lleno de hipocresía y prejuicios, descubrió que su cuerpo era solo de ella, y decidió hacer con él lo que le diera la gana, entregándose a uno y otro por placer, no por dinero. Una puta que se las trae. Bueno, que se las traía, digo. Y le voy a confesar que también investigué a varios de sus amantes, todos muy jóvenes, con la excepción de un tipo que puede fácilmente doblarla en edad. Si me permite, empezaré por darle algunos detalles acerca del joven Ángel Lara.

## T R E S

Debido a que el Laboratorio de la Policía Técnica había informado que Lorena Saldaña no mantuvo relaciones sexuales en las horas previas a su deceso, el Detective Barría decidió cambiar el orden de su primer interrogatorio. Dejaría a Ángel Lara y a Genaro Montesco para más tarde.

La mujer que tenía “el primer número” en la lista de testigos le pareció juvenil y agraciada, pero se notaba descompuesta, como si la hubieran batido en una coctelera con malas hierbas. Lacia de figura, desguañangada en sus prendas, “gallo desplumao” –recordó el tango, aunque disponía de una delantera más o menos competente–, sus ojos agónicos eran de un verde muy claro.

–Como le comenté por teléfono, la razón de esta cita es que estamos investigando un caso de homicidio –dijo Néstor Barría en su despacho, indicándole a la mujer que tomara asiento–. La veo muy agitada, y entiendo su inquietud, señora, pero le aseguro que esta conversación será sólo un interrogatorio de rutina, ¿cigarrillo?

–No fumo, señor.

Si decía la verdad, no eran suyas las colillas que encontraron en el departamento, dedujo el detective y empezó a desenrollar las preguntas obligadas, tomando nota: Angélica Menares Menares, treinta y dos años, educadora de párvulos, co–dueña del Jardín Infantil “Bebelandia”, casada con Marcel Cayuela, profesor de Educación Física.

–¿Conocía a Lorena Saldaña?

–Sé quién era, pero no la conocía.

–¿Cómo explica que su teléfono celular estuviera registrado en el de ella?

–¿En el de ella? No sé... Ah, tal vez porque en una ocasión me llamó.

–¿Recuerda cuándo?

–La semana pasada. Miércoles o jueves, parece.

–¿Algún motivo especial?

–Deseaba hablar conmigo...

–¿Dijo sobre qué?

–Sí, señor, pero es un asunto privado.

–Señora Angélica, Lorena Saldaña fue asesinada el viernes pasado –la mujer se estremeció–, aquí no hay asuntos privados. Todo lo que

nos informe puede resultar indispensable, o al menos útil. ¿De qué deseaba hablarle?

–Dijo que necesitaba aclarar algunas cosas conmigo—. Se cubrió los ojos con las manos y dejó caer la cabeza. Es que... Es que mi marido estaba saliendo con ella.

–¿Desde hacía mucho?

–No, señor, poco tiempo. Pero, en ese poco tiempo, él cambió conmigo de la noche a la mañana, se convirtió en otra persona, alguien que yo no conocía, hosco, indiferente, y una tarde, al llegar del gimnasio, hasta dijo, así como si nada, que pensaba separarse de mí.

–¿Cómo es que se enteró usted de esa relación?

–Cuando empezó a llegar tarde a la casa algunas noches. Yo le hacía tantas preguntas, porque la verdad es que me entraron los celos. Lo primero que pensé era que me andaría engañando. Discutimos y peleamos. Me gritó, lo abofeteé. Lo fui acosando hasta que se sintió arrinconado y confesó todo. Me pidió perdón, dijo que se le había dado vuelta el mundo y que no lo podía evitar, que se iba con ella. Yo me volví muy loca, no sabía qué hacer, cómo defenderme, me lo pasaba puro llorando y, una mañana, en mi oficina del Jardín, le escribí una carta a la señora y se la envié por mensajería. Por eso me llamó ella.

–Y sostuvieron esa conversación...

–Sí, señor.

–¿Por teléfono?

La mujer guardó silencio lánguido.

–¿Por teléfono?

–No, señor.

–¿Cómo entonces, por telepatía? Recuerde que afirmó no conocerla.

–Es porque la vi una sola vez, y no fueron más de quince minutos.

–¿Cuándo?

—El viernes por la mañana yo la llamé y ella me citó en una dirección de la avenida Vicuña Mackenna, un departamento.

—¿Se reunieron?—. Mediante un gesto de la mano le hizo la invitación para que siguiera hablando.

La mujer deslizó las palabras como entregada a un poder incontrolable, como si se hallara sola en el mundo expresando sus últimas confesiones, exhibiendo sus miserias, mirando al vacío.

—Al verle los ojos a la señora Lorena, —dijo—, el cabello tan cuidado, esa finura de sus rasgos, los celos me agitaron la sangre, porque aún siendo bastante mayor, era preciosa y seductora, distinguida también, de modo que no tenía por dónde competirle, estaba derrotada. — Había perdido al Marcel, el amor de su vida, y le vino también la furia y a punto estuvo de cometer una locura, aunque por suerte la dama le infundió cierto aliento de optimismo al asegurarle que si bien salió algunas veces con Marcel después que una descarga eléctrica los remeció a los dos en la piscina, así lo dijo, ya todo había pasado. No se verían más, fue sólo un chispazo aislado, así dijo la dama, de manera que estuviera tranquila, Marcel volvería, todo sería como antes. —Puras ilusiones, señor, nada sería ya como antes.

—¿Qué decía usted en la carta que le envió?

—Que sabía lo que estaba pasando—. La mujer se compuso, enjugó sus lágrimas, se estiró el chaleco—, y que la iba a delatar a su marido.

—¿Pensó en hacerlo?

—Sí, señor, estaba decidida. No me iba a quedar así no más.

—¿Pensó en matarla?

—Se me pasó por la cabeza cuando recién llegué, para qué lo voy a negar. Ella se encargó de calmarme.

—¿Recuerda la habitación donde se encontraron?

—Había dos sillones, una mesita de centro. Una repisa con un aparato de sonido. Una puerta medio abierta que daba al dormitorio. Sobre la mesa de centro, una botella de licor cerrada y dos vasos.

—¿Qué licor?

—No distingo bien los licores, pero me figuro que era whisky, por la etiqueta roja. Dos vasos... Pensé que estaría esperando a Marcel.

—¿Y pensó en matarla en ese momento?

—Eso ya se me había pasado. A lo mejor la mujer decía la verdad y lo estaba esperando sólo para comunicarle que lo de ellos estaba terminado, ofrecerle el último brindis. Así que me fui.

Barría abrió un cajón de su escritorio y sacó una bufanda, extendiéndola ante los ojos de la mujer.

—¿Conoce esta prenda?

Ella guardó silencio con una expresión amarga y la vista fija en el estampado a cuadros. Finalmente respondió que no.

—Señora Angélica, le agradezco mucho su información y, por favor, si recuerda de pronto cualquier detalle, comuníquemelo.

“Celos”, pensó el detective, “una razón poderosa para matar”.

## C U A T R O

—El caso de Ángel Lara no es sencillo, amigo Barría —dijo el Investigador Privado Julián Ramírez, sentados ambos en la misma mesa arrinconada del Corner Bar que eligieron la vez anterior—. El muchacho cumplió veintiún años y se puede decir que ha llevado una vida fácil, aunque bastante compleja, no sé si me entiende. Fácil porque nada le faltó nunca: buenos colegios, dos autos en la casa, vacaciones en Cancún. Y compleja debido a las revelaciones nefastas. En estos días se van descubriendo muchas verdades que permanecían ocultas en la maraña de nuestra hipocresía nacional. Hijo de Osvaldo Lara, uno de los juristas que defendió a los oficiales del Ejército acusados de crímenes de lesa humanidad, usted sabe, secuestros, torturas y muertes durante la dictadura de Pinochet, y de la profesora universitaria María José Duval, cuyo padre, militante

socialista, aún hoy se halla entre los detenidos desaparecidos. ¡Problemita, eh! Resulta que el muchacho, antes de darse cuenta de que su vocación era el teatro, cursó un par de años de literatura en la Finis Terrae y en ese tiempo cayeron en sus manos algunos de los libros que han aclarado un poco las zonas oscuras de nuestra historia reciente, usted sabe, textos como *Los zarpaños del puma*, *Confesiones de un torturador*, *La Conjura*, además de las publicaciones documentadas que hicieron los familiares de muchas víctimas de la dictadura. Con el acceso al conocimiento, al joven se le confundieron algunas cosas, pero otras se empezaron a aclarar también, sobre todo con respecto a su abuelo, al que nunca conoció. Y las referentes a su padre, quien se las arregló siempre para mantener un conveniente silencio. Y también de su madre, dócil ante las órdenes de callar la verdad. Bueno, resulta que al poco tiempo de cambiarse a la carrera de Teatro, al muchacho le ocurrieron tres cosas importantes que dieron a su vida nuevos giros: primero, por razones morales, decidió cortar lazos con la casa natal y se fue a vivir a uno de esos cuartos que en algunas residencias amplias se arriendan a estudiantes, especialmente cerca de los centros académicos; segundo, inició su militancia política en algún grupo izquierdista, no sé cuál, tal vez un reducto del MIR, o una de esas fracciones anarquistas que están brotando como callampas entre la juventud, usted sabe; y tercero, conoció a una deliciosa actriz jovencita –hoy muy de moda– llamada Laura Benítez, junto a quién le tocó hacer algunos trabajos dramáticos en la universidad, ¿la ubica, verdad? Y usted sabe de más, amigo Barría, cómo son los jóvenes de ahora, se lanzan al abismo con los ojos cerrados, hacen las cosas sin pedirle permiso a nadie. En mis tiempos, y los suyos, había más misterio. Llevarse una chica a la cama podía ser toda una hazaña. El hecho es que el flechazo de Cupido les inyectó un ponzoñoso amor a primera vista, y al poco rato de conocerse los tórtolos estaban viviendo juntos en una de esas mismas casas residenciales que profitan del estudiantado, aunque también le solucionan problemas. Al cabo de algún tiempo, la relación de estos amantes impulsivos, preponderantes como Romeo y Julieta, se vino a complicar. La



dulce Laurita empezó a salir con un director de cine que conoció, según parece, durante una cena ofrecida por el Ministro de Cultura en Viña del Mar, y para quien poco después interpretó un papel importante en una película que la hizo muy popular. Usted debe estar al tanto de cómo funciona el sistema de compra-venta en el país, en todos los niveles: el hombre es cuarenta y tantos años mayor que ella, pero tiene poder, mientras que ella es cuarenta y tantos años menor que él, y lo que tiene es ambición. Fórmula perfecta. Laura se las arregló bien para comportarse con discreción, pero Ramiro Aldunate –así se llama el anciano galán– fue más ostentoso, ya sabe, los viejos, tal vez quiso mandarse la parte y dio pie para que algunos guaripolas de la farándula pusieran el chisme en la cresta de la ola. En fin, en todo caso el asunto no pasó a mayores. Los celos no transformaron al joven en un macho furioso. Sin embargo, el caso vino a complicarse una noche en que Ángel, después de clases, se dejó caer con varios amigos al Hemingway, un bar de la Plaza Pedro de Valdivia. Ahí, los acechantes y poderosos ojos de la puta Lorena, que andaba de cacería, se ensartaron en su buena figura, y entonces se fue la bolita, como anuncian los croupiers en el Casino, la bolita de la suerte que determina triunfos y fracasos.

–Oiga Ramírez, ¿es necesario que al referirse a Lorena le aplique siempre el adjetivo?

–Lo que pasa, amigo, es que a mí me gusta esa palabra, créame, no le hago ningún asco. No lo tome como un rechazo, Barría, se lo digo en serio. Pero déjeme seguir, mire que colorín – colorado, este cuento no ha terminado, hay más caminos tortuosos en el laberinto. Usted va a tener de seguro que investigar a este muchacho Ángel Lara, así como también a Laura Benítez, que salió más avispada, ya que no se tragó el cuento del engaño tan fácilmente como su pololo. Ella pasó por varias etapas. Primero se puso cachuda, después alderadísima, y finalmente furiosa, a medida que iba enterándose de la aventura que se traía entre manos su Ángelito. Le voy a pasar otro dato que lo impresionará y quizás hasta le haga más difíciles las indagaciones. Resulta que Ramiro Aldunate es tío de Genaro Montesco,

y una noche se le vio en el Hemingway tomándose unas copas con la puta, poco antes de que se cometiera el homicidio. Ya ve, amigo, que tengo algunas cosas que decirle. Tal vez si no fuera debido a mi descomunal curiosidad, Barría, esta maldita urgencia por saberlo todo, que me obliga a rastrear los olores y a clavarme de cabeza en las historias sin que nadie me pague por ello, estaría un poco mejor colocado en la vida, ¿no le parece?

## CINCO

Los ojos del Detective Néstor Barría deambularon por las paredes de la acogedora habitación y se detuvieron con cierto matiz de nostalgia en el poster de *Casablanca*. Recordaba muy bien esa película que lo marcó en la adolescencia con su avasallador romanticismo. Hizo un par de anotaciones en su libreta y prosiguió el interrogatorio, intentando imponerle cierto grado de hostilidad a las preguntas.

—Señor Montesco, ¿le sorprendió el lugar en que fue encontrado el cuerpo de su esposa?

Genaro apuró otro sorbo de su Martini, cerró los ojos como si se concentrara en la pregunta, y respondió con plena serenidad.

—La verdad es que sí me sorprendió. Bastante. Nunca imaginé algo así.

—Discúlpeme por esta pregunta impertinente, pero la justifica el hecho de que a la señora Lorena la hayan asesinado en un departamento “parejero”... ¿Sabe usted si acaso ella tenía alguna relación extramarital? ¿O lo sospecha?

—Por supuesto que no. Tal vez se trate de una de sus típicas bromas.

—¿Bromas?

—A mi esposa le divertía hacer bromas pesadas, inspector.

—¿Le parece que fue una broma?

—La verdad, no, Inspector.

Los labios de Barría dibujaron un amago de sonrisa. Se sintió complacido de que Montesco le dijera “Inspector”. El era sólo detective, pero la palabra Inspector sonaba bien.

—¿Le dicen algo los nombres de Ángel Lara, Marcel Cayuela, Gonzalo Urrutia?

—No. No me dicen nada.

—¿Seguro?

—No me cree—. Genaro sonrió—. ¿Quiénes son esas personas?

—Yo hago las preguntas.

“¿Por qué mentará?”, se preguntó Barría. “Bueno, pobre tipo, es natural que a ningún hombre le agrade reconocer ante otro su condición de cornudo. Cornudo, de ‘cuernos’, el símbolo gráfico de la infidelidad femenina”. Pero no está dispuesto a seguir empantanándose, tiene que presionarlo más, *tiene* que hacerlo caer.

—Según informaciones que me han llegado, su esposa conocía a las tres personas que acabo de nombrarle...

—Lo ignoro.

“Se está defendiendo como gato de espaldas, porque no tiene coartada, y sabe de sobra que los celos constituyen una de las más poderosas razones por las que el hombre llega a matar, una intensa y destructiva pasión en la que se mezclan la ira, el odio, la crueldad, la tristeza, la vergüenza. Sabe que si admite reconocer esos nombres, caerá automáticamente bajo sospecha de homicidio”.

—Los tres son bastante jóvenes —aseguró Barría—, ¿eso no le dice nada?

—Sí me dice. Me dice eso, que son bastante jóvenes, ¿qué más podría decirme?

—Por ejemplo, que a su esposa le atraían los hombres jóvenes. Ella estaba relacionada con ellos, los veía.

—¿Y eso tiene algo de malo?

—Depende—. Por la expresión de Montesco, el detective intuyó que era el momento de ensartar el arpón, que estaba a punto de vencer al enemigo—. Si ella sólo los hubiera visto, señor Montesco, claro que no tendría nada de malo. Pero, al parecer, además de verse, hacían también otras cosas—. No le gustó decir eso, era como golpear bajo la cintura. Sin embargo, deseaba que el hombre confesara, por su propia voluntad, sin tener que forzarlo a reconocer los hechos paso a paso—. Su esposa fue asesinada —siguió—, y eso significa que existe alguien que cometió el crimen, por obvio que suene, ¿dónde le parece que empecemos a buscar?

—Está bien, Inspector —la expresión de sus ojos languideció, la piel de su rostro bajó de color—. Ya sé dónde quiere llegar, y veo que está enterado de algunos aspectos sórdidos de la historia que yo hubiera preferido mantener ocultos, recuerde que tengo un hijo. Vive en Estados Unidos y lo contuve mediante varias llamadas telefónicas para que no se viniera, quería a toda costa tomar el primer avión y llegar a tiempo al funeral. Por suerte logré convencerlo.

—¿Entonces reconoce usted que sí sabe quiénes son esos tres jóvenes?

—Sí, sé quiénes son, pero no los conozco. Sé quiénes son porque cuando Lorena empezó a salir por las noches, decidí averiguar lo que estaba pasando.

—¿Por qué entonces le sorprendió que a su esposa la encontraran en ese lugar?

—Bueno, según mis informaciones, ella acudía con sus mozalbetes a moteles relativamente sofisticados, y no a departamentos picantes. ¿De veras no me acompaña con un trago, Inspector?

—Gracias, la mineral está muy bien.

Con el siguiente Martini seco, a Montesco se le zafó poco a poco la lengua, y el detective Barría tuvo oportunidad de escuchar la detallada y vívida historia de una pareja que encontró el sol en las playas

tropicales de México, vivió la felicidad durante un tiempo discreto, culebreó por diferentes zonas de la vida, y de pronto empezó a bajar las escaleras con cierto apuro, una muchacha luminosa y audaz que destilaba risa y amor por todos los poros, y un joven dispuesto a sacarle chispas al tiempo. Un relato apretado, sincero, le pareció a Barría, dicho en ciertos momentos con ojos como lanzallamas y en otros con una sonrisa lánguida, escarbando en los recuerdos. Era claro como el agua que Montesco había estado celoso.

–De modo que fue por celos que usted contrató al investigador privado...

–Sí, me sentí muy angustiado, necesitaba saber, no podía seguir viviendo así. Y tuve celos. Pero yo no la maté.

–¿Es suya esta bufanda?–. Barría sacó la prenda de su portafolios. Montesco la miró con indiferencia.

–No. Detective, créame, yo – no – la – ma – té.

¿Por qué se habrá referido a “departamentos picantes”? Obviamente porque estuvo ahí, pensó Barría.

Los celos, los celos.

## S E I S

En el mismo local de las veces anteriores y en la mesa arrinconada, que se halla siempre libre, Néstor Barría y Julián Ramírez saborean un “corner” al que le sale un humito reconfortante. Afuera cae una llovizna otoñal aguda y tóxica, la mañana parece más un atardecer, esa hora en que el día se encaja en la oscuridad. Por eso en lugar de cerveza, esta vez acompañan el caldo con vino tinto. Ramírez ha dejado ya bien en claro que a su juicio (con respecto al caso de Lorena) hay sospechosos debido al factor celos, como la es-

posa del profesor de natación, o como el mismo Genaro Montesco, y que es preciso indagar también en el móvil de la venganza. Pero a él, modestamente, le da la impresión que la sospecha mayor podría recaer sobre el muchacho más joven, Gonzalo Urrutia, el loco que les lee poemas a los árboles e increpa a los héroes cinematográficos en la pantalla. ¿Por qué razón? Por eso precisamente, por loco.

—La locura es algo bastante común en nuestros días, Inspector —dice Ramírez— y tiene hoy nombres más sofisticados: bipolaridad, esquizofrenia. Se puede incluso aventurar la tesis de que en la sociedad humana hay una suerte de locura colectiva. Un agorero intuitivo del siglo diecinueve vaticinó que el hombre de finales del veinte iba a ser víctima segura de plagas como la degeneración y la histeria. Y ese hombre somos nosotros. Con qué rapidez ha cambiado la vida. Del caballo al automóvil y al avión, de la vela a la ampolleta eléctrica, del juglar a los discos. El cine, la TV, la cibernética. Parece que el organismo del ser humano no logra correr a la velocidad de los cambios. Entonces se resiente, y aparecen los estimulantes necesarios para sobrellevar la carga: el alcohol, la droga. Es como mucho, ¿no le parece? Ese pobre niño, más que victimario, es una víctima, y lo jodido, Barría, es que en el caso de la locura no puede uno apoyarse en la lógica. Si se fija bien, verá que los muchachos de Lorena todos tienen algo en común. Miden alrededor de un metro ochenta, son más bien delgados, aunque nunca flacos, van de trigueños a claros, sin pelos en el rostro. Ella tenía sus gustos bien marcados, no elegía a cualquiera así como así. Pero este Urrutia muestra una diferencia: es más loco que una cabra.

—¿Por qué está tan seguro de que ese muchacho es loco?

—Lo he seguido en varias ocasiones. Lo vi recitándole uno de los veinte poemas de Neruda a un castaño, en la calle Estrella Solitaria. *En tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo*, decía, estirando los brazos hacia el cielo y llorando como la Magdalena.

—Puede ser que tenga vocación poética, y que ésta, sumada a su ímpetu juvenil...

—Oiga, también lo vi en una ocasión levantarse de la butaca, agitar el puño y gritarle a la preciosa Michelle Pfeiffer que donde la encontrara la iba a matar sin piedad. Tan sólo porque finalmente ella había aceptado acostarse con Al Pacino. Eso es locura, Barría, créame, si no, diga usted cómo la llamaría.

—Tiene razón, Ramírez, lo demás es buscarle cinco patas al gato.

—Como ya sabe, la puta Lorena lo abordó en la sala de cine, uno de los Hoyts de la Reina. Se le sentó al lado y al poco rato salieron juntos, pero no logré seguirlos, no supe dónde se lo llevó. En todo caso, le voy a facilitar sus indagaciones, Inspector, ese muchacho es *gay*, créame, maraco a la vela. Vive con su madre en un departamento de dos ambientes —ella tiene una librería pequeña en el barrio—, cursa el tercero medio en un liceo de Ñuñoa y mantiene relaciones íntimas con Gino Berardi, un coreógrafo del Ballet Nacional, ya madurón, quizás acercándose a los cuarenta, que si bien colecciona lolos para su satisfacción física —debe tener cuatro por lo menos—, suele también enamorarse de alguno con mucha pasión. Y éste parece ser el caso. ¿Qué tal si Berardi se hubiera enterado de que su niño preferido se acuesta también con una mujer madura? Perdón, lo de madura no importa: con una mujer y punto. Pero bueno, una mujer hermosa, vivaz, seductora. No me gustaría ser parte de ese cuento, usted debe saber, amigo, que un gay puede ser más destructivo que un cartucho de dinamita cuando le juegan chueco.

El detective Barría le hizo un gesto al garzón para que trajera la cuenta. Siempre pagaba él, y era lo justo.

—Sabe, amigo —dijo—, creo que le voy a hacer un seguimiento a ese muchacho. Usted tiene razón. Los celos son móvil de crimen. La venganza también. La ambición. Pero cuántos asesinatos en la historia de la humanidad no se habrán cometido por arte y obra de gente loca.

—Esa es la cosa, Barría.

Barría pagó. Salieron a la calle. El detective se apretó la bufanda y se ajustó el jockey. El investigador privado llevaba un sombrero

clásico, de fieltro, como los que se usan en las películas de Humphrey Bogart o James Cagney. Era de un tono verde oliva, y emitía un pasoso olor a naftalina. Uno de los mozos jóvenes corría a punta de escobazos a un perro vago que pretendía colarse en el Corner, de seguro guiado por apetitosos olores.

—Gracias, amigo— dijo Barría—. La verdad es que me sirven mucho sus informaciones.

Ramírez sonrió, exponiendo impunemente los dientes amarillosos de fumador empedernido. Hizo un gesto cordial y partió hacia el Paseo Ahumada.

La expresión de Barría fue como un gesto de desprecio y asco dirigido con rencor al rostro de esa mañana otoñal, que no parecía tener otro propósito que el de ahondar la depresión de los santiaguinos en su certero camino al infierno.

## S I E T E

Barría caminaba sonriente, haciendo crujir el tupido manto de hojas secas que tapizaba los paseos interiores del Parque Forestal, “el más hermoso oasis que la urbe inventada por Luzbel ofrece al ciudadano”, pensó. La temperatura calaba un poco baja, pero el sol sonreía con buen humor, y él era hombre de sol, no le importaba si hacía frío, siempre que hubiera sol. Para no intimidarlo ni vulnerar su fragilidad, prefirió citar a Gonzalo Urrutia detrás del Palacio de Bellas Artes, en algún escaño frente a la escultura de Botero. La verdad es que por lo general prefería realizar los interrogatorios de rutina fuera del cuartel. Sábado a las once, el lugar ofrecería un escenario de paz y armonía. No deseaba que el muchacho se sintiera interrogado, debía lograr que la entrevista se pareciera a una conversación amistosa. Al acercarse al caballo de Botero pudo reconocer a Gonzalo debido a la insólita



relación que el muchacho había entablado con un enorme olmo que parecía escucharlo en resignado silencio. Barría hizo un giro en su trayecto con el fin de aproximarse al banco por la retaguardia, pero fue en vano, cuando llegó, el diálogo con el árbol había terminado.

—¿Gonzalo Urrutia? —preguntó, sentándose al lado del joven—. Soy el detective Néstor Barría, mucho gusto—. Se dieron la mano.

—Mucho gusto —dijo Gonzalo.

—¿Hablabas con el árbol? ¿Te puedo tutear?

—Sí, claro... Le estaba recitando un poema de Parra que justo se llama “Defensa del árbol”.

—¿Te gusta la poesía?

—Sí, mucho. Yo mismo escribo.

—¿Y cómo te ha ido en el liceo?

—Me estaba yendo caleta de bien, pero ahora, así así no más. Tuve que repetir. Varios del curso quedamos pegados debido a las tomas del año pasado. Yo fui a casi todas las marchas y una vez hasta me dieron un baño los pacos.

—¡Benditos pacos! Mira muchacho, te pedí que nos juntáramos porque sé que conociste a Lorena Saldaña—. Barría notó que la expresión del joven se marchitaba, perdía vigor.

—Sí, la conozco, señor...

—Llámame Néstor, eso de “señor” suena muy formal, ¿no te parece?

—Sí, bueno, Néstor—. Pareció relajarse un poco—. La conozco, pero apenas, la he visto sólo tres veces.

—¿Se hicieron muy amigos?

—Ah, sí, desde el primer día nos hicimos uña y carne, potó y calzón, ella es muy divertida, me hace reír caleta y también se ríe harto con mis tallas.

—Parece que no estás al tanto de que ella falleció—. El muchacho abrió la boca como para decir algo y sus ojos estallaron en expresión de absoluta sorpresa.

–No, no sabía. ¡Qué horror, Dios mío! ¿Estaba enferma?

–Puede ser, pero no murió de enfermedad. Al parecer la asesinaron. Por eso necesitaba hablar contigo, Gonzalo.

–Oiga, señor, yo no sé nada, no tengo nada que ver, ni siquiera...

–Calma, muchacho, escúchame: como te dije al teléfono, soy detective de la PDI y me encargaron investigar el caso. Es preciso que hable con las personas que tuvieron que ver con ella, especialmente las que la frecuentaron poco antes de su muerte. No hay ninguna intención oculta, sólo quiero hacerme un cuadro lo más completo posible de cómo se dieron las cosas, ¿me comprendes? Necesito juntar datos y descifrar claves para acercarme a la verdad, y por eso pensé que tú podías ser de mucha ayuda.

–¿Y cómo supo que yo era su amigo?

–Tu fono está registrado en el celular de Lorena.

–De veras, qué tonto soy.

El fox terrier de una señora levantó la pata frente al olmo de Gonzalo. El muchacho saltó del banco como un resorte y de un trotecito llegó hasta el lugar. Le dijo algo a la mujer aleteando con los brazos, ella le respondió sin mucha cordialidad. Barría no pudo escuchar lo que alegaron, pero se imaginó que él la increpaba duramente por la meada del perro en un árbol inocente, y que ella lo mandaba derecho a la mierda. El joven regresó al escaño con la respiración entrecortada.

–¿Qué diría la vieja cuica si yo me pusiera a mear en sus zapatos?

–No lo tomes así... Volvamos a nuestro asunto. Oye, ¿no quieres un cafecito?—. Sería bueno, pensó, para restaurar la serenidad del muchacho.

–Claro, gran idea. Allá al otro lado hacen un café bacán –dijo, señalando hacia la calle Esmeralda.

Continuaron la conversación saboreando un express y mirando hacia los árboles del parque y la fachada posterior del Bellas Artes, como si estuvieran en el interior de una vitrina, al estilo parisien.

—Gonzalo, quiero que me cuentes con toda confianza cómo fue tu relación con Lorena, desde la ocasión en que la conociste.

—Ah, bueno, la primera vez... Yo estaba en el cine esa tarde. Ella se sentó en la butaca a mi lado. Súper atractiva, pero mayorcita. Al poco rato de apagadas las luces, sentí que su pierna topaba la mía a la altura de la rodilla. Me retiré un poco, pensando que era casualidad, pero al poco rato, su pierna me topó otra vez y al tiro su mano atrapó la mía. Me sentí raro, nunca me había pasado algo así. Le seguí el juego, jugueteamos rico mano con mano en silencio hasta que en un momento no pude tolerar lo que estaba ocurriendo en la película, me paré y me puse a increpar al tipo que empujaba a una niña tratando de meterla en un auto a la fuerza. La mina, vestida en onda matadora, gritaba, pataleaba, pedía auxilio, y nadie la quería socorrer, los miserables peatones ni siquiera se detenían, pasaban mirando hacia otro lado, como si no ocurriera nada. Yo sentí que se me hinchaban las venas, me vino toda la rabia, “¡Suéltala, déjala ir, maricón!” y no sé qué otras cosas le grité al miserable, lleno de furia, cuando mi vecina de butaca me tiró del pantalón como indicando que me sentara. “¡Cállate, huevón, siéntate, loco de mierda!”, me gritaban los del público. Me senté, ella posó su mano en mi pierna y me habló al oído, “mejor vámonos”, dijo, “esto se pone feo”. Me dejé llevar, Néstor, no entiendo por qué, yo quería saber qué pasaba con la mina del auto. Salimos de la sala de cine, bajamos al estacionamiento y subimos a su auto. Antes de encender las luces y partir, me dio un beso de esos largos, húmedo y pegajoso, con todo, un “completo”, como en las películas, nunca me había pasado algo así, casi no podía creerlo. Cuando salimos a la calle, condujo por Simón Bolívar hacia la cordillera y de pronto me lo dejó caer muy suelta de cuerpo, “vamos a un motel”. Ay, Néstor, yo como que no sabía qué decir, ¿a un motel? No, ¡no!, eso era claro. No podía ir con ella, en primer lugar por la hora. Antes de las nueve tenía que juntarme con el Gino, y él no me aguanta que lo deje plantado. Además, Néstor, te confieso, nunca me había acostado con una mujer y aunque la abuelita estaba bien rica, yo necesitaba más preparación, no es llegar

y lanzarse a la piscina sin precalentamiento, así que tuve que decirle que no. Empecé a sudar frío y le di como diez razones para mi negativa. Como ella insistió, le saqué otras diez razones y prometí que cualquier otro día sí, con gusto, pero que ese día no podía. Entonces Lorena dobló a la derecha por una oscura calle solitaria y avanzó despacio. Tuve miedo, quién sabe por qué, y me fijé que la calle se llama Lynch, “¿adónde me llevas?”, le pregunté. Ella arrimó el auto a la vereda y paró en un lugar donde no nos caía encima la luz del alumbrado público, “¿sabes quién vivía en esta casa?”, me preguntó, “Neruda”, dijo antes que yo le contestara. Neruda, qué bacán; pensé que en otra oportunidad podría venir para leerles poemas a los árboles de la cuadra, y entonces se me ocurrió recitarle a Lorena ese de *amo el amor de los marineros que besan y se van*, pero no alcancé ni a empezar cuando ella me había puesto la mano aquí, usted sabe, y me masajeara súper rico. ”Eres descomunál”, dijo. Me reí como loco para mis adentros, porque el Gino no se cansa de repetirme que la tengo grande. Me bajó el cierre y sus dedos hurguetearon como una araña en apuros. No voy a negar, Néstor, que me calenté mucho, ni me lo habría ni imaginado, ¿con una mujer? Me corrió la paja y luego quedé jadeando y con los pantalones encremados. Sentí terror al pensar en el Gino. Después ella me fue a dejar al barrio Bellavista... La segunda vez que nos vimos, entramos con auto y todo a un motel, y una camarera nos llevó por un pasillo oscuro, alumbrándose con una linternita, a una pieza llena de espejos, hasta en el techo, y con una súper cama donde se lo hice por detrás, que es como aprendí a hacerlo con el Gino. Le dolió un poco, pero al final sentí que gozaba también...

—Párale, Gonzalo —interrumpió el detective Barría—, ¿se enteró Gino de estos encuentros?

—¿Gino? De éste no, pero yo se lo dije, no sé cómo pude. Una tarde que estábamos en su casa fumando un pitillo se lo confesé yo mismo, ¿se da cuenta, Néstor? Yo mismo le conté, seré huevón, le dije que estaba saliendo con Lorena, y entonces me atacó esa risa

que me viene como una ráfaga cuando fumo marihuana y, entre risotadas, le dije además que me gustaba mucho lo que hacíamos con ella, y ahí sí que el Gino se puso como frenético, me abofeteó, dijo que era un concha su madre, que me iba a sacar la chucha, y que a la mina la iba a dejar buena para nada, y luego se puso a llorar igual que un niño.

Ahí está la cosa, pensó Barría. Los celos. La venganza.

Terminaban el café. Barría miró el reloj.

—Tengo que irme, Gonzalo. Pero volveremos a conversar—. Dejó un billete sobre la mesa.

—Oiga, Néstor, ¿no pensará...?

—No te preocupes —dijo Barría, palmoteándole la espalda.

## O C H O

Barría examinó el papel donde había copiado la dirección impresa en la pequeña etiqueta. Se hallaba de pie justo frente al número, una galería comercial de la zona oriente, con negocios de variada especie. Caminó hacia el fondo con deliberada lentitud, en busca del local F, y se detuvo a mano izquierda, frente a la vitrina que mostraba una inimaginable cantidad de velas de todos los colores, chicas y grandes, gordas y flacas, infinitas formas, pingüinos, delfines, naranjas, pirámides, personajes de los cuentos infantiles, todo se exhibía tras esos vidrios, menos el falo que el detective andaba buscando. Pero era la tienda, de modo que, empujando la puerta, entró al ritmo de la musiquita que anuncia la llegada de una persona. No había otros clientes.

—¿Busca algo especial, señor? —le preguntó un hombre joven, dejando sobre el mostrador la revista que leía. Barría le explicó que

deseaba hacerle un regalo a su sobrinita, en la vitrina había visto algo que parecía la torre de Rapunzel. Mientras el dependiente fue a buscarla a una sala contigua, el detective dejó volar su mirada por todas las estanterías hasta que encontró lo que buscaba.

—¿Algo así? —preguntó el joven, depositando tres velas sobre el aparador.

—Justamente, ¿cuánto vale ésta? —señaló una igual a la que vio en la vitrina.

—Esa...—. El joven consultó su computadora—. Cuatro mil novecientos pesos, señor. Pero es una vela muy especial...

—La llevo— dijo, parando el discurso del vendedor. Nada de latas, eso sí que no, “una vela muy especial”...

Mientras el joven hacía la boleta, Barría se arrimó al estante preciso y tomó en sus manos la vela—falo semejante a la que Lorena llevaba en su bolso el día fatídico, aunque de otro color, un negro profundo, como una escultura tallada en obsidiana. Se acercó al dependiente.

—Qué curioso —dijo—, jamás vi algo así—. El muchacho alzó la vista y emitió una risita nerviosa—. No imagino para qué puede alguien comprar una cosa tan... tan... bueno, supongo que hay gente para todo.

—A mí tampoco me gustan —dijo el joven—, pero se vende bastante. Y hay clientes que se llevan de a varias. Parece que se usan en la magia negra—. Barría lo miró como haciéndole una pregunta—. Usted sabe, de repente a un marido le falla la potencia y la mujer hace votos para que la recupere, agarra una de estas velas y le aplica los menjurjes que haya recetado la bruja. Así me han dicho, yo no sé nada del asunto.

—Yo no creo en esas pamplinas, amigo. Estoy seguro de que contra la impotencia lo único que a un hombre le puede servir es una pildorita que se llama Viagra. ¿Así que son mujeres las que compran estas velas?

—En su mayoría. Y los gays. Hace como dos semanas vino una señora y me pidió dos. Se puso medio nerviosa, le dio como vergüenza, pudor, qué se yo, pero las pidió igual. Y las quería especiales, de color carne. Me costó mucho encontrarlas en la bodega. Dijo que era primera vez, así como apocándose, y que lo hacía por recomendación de su quiromántica. Se me ocurrió preguntarle si se trataba de una bruja. Le dio risa, lindos ojos tenía, de un color verde muy claro. No tanto como una bruja, me explicó, pero algo parecido. Que lee las manos, dijo, ve el tarot y hace algunos trabajos especiales, unión de parejas, esas cosas, creo que me quería convencer. Le pedí que me la recomendará, por ser amable. Claro, dijo, es muy conocida, se llama Morgana Sutil, y se avisa por el diario y por Internet.

—Las cosas que hace la gente.

—Yo también creo que son pamplinas.

En un momento, Barría pensó que si le mostraba al joven su credencial, podría indagar en busca del nombre de esa cliente. Pero dándole vueltas al asunto, concluyó que no era necesario, él ya sabía de quién se trataba. Y lo más desconcertante: la compradora de la vela—falo no había sido Lorena, sino Angélica Menares, esposa del profesor de natación.

## N U E V E

Las ventanas del estudio apuntaban directo a la cordillera nevada, un panorama amplio, generoso, no intervenido aún por las contaminantes torres que empezaron a masacrar viejos barrios de la ciudad, que alguna vez fueron tranquilos.

—En esta comuna el plan regulador no permite la construcción de edificios altos, —dijo Ramiro Aldunate como si adivinara los pensamientos de Néstor Barría.

El detective dejó pasar la observación y trasladó la mirada primero a las estanterías repletas de libros y luego a dos pinturas que ocupan parte de la pared opuesta, una naturaleza muerta y el retrato de una mujer joven que podría competir en belleza con las vírgenes renacentistas. Envidiable lugar, pensó.

—Me salieron mal las cosas esa noche —continuó diciendo Ramiro—. En primer lugar, yo no fui a juntarme con mi sobrina, eso que quede claro, Inspector.

—Señor Aldunate, le repito que no soy inspector, soy detective—. Se alisó el bigote.

—Disculpe. Como le digo, yo no frecuento el Hemingway, no me gusta, lleno de humo, bullicioso, pero esa noche tenía un motivo para ir. Esperaba a una persona... que no llegó.

—¿Tenía cita con esa persona?

—No, no, no. Ni siquiera la conozco. Se trata de un muchacho...

—Ya veo, una cita ciega...

—No, detective, usted saca conclusiones muy rápidas, no soy gay—. Su sonrisa indicó que se le estaba agotando la paciencia—. Se trata de un muchacho que estudia en la Finis Terrae y cae a menudo por ese local. Es la pareja de una de mis actrices. Viven juntos. Pero ya ve que todo esto no guarda relación con el caso de Lorena. ¡Qué terrible! No me puedo convencer, le tuve siempre mucho afecto a mi sobrina. Esa noche pasamos un rato agradable, por Dios, nunca me imaginé...

—¿Por qué razón quería ver al estudiante?

—Bueno, eso es asunto mío, no se relaciona con su caso, detective.

—Está equivocado. Todo lo que me pueda decir quizás resulte útil.

—¿Equivocado? Usted investiga la muerte de Lorena, ¿no es así?

—Señor Aldunate. La noche en cuestión, Lorena estaba esperando precisamente a ese muchacho. Se llama Ángel Lara.

—No me diga, ¿se conocían?



–Se veían a menudo. El la dejó plantada esa noche. O tal vez acudió un poco tarde a la cita y al advertir que Lorena estaba con usted...

–Espere un poco, no entiendo. ¿Me está diciendo que mi sobrina y ese muchacho mantenían una relación?

–Así es.

–Vaya, vaya, eso me hace algunas cosas más fáciles.

–¿A qué se refiere?

–La mujer de ese muchacho...

–¿Laura Benítez?

–¿También sabe de ella?

–Laura se enteró de que Ángel la engañaba con Lorena y se puso furiosa, dijo que donde la pillara la iba a matar.

–¿Es sospechosa por eso?

–Tal vez.

–No, Laurita puede enfurecerse, gritar, romper platos, pero no mataría ni a una mosca.

–La conoce bastante, parece.

–Trabajó para mi última película.

–¿Usted y ella...?

–No sea indiscreto, detective. Eso no viene al caso.

–Sí viene. Muchas cosas que parecían inconexas se han ido concatenando. Al parecer, Ángel visitó el lugar de los hechos la tarde que murió su sobrina. Le insisto, ¿usted y ella?

–Bueno, la muchacha es un primor, una golondrina, la verdad es que su relación con el tal Ángel no me hace ninguna gracia. Yo quería hablar con él para sugerirle que se retirara de las canchas. La chica es muy talentosa y no debería gastar pólvora en gallinazos. ¿Vio usted mi película?

–Sí. Lo felicito. Y coincido en eso de que la muchacha es una... ¿golondrina, dijo?

—Sí. Pero podría ser también mariposa, cualquier cosa delicada y bella.

—Señor Aldunate, esto ya se lo pregunté, ahora le voy a insistir, ¿fue usted ese viernes al departamento con Lorena...?.

—Tal como le dije antes, no, detective, no fui.

—¿Qué hizo en la tarde?

—Caminé como un estúpido por el barrio donde vive Laura.

—¿Hay alguien que pueda atestiguarlo?

—No.

\*\*\*

Néstor Barría se instaló al volante de su Nissan azul y partió despacio, embriagado por la tranquilidad y la armonía del barrio que Ramiro Aldunate tenía la suerte de habitar. Al llegar a Príncipe de Gales dobló hacia el poniente, preparado para una travesía más o menos larga hasta las canchas de Morgana Sutil, en el sector Bellavista, zona de bares con *happy hour* y restaurantes bohemios, salas de teatro, ventas de artesanías, de la Chascona, una de las residencias en que vivió Neruda, desde cuyos patios se escucha rugir a los leones del antiguo zoológico que se eternizó en el San Cristóbal. A él no le resulta tediosa la tarea de interrogar, aún sabiendo que si las contrapartes llegan a sentirse molestas o nerviosas, pueden responder a las preguntas con hostilidad. En cada cita, cada conversa, algún dato nuevo se agrega a la lista de avances, por mínimo que sea. Las personas no sólo hablan mediante las palabras, también dicen con los ojos, los gestos, con los silencios, y entonces es posible intuir por qué razones ocurren algunas cosas. Había llegado a casa de Aldunate con la idea de que el cineasta había tenido —o tenía— algún asunto con Laura, la actriz de su película, pero se iba ahora con la certeza de que “tener algún asunto” era una expresión débil para definir la

situación: el hombre estaba loco por ella, le salían chispas por los ojos cuando la nombraba, caminaba por los alrededores de su casa como un adolescente romántico, quizás esperando verla salir, o asomarse a la ventana, *the overpowering feeling that any second you may suddenly appear*; “qué necio el ser humano”, se repite, “qué digno de ternura y compasión. Un viejo poco menos que con una pata en la tumba”.

Repasó en su memoria los hechos que, uno a uno, como cuando se arma un rompecabezas, fueron revelando la historia de una breve jornada que desembocó en la muerte de una mujer. Lorena arrendó un departamento parejero por todo el día, ¿cuál fue su verdadero motivo? Recibió en él, a las once de la mañana, a Angélica Menares, esposa de Marcel Cayuela, uno de sus amantes. La mujer había comprado dos velas color carne en forma de falo, una de las cuales apareció en el bolso de Lorena. No hay certeza de que en otro momento haya recibido también la visita del propio Marcel, completamente deschavetado por ella, pero se supone altamente posible. Ángel Lara sí es seguro que estuvo ahí, varios hechos lo delatan: la imagen muy semejante a la suya registrada por la cámara de seguridad del edificio, y también las dos colillas de cigarrillos Kent, la marca que él fuma. Genaro Montesco, esposo de Lorena, afirma no haber acudido al lugar, aunque lo calificó como un “departamento picante”. La mujer no tuvo relaciones sexuales durante las horas que permaneció ahí, lo cual complica el caso, o al menos plantea una fuerte interrogante respecto del motivo que tuvo para hacer ahí sus citas. Y la última revelación del forense: la muerte se produjo por efecto de un veneno llamado Fenobarbital, del que había residuos en uno de los vasos en que bebieron whisky. ¡Asesinato...!

Y las velas, el misterio de las velas.

Cruzó el Mapocho por el puente Pío Nono y avanzó hacia el cerro. La tarde caía, las calles se nutrían de caminantes en busca de locales que prometieran un *happy hour*, de automóviles peleando un espacio para estacionarse. En la esquina de Lope de Bello lo esperaba la detective Marcia Gómez, dispuesta a realizar un trabajo para

él. Se detuvo, ella subió al auto que avanzó unos metros y dobló a la izquierda en Domínica y luego en Purísima, donde Barría buscó estacionamiento.

—Vamos a tomar un café y te lo explicaré todo en detalle. Después te vas caminando a esta dirección, —le pasó una hoja de libreta— a dos cuadras de aquí, y en la noche te llamo para que me cuentes.

—Sí —dijo ella—. Estoy un poco nerviosa, pero se me va a pasar.

—No te preocupes. Es natural que una persona que va por primera vez se sienta nerviosa.

## D I E Z

Mirando hacia la calle, Néstor Barría se enfocaba en el torrente de peatones que a esa hora iban y venían bien ensombreados, o con el paraguas abierto para capear la fina y perversa garúa otoñal que perforaba el aire fresco de la mañana. Los comensales en torno a la barra parecían conformes con la temperatura del caldo o el sabor de los “lomitos”.

—Lo llamé para pasarle un dato que me va a agradecer, Barría—. Julián Ramírez sacudió la cabeza y una leve llovizna de caspa roció las solapas de su chaquetón de tweed jaspeado.

El mismo boliche y la mesa de siempre. También el mismo “corner” y la misma cerveza. Además, el tema de siempre. Distintas informaciones, nuevos datos, pero el mismo asunto alrededor del caso que etiquetaban “Lorena Saldaña”.

—Ojalá que así sea, amigo Julián, mire que estamos medio empantanados. Por una razón u otra, no logro aún reunirme con Ángel Lara para interrogarlo, pareciera que me hace el quite. Sabemos que estuvo esa tarde en el departamento y pienso que la bufanda esco-

cesa es suya, pero no lo he podido corroborar... Y otra cosa, el tal Marcel Cayuela ha desaparecido. Ayer llamé a su esposa, dijo que no tenía noticias de él. Puede que sea verdad, aunque la mujer se las trae. El tipo la abandonó de veras y ahora debe andar hecho un estropajo por la muerte de Lorena, aunque él mismo pueda ser el asesino. Asustado debe andar también.

—Es bastante sospechoso. Precisamente por ese lado va el dato que le tengo. Un familiar cercano de Cayuela arrienda una cabaña en la Quinta Región. Antes de llegar a Las Cruces, yendo desde Cartagena, hay una pequeña laguna llamada El Peral, donde todos los años llega a instalarse una parvada de cisnes de cuello negro. Está a mano izquierda de la carretera, mirando al mar. Al otro lado, sobre una explanada más o menos amplia, construyeron un condominio. En el condominio, adivine qué... está la cabaña. Y en la cabaña, vuelva a adivinar... se oculta el profesor de natación, como un ratón asustado.

—¿Está seguro?

—No. Pero, es posible, más que eso, probable. Le voy a contar que, hace varios días, Cayuela dejó de ir a sus clases en el gimnasio.

—¿De dónde saca estas informaciones, Julián?

—Ah, yo tengo mis fuentes, detective, y usted sabe que se revela el milagro, pero no el santo. En todo caso, pienso que sería buena idea darse una vuelta por allá, créame. La prensa se impacienta. ¿Se ha fijado que los periodistas están cada día más cargantes? Uno ya le encajó el apodo de “cazadora nocturna” a la pobre Lorena, y otro la compara con una mantis religiosa.

—¿El insecto?

—Sí, por eso de que son carniceras, les motiva la carne, ¿me comprende? La carne de los grillos, de las polillas, de las cucarachas, de las moscas. A Lorena también le gustaba la carne. Tienen unas patas con púas poderosas para agarrar con fuerza y retener a la víctima. Las piernas de Lorena. Y dos ojos enormes y redondos que pueden girar una vuelta completa, 360 grados. La mirada abarcadora y pre-

cisa de Lorena. Se mimetizan y eso facilita la cacería. Lorena parecía un ángel. Pero las apariencias engañan. Una persona puede tener una pinta totalmente angelical y ser más mala que el natre. Para rematar la metáfora, la mantis hembra se come al macho después del polvo y, por último, dobla las patas de una manera que parece como si estuviera hincada rezando, con las manos juntas en el pecho. ¿Iría Lorena a misa los domingo?... Todo eso han elucubrado los ases de la noticia.

—La verdad es que no he leído la prensa. Me han llamado los reporteros de policiales para que les informe cómo va la investigación, pero yo trato de hacerles el quite, distorsionan la verdad. En todo caso, no deja de ser interesante la comparación.

—Bueno, amigo, qué le vamos a hacer, hay que informar.

—¡Imagínese! Contarles a esos buitres el asunto de la vela...

—¿La vela?

—Las velas, en realidad. Fueron dos las que compró Angélica Menares. Dos velas en forma de pico, Julián, ¿se da cuenta?

—Ahí me pilló, eso no lo sabía. ¿Hizo el seguimiento?

—Sí. Las compró por instrucciones de Morgana Sutil, una de esas charlatanas que adivinan el futuro, curan todos los males y procuran que los amores perdidos vuelvan al redil.

—Como si fuera tan fácil... Los ojos de Ramírez entristecieron, se apagó su sonrisa.

—No es tan complicado: lo primero que tiene que hacer una mujer abandonada es derramar una lágrima propia sobre la vela, rociarla con cuatro perfumes y encenderla. Luego debe quemar un mechoncito del ingrato, o aunque sea un vello, junto con una foto que lo muestre de cuerpo entero, repitiendo la frase “deseo que me desees como el sol a la luna, como el mar a la lluvia”, para entonces pronunciar tres veces el nombre del miserable, antes de que la foto acabe de arder, imagínese, “Marcel, Marcel, Marcel”—.El detective imitó una voz de mujer—. ¿Se da cuenta?

—Está usted bien enterado.

—Le pedí a una colega joven con ansias de aventura que le fuera a contar una triste historia de amor y abandono a la bruja Morgana. Me costó veinte lucas la receta.

El ceño de Néstor Barría volvió a fruncirse de tanto esfuerzo que desplegaban sus sesos tratando de entender qué demonios significaba la segunda vela, la que Angélica Menares se las había arreglado para meter en el bolso de Lorena cuando le hizo la visita.

## O N C E

El Jardín Bebelandia está en una callecita estrecha que desemboca en Los Leones desde el poniente. Una casa con algo de sabor a tiempo. Dos pisos, patio generoso, con resbalines y columpios diseñados para un mundo de seres pequeños, aunque los nenes no circulaban por ahí en ese momento. Néstor Barría tocó el timbre y se frotó mano con mano mientras le abrían. Pensó que la época de usar guantes se adelantaba, aún cuando el sol sonriera esplendoroso esa mañana. Una mujer de mediana edad, uniformada en cotona azul marino, se acercó a la puerta.

—Busco a la señora Angélica Menares —dijo el detective, adelantándose a la pregunta que de seguro la dama estaba a punto de dispararle.

—¿Por algún asunto especial? —dijo ella, tirando hacia atrás el enrejado de madera.

Barría le mostró su placa y le pidió con gentileza que lo anunciara.

—Pase, pase, señor... Ya sé de qué se trata, Angélica me ha contado. Está en su oficina, sígame por favor.

Caminaron hacia la escalera entre gritos, risotadas y gemidos que escapaban de las salas. Subieron al segundo piso y, frente a una puer-

ta blanca, la mujer golpeó suavemente con los nudillos y sin esperar respuesta la entreabrió.

—Angélica, tienes visita.

—Adelante, señor Barría —dijo Angélica levantándose del asiento. Gracias, Raquel, que no me interrumpen por favor. ¿Qué lo trae por aquí? Siéntese.

Ambos tomaron asiento, el escritorio de por medio. Barría notó que la mujer ya no asemejaba una marioneta caída, había color en su rostro, orden en la cabellera, sonrisa en sus labios y los ojos verdes parecían muy vivos y aún más claros a la luz matinal que se filtraba por la ventana.

—Angélica, ¿me permite que la llame Angélica? —. Ella asintió complacida—. Sólo quiero conversar un poco con usted, hacerle algunas preguntas, necesito aclarar un par de puntos sobre el asunto que usted sabe.

—Señor Barría...

—Me puede decir Néstor.

—Bueno, gracias. Néstor, en realidad creo haberle dicho todo lo que sé. Usted me pidió que si recordaba algo, se lo comunicara. No he recordado nada nuevo. Me siguen dando vueltas algunas cosas que no entiendo, pero usted las conoce.

—Angélica, lo primero que quiero saber es si ha tenido alguna noticia de su esposo. Traté varias veces de comunicarme con él, pero está inubicable.

—El se fue de la casa, me dejó, en otras palabras, y nunca dijo a qué parte se iba. En un momento pensé que podía estar parando donde mi suegra, pero no es así, ella tampoco sabe nada. Ni donde su hermano Ricardo. Y parece que no está yendo a su trabajo, me figuro que debe andar hecho trizas. Siento un poco de miedo por él, esas depresiones...

—Usted se ve bastante recuperada...

—Estoy mejor. Me recomendaron unas pastillitas que no sabe lo bien que me han caído, como que son mágicas, cambian ciento por



ciento el rollo de la película, nunca creí que pudiera haber un resultado tan rápido. Además, señor... digo, Néstor, tengo la certeza de que Marcel volverá. Lo que ya no sé es si yo lo acepte.

Barría la observó con una sonriente expresión de duda.

—Angélica, quiero que trate de recordar si durante el tiempo que pasó con Lorena en el departamento ella se ausentó del living en algún momento.

—Estuve muy poco rato —dijo la mujer, reflejando sorpresa—, pero... déjeme pensar... Sí, se levantó de su sillón y fue al baño, eso me pareció, rápido, ida y vuelta, ¿a qué? Ah, sí, para echarle un poco de agua a su vaso, estaba tomando creo que whisky. A la cocina debe haber ido, no al baño.

—¿Y a usted no le ofreció?

—Sí, pero no quise. No porque sea abstemia, a veces me tomo una copita de licor o dos, pero nunca a las once de la mañana, Néstor, como que el trago es más para la noche, ¿no le parece?

—Hm, yo no diría eso—. Barría pensó en lo mágico que puede resultar un trago “mañanero” si se ha bebido en exceso la noche anterior—. Segundo punto: cuando le pregunté la otra vez por la bufanda a cuadros, usted primero vaciló y finalmente aseguró con poca convicción que no era de él, dígame por qué razón vaciló.

—No estaba segura; en un momento pensé que podía ser la suya, pero si lo reconocía era como estarlo culpando, lo convertía automáticamente en sospechoso. Y yo estoy segura de que aunque Marcel haya ido al departamento, él no mató a la señora Lorena.

—¿Y qué me dice ahora, era suya la bufanda?

—No sé, Néstor, de veras no sé, créame, esas bufandas a cuadros son todas muy parecidas, ¿usted podría distinguir entre un Volkswagen escarabajo y otro?

—Si fuera de mi esposa, pienso que sí. Las personas imprimen su carácter en los objetos. Pero bueno, además, yo no tengo esposa—. Barría la miró como si le hiciera un lance. La mujer le gustaba—. Y una última pregunta, Angélica, a ver cómo se la formulo... No

deseaba que las mejillas de la mujer enrojecieran por su culpa, pero qué diablos, una cosa es la delicadeza y otra el rigor que requiere la investigación de un crimen, de modo que mejor al ataque, sin darle más vueltas—. Cuando Lorena se levantó para ir a echarle agua a su vaso —continuó—, usted puso una de las velas en su bolso, ¿no es así?—. Al advertir el cambio que se produjo en la expresión de la mujer, Barría se sintió como un miserable, no era humano desnudar así a una persona, dejarla desamparada en plena intemperie.

—¿Cómo se enteró, Néstor? —. La mujer se cubrió los ojos con las manos, pero no lloraba, sólo parecía ocultar su vergüenza.

—Fui a la tienda, — le dije, pero por la descripción que hizo el empleado de la mujer que compró esas velas, supe que no había sido Lorena. El tipo se refirió a los ojos más deslumbrantes que hubiera visto, exageró, y dijo que eran verdes. También le hicimos una visita a Morgana Sutil, no directamente yo, sino una joven de nuestra Brigada de Homicidios. Y estoy enterado del ritual que recomienda la bruja para los casos de mujeres abandonadas. Lo de la vela, los perfumes, todo eso. Primera pregunta: ¿cómo consiguió el mechón de pelos de Marcel, acaso volvió a verlo?

—Lo saqué del cepillo con que se peina.

—¿El no se lo llevó?

—Se llevó sólo algunas de sus cosas.

—De acuerdo. Segunda pregunta: ¿por qué puso una de las velas en el bolso de Lorena?

—Bueno, yo no sabía que ella se iba a morir, eso tenía otro objetivo, pero no me haga decírselo, Néstor, por favor—. La mujer se quebró y esta vez sus manos sí taparon las lágrimas al cubrir sus ojos.

—Tranquila, Angélica, calma, por favor —. Le tomó una mano y se la apretó cálidamente—. Está bien, no me lo cuente. Pero dígame una cosa más.

—Ay, Néstor...

—No tiene que ver con las velas. ¿Cree usted que Marcel pudiera estar oculto, o digamos mejor, pasando una temporada en la cabaña de la Quinta Región?

—¿También sabe de eso? No lo había pensado, pero en verdad sí, es muy posible, claro que sí.

—¿Y me podría indicar cómo se llega. Con datos más o menos precisos?

—Sí, por supuesto.

—Fantástico... Y una última cosa: si yo tuviera necesidad de hacerle una nueva entrevista, ¿aceptaría que fuera a la hora en que usted suele tomar una copa?

—Sí, detective.

—Néstor, recuerde.

—Sí, detective Néstor —dijo fundiendo las lágrimas en una sonrisa—. Y también, si le parece, podría acompañarlo a la cabaña. Explicarle cómo se llega quizás resulte más complicado.

—De acuerdo.

## D O C E

El detective Néstor Barría no lograba despegar su mente del tema que como un sismo le zarandeaba la tranquilidad día y noche. Lo perseguían veinticuatro horas al día las imágenes de Lorena que había ido configurando su imaginación, los personajes enmarañados en esa historia de amores, desamores, engaños, celos y venganzas, las preguntas que él aún no se podía responder. Caminaba ahora por las gentiles calles de Ñuñoa, las mismas que suele recorrer el romántico Ramiro Aldunate, y debido al intento de ordenar su vorágine interior, no le prestaba demasiada atención a los jardines ni a

las fachadas multicolores de las casas, ni a la cordillera de Los Andes, que a esa hora adquiriría poco a poco un tono sombrío, ni a las mujeres paseando a sus perros en las pequeñas plazas con que aquí y allá se topaba. Porque tenía cabeza para un solo tema. Lorena Saldaña había arrendado un departamento mediocre por un día entero, en lugar de llevar a sus neños a los moteles elegantes como lo hizo otras veces, ¿por qué? ¿Acaso tuvo la intención de gastarles alguna de esas bromas especiales y le salió el tiro por la culata? Llevaba condones en su bolso, pero no se acostó con ninguno de sus amantes ese día, ¿por qué? ¿No habrá querido? Poco creíble, ¿y si fueron sus contrapartes los que se negaron, para qué acudirían al llamado? Una botella de whisky y dos vasos. Demasiado whisky para dos personas. Tal vez su intención haya sido brindar a solas con cada uno de sus invitados en distintos momentos de la jornada. ¿Ángel, Marcel, Ramiro? Ramiro queda descartado por viejo, Lorena era de lolos. Si alguna vez tuvo algo con su tío, debió ser en época remota, jovencita ella, él, madurón. Marcel y Ángel son las mejores apuestas. Gonzalo se encontraba a esas alturas muy nervioso debido a los aspavientos histéricos de Gino ante la voluntaria confesión de su alevoso pecado. Barría llegó a la calle Garibaldi, dobló en dirección oriente, y a pocos pasos se detuvo frente a la casa donde Ángel Lara y Laura Benítez compartían una habitación. Un hombre canoso y flaco

regaba el minipatio, copado por dos limoneros y dos rosales.

—Buenas tardes, señor. Busco a Ángel Lara o a su... esposa.

—¿De parte de quién?, señor. El joven está, ella me parece que no.

Barría le enseñó su placa. El tipo dejó la manguera apoyada entre dos ramas del árbol y se perdió en el interior de la casa. Minutos después apareció el muchacho y lo saludó desde el patio, sin abrir la puerta de calle.

—Dígame.

—Me ha costado trabajo dar con usted. Estoy a cargo del caso de Lorena Saldaña. Quisiera que conversáramos, hacerle unas cuántas preguntas.

—No tengo nada que decir.

—Prefiero que hablemos aquí y ahora. Si se niega, tendré que citarlo a la PDI, y deberá acudir.

—Bueno, vamos a la plaza Franke, ahí no más.

—El aire está un poco frío como para sentarse en una plaza.

—Hay varios cafés al frente.

Tomaron mesa en una cafetería de Sucre, pidieron un expreso y un cortado, y empezaron la conversa sin preámbulos.

—Señor Lara, no voy a preguntarle detalles sobre su relación con la víctima, porque estoy bien enterado, los encuentros en el Hemingway, el hotel Valdivia... todo eso.

—¿Cómo supo...?—. El joven pareció alterarse, el color de su rostro subió de tono.

—Da lo mismo, lo supe y punto. Lo que me interesa es saber si el día viernes 25 de marzo usted acudió a un departamento que Lorena había arrendado en la avenida Vicuña Mackenna, cerca de Plaza Italia.

—No, no, yo no fui a ningún departamento, no sé de qué me habla.

—Sí sabe. Al menos se habrá enterado de los hechos por los diarios. ¿Está seguro que no fue? Piénselo bien.

—Oiga... — el joven vaciló—, ¿cómo no voy a estar seguro?

—¿Y acaso esta bufanda no es suya? —dijo Barría, sacando la prenda del bolsillo interior de su impermeable.

—Es mía, para qué voy a negarlo.

—La encontramos en el departamento...

—Puede haberla llevado Lorena.

—Ella tenía su propia bufanda.

Al muchacho le tembló la mano y se derramó un poco de café sobre la mesa cuando tomó la taza.

–Bueno, ya, sí estuve en el departamento.

–¿Por qué mintió?

–Me imagino que por el solo hecho de haber estado ahí, me convierto de lleno en sospechoso. Estoy asustado.

–¿Sabe si acaso también acudió Laura?

–¿Laura? – Miró al detective con una mezcla de sospecha y tirria—. ¿Por qué iba a ir Laura, qué sabe de ella, usted...?

–Porque Laura declaró que donde pillara a Lorena, la iba a matar, ¡se lo dijo a usted! Estaba celosa, y los celos...

–Mire, señor Barría, uno puede decir muchas cosas y eso no significa...

–Tiene razón, sólo dígame si ella acudió.

–No lo sé, de veras no lo sé. Supongo que no.

–Está bien. Vamos a otro punto. ¿A qué hora visitó usted a Lorena?

–Alrededor de la una de la tarde.

–¿Tuvieron sexo?

–No.

–¿Y entonces, para qué fue? Entiendo que cuando usted y ella se juntaban era para eso.

–Ella quería, insistió, me pedía por favor, pero yo me había propuesto terminar definitivamente la relación, sin vuelta posible.

–¿En un departamento galante?

–En donde fuera. Con ese propósito acepté la cita.

–¿Y lo hizo?

–Sí.

–¿Matándola?

A Ángel se le dio vuelta más café y le temblaron los labios.

–¿Me está acusando?

–Sólo le hago una pregunta.

–Yo no la maté, no soy asesino. Quería terminar con ella porque mi relación con Laura se estaba yendo a la cresta y eso me tenía pésimo. Todavía me tiene. Mire, en realidad yo había terminado ya con Lorena. Era ella la que no quería convencerse, me llamaba, me perseguía, iba a buscarme a la universidad, me acosaba, ¡hasta las bolas me tenía! Perdóne la expresión. Por lo tanto, fui a verla para decirle que se dejara de huevear o si no...

–¿O sí no qué...?

–Nada. Le dije que iba a tomar otras medidas.

–¿Cómo cuáles?

–Hablar con su marido.

–¿Lo habría hecho?

–Creo que no. Además, ella terminó por entender, se dio cuenta de que no había caso y le vinieron entonces como ataques de risa. “¿Contárselo a mi marido?”, decía y lanzaba una carcajada.

–Tal vez era por angustia.

–No me dio esa sensación.

–Bueno, Ángel, se terminó el café y colorín colorado... Le agradezco su tiempo. Yo invito, pago en la caja al salir. Ah, dígame a su compañera que le haré una visita. La llamaré primero.

## T R E C E

Al detective Barría se le atragantó el café cuando sus ojos se clavaron en la noticia, y un movimiento convulsivo de su mano hizo que la taza cayera sobre la mesa y derramara su contenido, alcanzándole el pantalón del pijama y quemándole los muslos. Sólo los domingos examinaba el periódico en todas sus secciones, y se preparaba un desayuno algo más sofisticado que el café negro con la media luna de

todos los días. El domingo se merecía más: algún jugo natural, naranja o pomelo, un par de huevos a la copa –tres minutos–, o a la ostra, café con leche y un sándwich de palta y jamón acaramelado en marraqueta. Los domingos le gustaba tomarse la mañana y hasta el día entero para practicar el *dolce far niente*, cultivar algún hobby (estaba empezando a coleccionar insectos), ver una película en su flamante plasma, saludar por teléfono a sus dos tías, llamar a su amigo Sándor y contarle un chiste de gallegos. “Maldita sea”, se dijo, levantándose para ir al baño. De modo que las aventuras eróticas de Lorena empezaban a tener efectos colaterales. Marcel y Angélica separados, él desaparecido, además. Laura y Ángel tampoco andaban bien, eran muy jóvenes, y su romance parecía oscilar al borde de un acantilado. Y ahora esta patética historia de horror. Volvió a la mesa y ya no pudo terminar su desayuno. Le hubiera gustado comentar los hechos con Julián Ramírez, pero dónde encontrarlo un día domingo.

En las páginas de información nacional venía el detalle de la noticia. Al llegar a su departamento, la señora Carla Urrutia, que atiende una pequeña librería de su propiedad en la comuna de Providencia, entró al dormitorio de su hijo único, el liceano Gonzalo Urrutia Urrutia, de tan solo dieciséis años. Sobre la cama de una plaza, con las ropas revueltas, yacía el cuerpo desnudo y ensangrentado del joven. Después de asestarle dos estocadas de un arma cortopunzante en zonas estratégicas –hígado y corazón–, le habían cortado el miembro viril para introducirlo en su propia boca, donde permanecía sujeto entre los dientes como un siniestro cigarro habano apagado. Ante el macabro espectáculo que encontraron sus ojos, la madre sufrió un instantáneo desmayo y cuyas consecuencias pueden ser graves, según los médicos. El muchacho estaba muerto, y Barría sabía muy bien quién podía ser el asesino. Debía informar a su prefecto, o directamente al comisario, acerca de la conversación que tuvo con Gonzalo, los temores que lo acechaban, la existencia del tal Gino. Dedicó la siguiente media hora a intentar comunicarse. Los domingos no son fáciles.



Tras varios inútiles intentos telefónicos, Barría se decidió por una ducha. Después se adornaría con un pantalón de cotelé y la chaqueta de cuero que alcanzó a comprarse en Buenos Aires unos años antes, cuando le tocó viajar con otros dos colegas para detener al vejete nazi que había dirigido como un emperador las aberraciones que se cometieron en la Colonia Dignidad, y se largaría a sacarle brillo a las calles. Quizás en algún café del sector Lastarria se encontrara con algún amigo o conocido para conversar un rato y expulsar de su cabeza las imágenes sangrientas que la atiborraban. Aunque eran muchos los casos espeluznantes que durante sus años de servicio le endurecieron el cuero, las tripas al parecer manejan su propia autonomía para revolverse.

## C A T O R C E

Apenas dejaron atrás la pequeña laguna donde navegan como góndolas venecianas los cisnes de cuello negro, Angélica Menares le indicó al detective Barría que virara a la derecha por un camino de terracería después de la curva. Barría tomó la huella y avanzó lento. Difícil ir más rápido por senderos tan como de otros tiempos. Después de pasar un macizo de eucaliptos, entraron al condominio, en busca de la cabaña.

—Parece que me estoy resfriando —dijo ella tras un delicado estornudo.

—Salud —dijo Barría—. Voy a dejar el auto por aquí y seguiremos a pie. Si es que está Marcel, se nos puede asustar, y un hombre asustado suele hacer tonterías.

—Entonces estacione aquí mismo, Néstor, ya estamos cerca.

La visión del terreno daba pena, de seguro no lo habían regado en el último medio año. Las plantas secas, mustias, a punto de fenecer.

—¿Cómo se surtirán de agua? —preguntó Barría. Y antes que Angélica respondiera, se fijó en los estanques instalados sobre el techo de las casas.

—Traen camiones cisterna cada quince días.

No era fin de semana ni tampoco época de vacaciones, por lo cual no se divisaba un alma en todo el territorio. Un viento frío levantó el polvo suelto del terreno, y tres o cuatro perros vagos, más o menos famélicos, que yacían junto a los arbolitos aún muy nuevos de las aceras, alzaron sus cabezas con cierto escepticismo, quizás albergando una leve esperanza de que aparecieran las buenas personas que algunas veces les proporcionan las sobras de su cocina.

—Esa es —dijo Angélica señalando con la mano una cabaña igual a todas las otras. En el frontis vieron un taxi estacionado. Barría registró la patente en su memoria. Se acercaron sin hablar, cautelosos. La puerta de un patio, sin flores ni plantas, estaba sin candado. Entraron y avanzaron despacio hasta la entrada. Barría empuñaba la mano para tocar a la puerta cuando escuchó jirones de una conversación que parecía ser de dos.

“¿Por qué la mataste, maricón, por qué tenías que cagarlo todo de esa manera?”.

Al interlocutor se le perdía la fluidez de la palabra y su discurso se captaba a medias.

“Usted... loco, yo no la...”

“¿Ah, no? ¿Y por qué viniste a fondearte aquí como un ratón muerto de miedo?”.

“Tengo mie... Pienso... podría ser un ...pechoso. Además, yo la... bueno, aún la quiero, y no... sé qué... ahora. Hace cuatro... que no como. Se me acabaron tres ...tellas de pisco. Hasta pensé en matarme”.

“¿No prefieres que yo mismo te ahorre el trabajo?”.

“Oiga, ¿... qué no deja de apuntarme? Las armas me... muy nervioso”.

“Me cago de la risa. Si no fueras tan maricón, no habrías visto mi pistola, pero como eres asesino nato, no confío en ti”.

“Usted está loco”.

“Ah, sí, claro, qué fácil, cagaste el negocio de mi vida y ahora me tratas de loco. Debería sacarte la chucha.

“¿Yo le... el negocio?... No... de qué habla”.

“Yo te lo voy a decir, huevón, antes de descargarte un par de tiros. Resulta que Lorena me iba a poner un departamento mejorcito que el mío, y me iba a aportar una suma mensual. Ella sentía mucho placer cuando me la tiraba, y en los revolcones nos entendíamos muy bien, pero tenías que meterte tú y cagarlo todo, ¿de dónde sa-  
liste, concha tu madre?”.

Un taxista vengativo el tal René Montecinos, pensó Barría. Aparentemente quedaba fuera de sospecha, según esta conversa. Pero si resultaba un loco violento y terminaba por mandarle un balazo al nadador, anularía las posibilidades de encontrar la solución del caso.

–Voy a entrar –susurró en el oído de Angélica–. Tú quédate aquí, si escuchas disparos, aléjate–. Llevó su mano derecha a la zona del corazón, bajo la chaqueta, y sacó su pistola. Dio en silencio los dos pasos que medía el corredor, y dobló hacia el lugar de donde provenían las voces...

–¡Suelte su arma, Montecinos!– se apresuró en decir, apuntando al taxista desde atrás–. Soy policía, no estoy de bromas–. El taxista soltó la pistola sobre la mesa y levantó los brazos–. Necesito hablar con cada uno de ustedes por separado, estoy a cargo del caso de Lorena Saldaña. Pertenezco a la Brigada de Homicidios y les voy a dejar una citación a cada uno para que acudan a las oficinas centrales de la PDI. Si no lo hacen, pasarán malos ratos, no lo duden.

Se escuchó una cadena de estornudos desde la puerta.

–¿Quién está ahí? –preguntó Marcel, alarmado.

–Pase, Angélica. Es su esposa, ella me condujo hasta aquí.

Cuando la mujer entró a ese desaliñado living, el nadador se levantó de la silla.

—Angélica —dijo en tono plañidero, acercándose a ella como para abrazarla.

—No, Marcel.

El dejó caer los brazos en actitud de derrota. Luego se volvió a sentar, como un autómata de movimientos sincopados y comenzó una sesión de llanto que amenazaba ser larga.

—Yo no tuve nada que ver con el crimen, detective —dijo Montecinos.

—Le creo, amigo. Pero me lo tendrá que contar con más detalles en la oficina. Ahora, por las dudas, me voy a llevar su arma. No quiero más sangre en este caso. Se la devolveré en Santiago, si acaso tiene permiso de porte. ¿No prefiere irse ya, y que yo lo vea partir?

—Está bien. Quería sacarle la cresta a este huevón, pero después de todo, no tiene sentido, ¿para qué? Perdí mi oportunidad, y punto final.

Mientras Néstor Barría conducía el Nissan hacia Cartagena para tomar el atajo a la Autopista del Sol que lleva a Santiago, recordó con nostalgia sus veraneos adolescentes en ese balneario, las mañanas en la playa, las excursiones con su hermano Felipe y los primos buscando buenos roqueríos para la pesca, los paseos nocturnos cazando chiquillas en La Terraza, las películas en blanco y negro que pasaba el cine Diana, las humitas preparadas por la mamá. Angélica, entretanto, no desprendía la vista de un mar agitado que lanzaba olas contundentes hacia los arenales de la Playa Grande y se iba llenando de corderitos hacia el horizonte.

—Qué raro lo que me pasó, Néstor —dijo de pronto—. Al ver a Marcel, no sentí nada. Ni siquiera compasión.

## QUINCE

–Lo raro, Barría, es que aunque haya varios sospechosos, los motivos que pudo tener cada uno para cometer el crimen no parecen muy sólidos –dijo Julián Ramírez.

Instalados uno frente al otro en la misma mesa arrinconada del Corner Bar, dejaban que escurriera el agua de sus abrigos –colgados en un perchero–, y felices de hacerle el quite a la lluvia que un lento desfile de nubes bajas y oscuras, muy preñadas, estaba derramando sobre esa parte de la ciudad, con una seguidilla de truenos y relámpagos que ponían muy saltones a los perros vagos.

–Usted piensa eso porque no hay dinero de por medio –dijo Néstor Barría–, pero se olvida de la fuerza que pueden generar las pasiones. A veces las personas matan impulsadas por sentimientos incontrolables. Me imagino que sabe lo que le pasó al muchacho que conversaba con los árboles.

–Sí, ¡horroroso! Es difícil concebir que pueda haber alguien capaz de un acto tan bestial, créame.

–Ese es precisamente el asunto. El diablo no tiene cola ni cuernos, como lo pintan las caricaturas. Hasta el ser de aspecto más Ángelical puede convertirse de pronto en la encarnación misma del mal. Le voy a contar que seguí su consejo y fui a visitar esa cabaña de la Quinta Región. Me encontré con una escena de película: el taxista Montecinos apuntándole con un revólver a Marcel Cayuela, que parecía un verdadero desastre, con una pinta que daba pena. A lo mejor si no llego, habría terminado por pegarle un tiro. ¿Ve lo que le digo? Montecinos no tenía un gran motivo para matar a Cayuela, no ganaba nada con hacerlo, pero en ese momento su alma estaba intoxicada por el odio y la furia.

–En realidad lo que dice tiene bastante sentido, Barría. Concedo un punto a su favor. Si acaso el asesino de Gonzalo fue el tal Gino, como parece, ¿qué ganaba con matarlo?... Solamente descargar su

ira y pasar el resto de su vida en la cárcel. Como alguien que finalmente se hubiera rendido al mundo.

–No sólo descargar su ira, Ramírez, también probar el sabor de la venganza, ¿no se dice acaso que es manjar de los dioses?

–De manera que acepta que los sospechosos siguen siendo sospechosos.

–Aunque ya tenemos dos menos.

–Gonzalo ¿y quién más?

–El taxista. Por lo que capté de la conversación que sostenía con Marcel, él salió perjudicado con la muerte de Lorena. La mujer le quería poner un departamento y le iba a pasar unos pesos mensualmente por sus favores. Esas eran las cuentas que le estaba ajustando al pelele de Marcel, ¿qué me dice?

–¿Sabe una cosa, Barría? Con todo y todo, yo no me resigno a descartar totalmente la tesis del suicidio. La depresión suele ser un veneno fuerte. Creo que Lorena fue una de esas mujeres que no se resignan al paso del tiempo cuando empiezan a transformarse de a poco en meras réplicas. ¿Qué habría pasado con ella en cinco años más, al llegar a los cincuenta? Tal vez hubiera seguido actuando y vistiéndose como si tuviera veinte, grotesco, ¿no le parece? Y ella lo sabía. Tal vez no deseaba convertirse en una mentirosa.

–¿Una mentirosa, qué quiere decir?

–Bueno, las mujeres mienten cuando se quitan las arrugas con una cirugía, mienten cuando se tiñen el pelo para no mostrar sus canas, cuando se levantan las tetas con silicona. Pienso que la puta Lorena no se resignó a ese destino.

–Punto suyo ahora, Ramírez. ¡Y deje de llamarla puta, por favor!

–¿No ha interrogado usted a Macarena Fuentes? Ella la conoció mucho. Fue su mejor amiga, desde los días de colegio.

Afuera seguía lloviendo furiosamente, pero por suerte los tazones de “corner” exhalaban un dulce humito protector, y las cañas de tinto no hacían más que reconfortar el ánimo.

## DIECISEIS

La secretaria del Departamento anunció por citófono a Macarena Silva y el detective Néstor Barría le dio el pase. Luego cerró el último botón de su camisa y se ajustó el nudo triangular de la corbata guinda que había comprado para dos nuevas camisas de cuello italiano. Cuando entró la mujer, sus ojos la envolvieron entera en un rápido examen que fundía la vista con el necesario sentido de observación que se desarrolla en su oficio. Bordeando el segundo quinquenio de los cuarenta, delgadez aceptable, segura de si misma, pero sin arrogancia. La ayudó a sacarse el abrigo y lo colgó en el perchero, donde también estaba el suyo.

—Síntese, por favor —dijo, tomando asiento él mismo en su silla giratoria—. Lamento haberla molestado, señora Macarena, pero necesito conversar con usted. Como supondrá, se trata de su amiga Lorena Saldaña, cuyo asunto todavía nos tiene un poco confundidos. No se trata de un interrogatorio, sólo deseo profundizar en mi conocimiento acerca del personaje que ella fue en vida, su carácter, sus ideas, sus gustos, usted me entiende, completar el retrato que empecé a dibujar cuando me asignaron el caso.

—No se preocupe, señor...

—Barría, Néstor Barría.

—...La verdad es que yo estaba segura de que en algún momento me iban a llamar. Espero serle útil—. Se llevó una mano a los ojos—. Es que le juro que no me puedo conformar. Bueno, por supuesto confío en que pronto se sabrá quién fue el autor, o autora, del crimen.

—¿Sospecha de alguien?

—No tengo elementos como para sospechar, Inspector Barría.

—No me diga Inspector, por favor, señora, no lo soy. Todavía me faltan tiempo y algunos méritos para obtener ese grado.

—Ya vendrá —sonrió—. Que no tiene elementos, me decía...

—Justo. No conozco a las personas con las que Lorena se relacionaba últimamente, a excepción de Genaro, su marido. Entiendo que usted y ella se conocían desde niñas.

—Compartimos los años de colegio y desde entonces Lorena fue siempre mi mejor amiga, ¿se fija? Nos contábamos hasta los secretos más íntimos. A los catorce hicimos un pacto de sangre, igual a como lo habíamos visto en una película.

—¿Puede describirmela un poco, su temperamento, sus maneras...?

—Bueno, era muy simpática, sociable, rápida para hacer amistades, chispeante en las clases, los profesores le tenían buena, se ganaba fácil a la gente. Risueña y más o menos coqueta con los muchachos también.

—¿Muy polola quiere decir?

—No. Más bien juguetona.

—¿Juguetona?

—En el buen sentido. No que jugara con ellos con sadismo o mala fe, ni como las vampiras, usted sabe. Juguetona en el sentido de que les hacía guiños, ¿se fija? Les contaba chistes, les demostraba interés... Ah, bueno, y les gastaba bromas. Era bastante popular, pero su personalidad le generaba también algunas envidias.

—¿Cómo cuáles bromas?

—Hmmm... A ver, diría que sus bromas a veces podían ser har- to pesadas. Una mañana de domingo fuimos al zoológico del San Cristóbal con mi hermano mayor, y cuando bajábamos de vuelta, dos chiquillos estaban vendiendo esas horribles arañas peludas que cazan en la ladera. No pude creer que Lorena les comprara una, a mí me dan escalofríos—, su cuerpo se sacudió—. Tan enormes. Se la entregaron en una caja de lata a la que le habían hecho hoyitos en la tapa. El lunes, en clase de historia, la tonta la soltó en medio de la sala y ni le digo la batahola que se armó. Las chiquillas gritaban, se subían despavoridas a los pupitres, y el bicho como que buscaba



de un lado a otro un rincón dónde agazaparse. Ella gozaba con esas cosas, ¿se fija? Claro que la suspendieron por tres días. Mucho después, el año en que entramos a estudiar danza, cuando empezaba el verano, un compañero que ya estaba de planta en el ballet nos invitó a un grupo a tomar once y refrescarnos en la piscina de su casa. Después de jugar un buen rato en el agua, reírnos, nadar, hacernos “chinitas”, nos llamaron para un refrigerio. Salimos y sin secarnos ocupamos las mesitas del jardín. Disfrutábamos de jugos frescos y galletas cuando de pronto alguien lanzó un grito estremecedor: una de las muchachas flotaba boca abajo en medio de la piscina y parecía como si se hubiera ahogado. Corrimos muy asustados y al llegar al borde, el “cadáver” se dio vuelta entre carcajadas y se puso a nadar de espaldas. Era la tonta de Lorena. La retamos para qué le digo, porque nos hizo pasar un buen susto, ¿se fija?

—¡Qué bromita! —dijo Barría con un gesto severo, como si estuviera en el lugar de los hechos narrados, regañando a Lorena. Evocó su imagen, la única que tenía, y pensó que la muerte no le había robado la dignidad de una belleza madura y tranquila—. Y además de ese carácter más o menos festivo, señora Macarena, ¿Nunca notó alguna tendencia depresiva en ella?

—Propiamente depresiva, no, aunque en ocasiones se bajoneaba un poco si las cosas no salían como ella quería. La vez que la vi con más depre fue cuando no la seleccionaron para entrar al ballet. Ella ansiaba ser bailarina, tenía una pasión loca por la danza. Se vino abajo porque no pasó las pruebas. A mi me seleccionaron y la verdad es que hubiera cambiado feliz mi lugar con ella. No duré mucho en el ballet porque me casé con un hombre duro de cabeza, ¿se fija? Medio anticuado. Decía cosas feas de las bailarinas y de los artistas en general.

—¿Y era una adolescente bonita?

—Yo diría que era bastante bonita, pero más que eso, tenía gracia, sal y pimienta, como dicen... Ah, también estuvo muy deprimida cuando murió su padre de un cáncer drástico y rápido. Sufrió viéndolo apagarse.

–Yendo a un plano más íntimo, señora Macarena, supongo que como su amiga más cercana usted estaba al tanto de sus recientes aventuras amorosas...

–Ella me contaba, pero nunca conocí a ninguno de los fulanos. Me dio mucha pena que le estuviera pasando eso, como que se le hubiera metido el diablo en el cuerpo, ella nunca había sido así.

–¿No era así de muchacha, cuando pololeaba, no engañaba a sus pololos?

–En absoluto, ninguna tendencia promiscua, era de lo más seria. Y tampoco llegaron a ser muchos sus pololos. Cuando conoció a Genaro se enamoró perdidamente, y eso le duró bastantes años. Nunca lo engañó hasta hace muy poco, cuando le vino esta manía por los lolos, ¿se fija?

–¿Crisis de la edad, tal vez?

–No necesariamente. Yo tengo exactamente su misma edad, y no me ha dado por eso.

–Claro, tiene razón.

–Por otra parte, le aseguro que ella no era feliz con todas sus historias. ¿Algo más, señor Barría...? Discúlpeme, estoy en la hora para...

–Me ha ayudado mucho a completar el retrato, señora Macarena. Y le confieso que también aumentó mi simpatía por Lorena. Si se le ocurre otra cosa...

–Bueno, si de pronto recuerdo algo que pueda servirle, lo llamaré con mucho gusto.

–Mis sinceros agradecimientos –dijo Barría levantándose de su silla y extendiéndole la mano.

–Adiós, señor Barría –se la estrechó con simpatía–. Ah, otra cosa. Quizás sirva de algo. Una de las últimas veces que conversé con Lorena, me contó que se cansaba mucho, se cansaba de todo, que quizás necesitara un chequeo, en fin, hacerse algunos exámenes. Le dije que de seguro lo que tenía era stress y le recomendé unas

pastillas de homeopatía. Pero ella parecía creer que había algo más. Me preguntó en qué clínica me había hecho yo exámenes.

—¿Y...?

—Le recomendé la Servet y la Dial, ambas en la comuna de Providencia, ¿se fija?

## DIECISIETE

Cuando Néstor Barría llamó por teléfono a Genaro Montesco para decirle que deseaba conversar un par de temas con él, éste le sugirió con amabilidad que se dejara caer por su casa alrededor de las siete a tomar un Martini seco que él mismo preparaba como nadie, aseguró. Así, a lo amigo. Eran las siete veinte y, después de atravesar buena parte de la ciudad a la hora de los tacos, los bocinazos, los choques, Barría se hallaba instalado en una comfortable poltrona del bar casero, frente al cartel de Bogart y la Bergman en *Casablanca*, saboreando un Martini en realidad ultra seco y preparado con un gin de alta nota. “¿Tanqueray?” había preguntado. “Beefeater” fue la respuesta. Salud. La segunda pregunta que disparó Barría fue con respecto a la música que escuchaban en ese momento, le parecía impresionante. “Se llama *Reunión en la cumbre*, un diálogo de saxo con bandoneón, Gerry Mulligan y Astor Piazzola”, dijo Genaro. Y la tercera fue para entrar ya en materia, respecto de posibles depresiones, o bajoneos que pudiera haber sufrido Lorena, ¿los había percibido él?

—En tantos años de convivencia, me resultaba fácil percibir cualquier cambio en su estado de ánimo, y le diría que sí, Néstor, varias veces en el último tiempo la noté cabizbaja, muy concentrada en sí misma, y ella era alegre, siempre risueña, algo le pasaba, quizás una crisis de edad, pensé en un momento. Y después del viaje, la noté triste de frentón.

—¿Viaje?—. Sorpresa. Nadie había mencionado ningún viaje.

—Ella voló hace poco a Estados Unidos a visitar a Carlitos, nuestro hijo, usted sabe, en el Estado de Pensilvania. A Lorena se le ocurrió de la noche a la mañana ir a verlo. Yo traté de convencerla de que esperara un poco, ¿por qué tanto apuro? Un par de meses más y yo la habría acompañado, también echo de menos a Carlitos. Pero ella era siempre impetuosa, y cuando se le metía una idea en la cabeza, resultaba difícil hacerla cambiar sus planes, de manera que se largó sin siquiera avisarle de su viaje a Carlitos. Lo tomaría por sorpresa al tocar el timbre de su residencia.

—Ya me había comentado la señora Macarena que su esposa era aficionada a las bromas.

—Yo también se lo dije.

—Tiene razón. ¿Recuerda alguna en especial?

—La más pesada. Estábamos en un fundo cerca de Valdivia y fuimos con una pareja de primos cabalgando al río Futa, a darnos unos zambullones, era verano. Jugábamos en el agua cuando de repente me di cuenta que Lorena había desaparecido. Imagínese, primero la buscamos buceando, después bordeamos por todos lados la ribera boscosa, gritábamos su nombre, lanzando alaridos a lo Tarzán. Yo empecé a angustiarme. Hasta que su risa nos llegó desde la copa de un tepú al que se había trepado. Bajó con la agilidad de una ardilla.

—Pesadita la broma. Dígame, Genaro, ¿estuvo mucho tiempo fuera cuando hizo ese viaje?

—Apenas diez días.

—¿Recuerda la fecha?

—La fecha exacta, no. Pero sería unas dos semanas antes de... de su muerte. Solía decirme con tristeza que Carlitos no volvería. Estaba convencida de que se iba a casar allá con la Susan y listo. Eso la descorazonaba. A mí también, Néstor, pero yo tenía la esperanza de que no fueran así las cosas. Y la sigo teniendo. ¿Otro Martini?

—Sí, gracias, está muy bueno, uno más. Dígame, Genaro, ¿alguna vez se le pasó por la mente que su esposa pudiera tener inclinación al suicidio?

—Para nada. Lorena era tan vital, salía siempre de sus escollos, no la asustaban los problemas, era una persona muy positiva. ¿Por qué me lo pregunta?

—Hay que juntar todos los datos posibles, atar cabos. ¿Sabe usted si estaba enferma?

—Nunca se quejó, nunca dijo nada. Era una mujer súper sana, fuerte. Ni siquiera se resfriaba. Raras sus preguntas, Néstor.

—Es que hemos pensado en la posibilidad de un suicidio. Su esposa se enamoró apasionadamente de uno de los muchachos con los que salía, Lara, el estudiante de teatro, ¿recuerda? Y él no le correspondió. Después de algunas citas, empezó a rechazarla y al poco tiempo le entregó sin piedad el sobre azul, el mismo día de su muerte.

—¿Quiere decir que él la visitó en ese departamento?

—Claro, pero no con intenciones de hacer el amor, sino justamente para darle el finiquito—. Barría sintió que no estaba siendo claro con su anfitrión. Sabía muy bien que si acaso fue Lorena quien llevó un frasco de veneno, no lo hizo porque sospechara que su amante la iba a dejar. Ella esperaba un encuentro más dulce y ardiente, y por eso cargaba condones—. Oiga, Genaro, discúlpeme, no he dicho nada. Lo que pasa es que hasta ahora todo resulta bastante confuso.

—Lo siento, Néstor, y espero que se llegue a la solución del caso muy pronto.

—Llegaremos, tenga la seguridad... Y cambiando de tema, me sorprende que frente a la infidelidad de su mujer, usted se haya mantenido tan pasivo. Cualquier hombre, con lo machistas que somos los chilenos, la habría matado.

—¿Todavía no me descarta como sospechoso? Le voy a confesar que en último término esa infidelidad me resultaba cómoda, aunque en el fondo no me gustara...

—¿Que le resultaba cómoda, dice?

—Sí, porque yo también tenía una relación por fuera.

—¿Y la mantiene todavía?

—No me tienda trampas, Néstor. ¡Salud!

## DIECIOCHO

—Debo felicitarla por su papel en *Dime y te diré*, me pareció bastante buena. Aldunate se las trae como director, tiene sensibilidad —dijo Néstor Barría en el mismo café de la Plaza Franke donde antes conversara con Ángel Lara. Tarde llegando a su ocaso, oscuridad que se viene hostil, con un airecillo frío. Perros vagos despaturrados bajo los bancos de la plaza.

—Gracias, detective, pero preferiría que fuéramos al grano, no tengo mucho tiempo, me toca ensayo, —dijo Laura Benítez. Más radiante que en la pantalla, pensó Barría. Un suéter tejido a mano de cuello “beatle” y la melena color miel cayendo sobre los hombros. Cejas alargadas, nariz respingona, pómulos ligeramente salientes, cutis y manos marfileños de color y textura. Con razón Ramiro Aldunate se dedica a dar vueltas y vueltas por su barrio, la calle donde vive, con la esperanza de verla aparecer en cualquier momento, se dijo. Contemplarla parecía como sumergirse en un cuento de hadas, Nicole Kidman en *Moulin Rouge*, algo fuera de la realidad. Les sirvieron. A él un expreso grande, a ella una mineral sin gas.

—Muy bien, señorita, vamos al grano, como sugiere usted. La cámara de seguridad del edificio donde Lorena Saldaña fue asesinada muestra que durante la tarde del homicidio, una joven de aspecto muy semejante al suyo caminó cautelosamente desde la puerta hacia el ascensor...

–Usted lo dijo, detective: alguien “semejante”, porque yo no estuve ahí.

–Sin embargo, creemos que ella la citó en el departamento 502, ¿no fue así? –. La joven pestañeó nerviosa, movió los labios sin hablar, como balbuceando. Barría le sacó partido al momento—. Por algo su número telefónico está registrado en el celular de ella...

–Bueno, en realidad, sí... me citó... Pero el hecho es que no fui. En un momento, no sé por qué, hasta se me ocurrió decirle que acudiría. Pero no lo hice.

–¿Por qué?

–Quise evitarme momentos desagradables.

–¿Se llevaban mal?

–Ni siquiera la conocía.

–¿Por qué la habrá invitado?

–Por favor, señor Barría, no se haga, hablemos con franqueza, he leído cientos de novelas policiales. Usted ya conoce la historia, Ángel me contó que lo había interrogado. También me advirtió que usted quería hablar conmigo.

–¿Ah, sí? Pero entiendo que usted y él se separaron...

–Es verdad, pero eso fue después de su entrevista con él. Además, él me llama casi a diario, me busca en la Facultad, me persigue, muy afanado en que volvamos.

–De manera que entonces ya estaba preparada...

–¿Preparada? No. No tengo nada que preparar.

–¿Se alteró mucho cuando descubrió la relación que su... conviviente mantenía con Lorena?

–¡Ay, señor, claro que sí me alteré, y quién no se alteraría! ¿Usted tiene esposa?

–Las preguntas las hago yo, señorita Laura. Pero para pasarme un aviso, le diré que soy soltero—. Barría sonrió en vacío, ella no le

devolvió la sonrisa—. Sin embargo, hay personas que no se alteran, Genaro Montesco sabía muy bien lo que pasaba cuando su mujer salía por las noches.

—Debe tener sangre de horchata.

—Tal vez debido a esa alteración, declaró que donde encontrara a Lorena la iba a matar.

—¿Montesco?

—Usted, señorita Laura. Ya le dije que Montesco no se alteraba. ¿Declaró usted eso?

—No recuerdo haberlo dicho, pero reconozco que es muy posible. Las personas dicen muchas cosas cuando entran en estado de ofuscación, todo se confunde, la rabia campea. Pero todo eso no tiene por qué convertirlas en criminales.

—Pero sí en sospechosas.

—¿Quiere decir que soy sospechosa de asesinato? ¡No me haga reír!—. Lorena emitió una risilla muy teatral, o “teatrera”, pensó Barría—. Casi no lo puedo creer, ja, ja.

—Piense bien, señorita: primero, usted tenía motivos; segundo, voceó a gritos la amenaza; tercero, fue citada al departamento; y cuarto, aunque dice que no acudió, una imagen como la suya aparece en la cámara de seguridad. ¿No cree que haya razones suficientes para sospechar, al menos?

—No sé. En todo caso, tengo la conciencia limpia. Yo no he matado a nadie. Me da risa... ¿Y hay otros sospechosos?

—Le dije que yo hago las preguntas. Pero voy a satisfacer su curiosidad: ha habido varios, ahora son solo tres.

—¿Se puede saber quiénes son los otros dos?

—Por supuesto que no.

—Detective, tengo ensayo, debo irme. Si necesita aclarar más cosas conmigo, llámeme.

—Me gustaría entrar un poco en el tema de su relación con Ramiro Aldunate.



–¿Cómo dice? Mi relación con él es estrictamente profesional.  
–¿Está segura?–. Barría la miró con ojos sonrientes. Por alguna razón le complacía provocarle pequeños tormentos–. La llamaré.  
–Hasta luego, señor Barría.  
–Puedo llevarla hasta el lugar de su ensayo.  
–Gracias. Mi auto está ahí no más, a la vuelta.  
Oscuridad total al salir. Aún no encienden los faroles. Los perros ladran, alguno aúlla como si fuera un lobo.

## DIECINUEVE

Lorena Saldaña nunca pasó por la clínica DIAL. El detective Barría subió a su auto con una sensación de disgusto. Había tirado una moneda para que decidiera por él en cuál de las clínicas indagaba primero, y el tiro le salió mal. Dejó el estacionamiento y avanzó por Ricardo Lyon; la clínica SERVET no estaba tan lejos. Linda calle, toda llena de árboles que forman una bóveda entrecruzando sus ramajes de una acera a la otra. Casas con estilo –las que han sobrevivido a la invasión de los departamentos. Después de hacer sus averiguaciones, llamaría a Julián Ramírez, le gustaba conversar con él. El tipo tenía un aspecto desaseado y un tufo espeso y ácido que no invitaban a frecuentarlo, pero por otro lado era listo, observador, y se gastaba una buena carga de intuición, como que muchas de sus deducciones con respecto al caso habían resultado correctas.

Cuando estacionó el Nissan en Manuel Montt, a media cuadra de la clínica, pinchó en su celular el número de Ramírez y se quedó esperando una respuesta que no llegaba. “A trabajar entonces, nada qué hacer”.

La jefa de personal, una mujer alta, de edad mediana y un tanto entrada carnes, no le dedicó mayor atención, poco dispuesta a pres-

tar ayuda, pero cuando Barría, con una generosa expresión risueña, le dijo que se trataba de un caso de homicidio, le enseñó su credencial de la PDI y con la eficacia de un merolico le fue soltando algunos detalles de la historia, la matrona cambió de actitud y con una expresión afable lo invitó a consultar la computadora.”¿Un café?”, y al cabo de cuarenta minutos, el detective sabía qué médicos atendieron a Lorena y cuáles exámenes le solicitaron. También se enteró de un diagnóstico provisorio que le entregaron junto con la recomendación de acudir sin demora al Instituto del Cáncer, para someterse a indagaciones más profundas.

–Gracias, señora, usted ha sido muy gentil.

–No hay por qué, detective, todo ciudadano bien nacido tiene el deber moral de colaborar con la ley. Ojalá que lleguen a buenos resultados.

–Llegaremos. Ahora me voy al Instituto del Cáncer. Gracias nuevamente.

Pero no tenía intenciones de dirigirse aún a ese lugar, le pareció excesivo para una sola mañana. Instalado ya en el auto, sacó su celular y esta vez Ramírez sí le contestó. La cita fue en el Liguria, cerca de donde cada uno se encontraba.

Se sentaron en la barra a las doce treinta y eran los dos únicos clientes. Hicieron su pedido escuchando al Varón Sosa, que cantaba el drama de una pobre solterona que se había quedado sin ilusión, sin fe. Un mesero bastante joven y ducho con la coctelera les aseguró que el pisco sour era más rico si le ponían miel de ulmo en lugar de azúcar flor. Dieron el vamos y se quedaron un rato contemplando la decoración del local. Barría evocó el bar privado de Genaro Montesco. Aquí también había posters de películas antiguas, de famosas corridas de toros, Manolete, Cagancho, Dominguín. Un Sinatra inverosímilmente joven, también muy flaco, orejudo y algo tristón; una fotografía de Neruda con Salvador Allende, ambos luciendo un contagioso optimismo en la sonrisa. Y ahora el Zorzal Criollo, al borde del llanto, canta que *sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando*.

—Las personas mueren —dijo Julián Ramírez— y la vida sigue. Cuando el muerto es famoso, la noticia se difunde por todas partes; cuando es un rico, por lo menos su deceso aparece en los diarios, pero cuando muere un cualquiera, un pobre, es como si no muriera nadie, el mundo no se entera. ¿Lee usted a Neruda? Se lo pregunto por eso de “como si no muriera nadie”, es de un poema suyo.

—*Tras la paletada, nadie dijo nada* —recitó Barría—. ¿Conoce ése?

Chocaron las copas y al primer sorbo ambos manifestaron plena satisfacción, Ramírez según la sonrisa de sus ojos, y Barría mediante un suspiro en forma de “ahhh”.

—Oiga Ramírez, usted siempre anda citando autores, sabe de música, de literatura, eso me sorprende, no es lo típico en alguien dedicado a lo que usted se dedica...

—Amigo Néstor, yo me junto con usted porque me cae bien. Siento que hay algo común entre nosotros. Quizás sea el pasado. Tiene razón, parezco un bruto y a veces me veo obligado a actuar como tal, pero en el fondo no creo ser tan huevón. En mi casa había libros que yo leía, discos de Mozart, Schubert, Bach, que yo escuchaba, con esas compañías fui creciendo hasta que se produjo la catástrofe. Yo tenía diecisiete años para el golpe militar. A mi padre lo ejecutaron en el Estadio Nacional, nunca hablo de esto, Barría. Mi madre para entonces ya estaba enferma del pulmón y falleció pronto. Yo creo que se dejó morir. Un poco como que murió de pena... Me dejaron la rica herencia de cierta formación cultural, no tenían nada más. Pero le voy a decir que usted también me sorprende porque no es un detective típico, pienso que tiene más sensibilidad que el término medio de los suyos.

Susana Rinaldi cantaba que *a pesar de todo, dejándola abierta, verás que se cuele el sol por tu puerta*, y el pisco con miel de ulmo le sacaba alegría al corazón. Otros dos, pidieron.

—Usted se abrió conmigo. Haré lo mismo. Yo alcancé a estudiar dos años de Pedagogía en castellano en la UMCE. Me gusta la literatura, pero no pude seguir por razones económicas. Después de darle

varias vueltas a las posibilidades que tenía en la vida, me quedaron dos opciones. O entraba al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, o me matriculaba en Investigaciones. Lo consulté con un tío que me aprecia mucho: “métete a Investigaciones”, me dijo. Y aquí estoy. La literatura sigue siendo mi pasión. Claro que leo a Neruda, pero es imposible recordar todos sus poemas. Oiga, amigo, pidamos algo para picar, ¿le parece? Este trago está cabezón.

—¿Desean pasar a una mesa, señores? —dijo el garzón cuando le hicieron el pedido.

No, estaban bien en la barra, apenas dos o tres parroquianos más, tranquilidad, mientras que las mesas del comedor, en cambio, se iban poblando de mucha gente que trabaja en el sector, una clientela joven y bulliciosa, y ahora el tango cedía su lugar al bolero. Cuando el garzón sirvió el pastel de choclo a Ramírez y el conejo escabechado a Barría, el cantante se lamentaba de que fueran *un sueño imposible que busca la noche*.

—Tengo noticias —dijo Barría.

—Yo también.

—¿Por donde empezamos?

—Por las suyas.

—Bueno, —inició Barría—, la primera es que poco antes de morir, Lorena se pegó un viaje a Estados Unidos a ver a su hijo. No lo sabíamos. La segunda es que, según su mejor amiga, tenía la costumbre de hacer bromas un tanto pesadas, cosa que su esposo confirmó.

—Ninguna me parece demasiado importante.

—Entonces, aquí va la del millón: padecía de cáncer a los ganglios, no sé si avanzado, me falta una visita al Instituto del Cáncer, ¿qué me dice?

—Se pone interesante la cosa. Entre el viaje y la enfermedad puede haber relación.

—¿Y la afición por las bromas? ¡Qué bueno el conejo!

—Me quedo con mi pastel.

—¿Cuáles son las noticias tuyas?

—Son dos. Una, que Laura Benítez sí fue a ver a la puta Lorena. Estuve conversando con la guatona que arrienda los departamentos. No había dicho nada para evitarse líos, pero me confesó que esa tarde, al abrir la puerta de su departamento para atender a un cliente, la divisó justo en el momento en que se metía apuradita al ascensor, la reconoció por sus fotos en las revistas y sus salidas en la TV, aunque no había visto la película, ¿qué le parece?

—No me extraña, yo interrogué a Laura y, al tocar ese punto, tuve la impresión de que no me decía la verdad.

—La segunda noticia es que el señor Gino Berardi se fue del país. Pero eso ya es otro caso, ¿cierto?

—Quién sabe.

—Oiga, Barría, creo que nos vamos acercando, merecemos un salud, ¿pedimos un vinito tinto para coronar este almuerzo?

... *Gotas de agua que el sol resecó, borracheras que no terminaron*, cantaba José Alfredo Jiménez.

## VEINTE

El Nissan avanzaba a baja velocidad por Santa Isabel hacia el oriente y el sol matutino perfilaba la cordillera con una mágica claridad. Los autos subían y bajaban, chirridos de frenos, golpes de claxon, sirenas de ambulancia o patrulla policial, ya a ninguna hora era posible sentir la tranquilidad en las arterias principales de esta ciudad que empezaba a tocar fondo. En Recoleta era lo mismo, igual que en Bellavista, Gran Avenida o Irarrázaval.

Dos temas daban una vuelta y otra por la mente del detective como verdaderos monos porfiados, él los abatía, y volvían a levan-

tarse. Uno era el de la carta, que lo tenía muy metido. Esa mañana, mientras se preparaba el desayuno, lo había llamado la señora Macarena. Quería comunicarle algo que tal vez fuera importante. Se juntaron en un café de la calle Merced, frente al parque. “Señor Barría, lea esto”, dijo ella pasándole una hoja doblada que sacó de su cartera. Era el mensaje impreso de un correo electrónico: *Tía Maca: antes de volver a Chile, mi mamá me dejó un sobre para que se lo enviara a usted por correo, pero aprovechando una semanita de feriado, me fui con Susan por varios días a pasar la pena, y lo olvidé por completo. Hoy mismo lo pondré al correo y permíteme por el olvido. Le cuento que la muerte de mi madre me ronda día y noche, me tiene bajo, en estado de K.O. Por más empeño que le pongo, no puedo explicarme lo que pasó. Quise volar a Santiago apenas supe, le prometo, pero mi papá me convenció de que no lo hiciera, y el hecho de no haber ido también me pesa mucho. Lo pasé tan bien con ella los días que estuvo aquí. Dele un abrazo de mi parte a la Maquita, y otro grande para usted, tía. La quiero mucho. Carlos.*

“¿Este correo llegó ayer?”, preguntó el detective. No, lo había recibido el martes, le había dicho ella, lo cual significaba que pasarían al menos cuatro días más antes que llegara la carta, si es que se trataba de una *carta*, porque bien podría ser una mera postal, un saludo de viaje.

—Señora Maca, si la considera importante, avíseme apenas la reciba...

—Por supuesto, detective, se lo prometo.

Se detuvo en la avenida Los Leones, esperó la luz verde del semáforo, y dobló a la izquierda. El segundo tema que le causaba escozor era la conversación que debía tener con Angélica Menares apenas llegara al Jardín Bebelandia. No sabía aún con qué palabras iba a abordar un tema tan escabroso.

Ella pareció alegrarse al verlo entrar.

—Qué gusto, detective Barría.

—Tráteme de Néstor y yo la llamaré Angélica, ¿le parece?

–Perfecto–. Gran sonrisa–. Voy a pedir que nos traigan café–.  
Salió de la oficina y volvió en dos o tres minutos.

–Asiento, Néstor, por favor.

Se sentó ella y ambos permanecieron varios segundos mirándose con simpatía, sin decir nada. No se habían visto desde que fueron juntos a la laguna El Peral. Ahora mismo tendrían que visitar la cabaña también, pensó Barría, pero sólo en sentido figurado, un viaje de la imaginación. Llegó el café. Barría observaba Los Leones a través de la ventana tras el escritorio de Angélica. Esas calles anchas con bandejón al medio resultaban menos brutales. Dio un sorbo, el Nescafé. No era algo que lo enloqueciera, sacudió los hombros. Advirtió que la mujer lo miraba con cierta curiosidad, como esperando. Tuvo que empezar.

–Angélica, le traigo malas noticias.

–Es lo normal, Néstor. Lo raro sería que alguien trajera buenas noticias.

–Ayer recibí un informe emitido por la Prefectura de la PDI en San Antonio. Afírmese, Angélica... Marcel está muerto.

Ella palideció, sus ojos perdieron brillo, luego generaron lágrimas, dejó caer la cabeza.

–¡No... no... no! –dijo en un tono descontrolado. La empleada que había traído los cafés se asomó alarmada–. No puede ser, no puede ser –siguió Angélica–. Néstor, anoche tuve un mal sueño, Marcel caía desde un puente muy alto al abismo, ¡qué horror! Al despertar, pensé que lo merecía–. Se cubrió los ojos. Siguió sollozando.

–¿Cómo fue? –dijo cuando recuperó algo de calma.

–Unos vecinos lo descubrieron a diez metros de la cabaña, colgando de la rama de un eucalipto, con una soga al cuello. Dieron aviso a la Prefectura y los colegas del Puerto acudieron de inmediato. Pensaron que podía tratarse de un homicidio, pero al registrar la cabaña encontraron una nota... Copié las palabras exactas.

Sacó un papel de su bolsillo y leyó: “Perdón, ya no puedo más”, y su firma.

–Terrible, Angélica, pero tendrá que ir a San Antonio para identificar el cuerpo. Vienen días difíciles para usted. Si me lo permite, quisiera acompañarla—. Barría le tomó una mano y la presionó ligeramente. Advirtió un vestigio de respuesta a su gesto.

–Gracias, Néstor, sí, se lo pido por favor, acompáñeme.

## VEINTIUNO

–Dos “corner” y dos cañas de tinto, –ordenó Néstor Barría mientras se quitaba su chaquetón de cotelé forrado en chiporro, de esos a los que no les entran las balas de ese frío húmedo que tenía estornudando y tosiendo a la mitad de los santiaguinos, un frío pre-invernal que todavía no alcanzaba su máxima expresión—. ¿Está bien así, Ramírez?

–Claro que sí, lo de siempre, es lo mejor. Tal vez más rato me sirva un lomito. Hoy se me acabó el gas y no pude prepararme desayuno. Ni ducharme.

¿Ducharse? Ramírez daba siempre la impresión de no haberse duchado en los últimos seis meses, pensó Barría.

Despejados de las prendas pesadas, ambos se sentaron a la mesa del rincón que, por algún motivo, no estaba entre las predilectas del público.

–Bonito su chaleco, –comentó Barría.

–De los que ya no se usan: lana pura. Me lo tejíó una pololita que me cuida mucho.

Barría se preguntó si acaso sería verdad. ¿Polola, un tipo con ese aspecto? Lo imaginó sentado sobre la cama sacándose la ropa, al lado de su pareja. ¿Tendría pastillas de menta entre los dedos de los pies? Pero después de todo, se dijo, cualquier rareza es posible en las imprevisibles viñas del Señor.



—¡Quién como usted! ¡Esas son pololas! Ya me quisiera yo una pololita tejedora. Pero cuente, cuente, ¿qué me trae de nuevo?

—Nada importante: Ángel Lara está hecho un loco desde que su amorcito lo puso en vereda. La sigue, la asedia, pero ella no afloja y, por otra parte, se está viendo más a menudo con el anciano Aldunate, que anda más contento que un chanco en el barro, la suerte del viejo, aunque ya no debe dar puntada con hilo. ¿Y usted, alguna noticia?

—Si no tuviera noticias, estaría peligrando mi pega. ¿Ya sabe que Marcel Cayuela se ahorcó?

—Lo leí en el diario. Pobre tipo, seguro que el hecho de haber perdido pan y pedazo lo llevó a la depresión definitiva.

—Acompañé a la viuda a la Prefectura de San Antonio para que la llevaran a identificarlo en el Instituto Médico Legal.

—Muy servicial lo veo, amigo, ¿no?

—Terminados los trámites, que no fueron muy alegres, le pedí que me acompañara al campamento de verano que la PDI tiene en Pelancura, una villa preciosa sobre los roqueríos que me recuerda las mejores vacaciones de mi vida, cuando era un detective joven y enamorado.

—Y ahora parece que es un detective viejo y enamorado.

—A estas alturas lo único que se le puede dar a una mujer es dinero o asco, como decía un colega.

—¿Qué onda con la viuda?

—Aunque ella dice que no, yo creo que aún está muy requete viuda. Es demasiado pronto para eso de que un clavo saque otro clavo.

—¿Y piensa esperar?

—Creo que sí. Bueno, déjeme seguir, hay más noticias. Lo otro es que el Juzgado dictó orden de detención contra Gino Berardi; se estableció su culpabilidad en el caso de Gonzalo Urrutia, el poeta de los árboles. La Interpol lo arrestará donde sea que se encuentre.

—¿Se sabe dónde está?

—No. Pero lo van a aprender. Bueno, y lo último, ¿se acuerda que cuando nos encontramos en el Liguria yo había estado en las clínicas averiguando sobre la salud de Lorena? Al día siguiente fui al Instituto del Cáncer y hablé un buen rato con el doctor Valenzuela. Me confirmó que Lorena padecía de cáncer a los ganglios. Si bien no muy avanzado, era bastante grave, ¿qué me dice?

Ramírez quedó pensativo. Su sonrisita, parecida a una mueca, expresaba cierta satisfacción, como de alguien que ha obtenido algún triunfo. Barría la captó, pensó contarle lo de la carta, pero no dijo nada.

—¿Qué le parece un lomito? —preguntó Ramírez.

—Buenísimo. Estos días helados me abren el apetito.

Esta vez Barría comprendió por qué era tan impopular la mesa que ocupaban: a dos pasos estaba la puerta que llevaba a los baños.

## VEINTIDOS

El detective Néstor Barría estacionó su Nissan en el extremo norte de la calle Constitución, poco más allá de Márquez de La Plata, la callejuela donde se encuentra la famosa Chascona en los faldeos del cerro. Salió del auto, se puso el chaquetón y se ajustó la bufanda. Fue caminando tranquilo hasta el San Cristóbal, compró su boleto en la taquilla, y esperó la llegada del funicular, que en ese momento descendía con su habitual pachorra. Le recordaba los domingos en que, de niño, su mamá lo llevaba al zoológico, para rezarle una oración a la Virgen en la primera parada, y luego a la cumbre.

Ascendiendo poco a poco sobre la ciudad, tuvo un sentimiento de angustia ante el panorama de esa capa de smog que la cubría en-

tera como una extensa nube, una sustancia color café, sucia, densa, como que pudiera rebanarse con un cuchillo. El humo que respiramos, pensó, la mierda que día a día nos envenena. Llegó a la parada final y buscó un rincón solitario cerca del torreón. Le gustaba ir a meditar en esos parajes, sobre todo en días de semana, cuando circulaba poca gente. Quería poner en orden sus ideas con respecto al caso de Lorena, acercarse de una vez a conclusiones más o menos definitivas. Se sentó en el borde del muro que circunda la cumbre del cerro, dejando que sus piernas colgaran hacia la ladera, mirando hacia el barrio de Conchalí.

Los hechos, se repetía una y otra vez, los hechos.

El cadáver de Lorena Saldaña fue encontrado en un departamento que se arrienda para parejas. La muerte, según determinó el Instituto Médico Legal, se produjo por envenenamiento con fenobarbital. Encontraron restos del barbitúrico en uno de los vasos que ese día fueron usados para beber whisky. Durante el tiempo que permaneció en tal departamento, Lorena recibió visitas de hombres y mujeres, sin tener relaciones sexuales. Resulta posible que alguna de las personas que acudió a entrevistarse con ella la haya asesinado. Por otra parte, tres semanas antes de su muerte, varios exámenes médicos, incluyendo una biopsia, habían determinado que Lorena padecía cáncer a los ganglios. Poco después, ella volaba a Estados Unidos, donde reside su hijo, con quien pasó diez días. Estos dos últimos hechos apuntan a la posibilidad de un suicidio planeado. Desde allá le escribió una carta a su amiga Macarena, carta que aún no le llegaba. Tal vez se trate solo de una tarjeta postal.

¿Crimen o suicidio...?

La muerte de Lorena y la red de relaciones que tejió durante los últimos meses de vida, tuvieron repercusiones drásticas en el destino de varias personas que la rodeaban:

Ángel Lara y Laura Benítez se separaron; una pareja nueva, joven y vital.

Marcel Cayuela dejó a su mujer y al poco tiempo se ahorcó. Había sido el primer sospechoso.

El estudiante secundario Gonzalo Urrutia fue brutalmente mutilado y asesinado por su amante gay.

Estos eran los casos más trágicos, pero hubo repercusiones menores:

Angélica Menares quedó viuda y sufrió algunas alteraciones psíquicas pasajeras que la llevaron a cometer pequeñas locuras, como el asunto de las velas.

Genaro Montesco encontró vía libre para llevar adelante su relación con Marta. Tuvo un móvil para ser sospechoso, pero contaba también con su buena coartada.

René Montecinos, el chofer de taxi, perdió “el negocio de su vida”.

El director cinematográfico Ramiro Aldunate fue asaltado cerca de la Plaza Franke por un hombre al parecer joven que se dio a la fuga, dejándolo tirado en la acera, cerca de su auto, con algunas lesiones leves. Así lo anunciaron las noticias de la mañana. Venganza de Ángel Lara, piensa Barría. ¿Celos? Es probable. ¿Y Laura? Sobre ella aún quedaba un punto por aclararse: ¿Por qué negaba haber ido al departamento? ¿Y para qué lo había hecho, acaso siguiendo a su novio, conviviente, o como se llame?

Poderosa y desordenada Lorena. Había dejado la escoba, como se dice.

## VEINTTRES

*Querida Maca:*

*Carlitos se fue a una clase y yo aprovecho de escribirte estas letras mientras afuera una neva<sup>3</sup>ón cerrada que vislumbro a través de la ventana me aprieta el alma. Ya sabes que detesto el frío, la nieve, el hielo (salvo en ciertos tragos), que soy de sol, calor, tonalidades tropicales. Me siento más lagartija que pingüino.*

*Lo que te voy a decir te parecerá raro, pero no es broma: llegaré a Santiago antes que esta carta, y para cuando tú la leas, ya me voy a haber ido con el Señor, no sé si con el de arriba o con el de abajo. ¿Serán muy graves mis pecados?*

*Tengo cáncer, Maca, y en un cara a cara con el Dr. Valenzuela, después de mucho tira y afloja, le saqué la verdad: me quedan unos meses de vida. Si recuerdas lo que sufrí viendo cómo se iba extinguiendo mi padre, me entenderás mejor. No quiero pasar por esos padecimientos, ni tampoco causarle dolor a nadie. Vine a ver a Carlitos a manera de despedida; él es lo que más me duele dejar en este mundo. ¿Vas entendiendo? Cuando llegue a Santiago idearé alguna manera para decirle adiós a algunas personas y, después, un frasquito de veneno y colorín colorado. No te veré querida amiga de siempre, porque sé que eso me haría llorar y prefiero partir con cara de alegría. Te escribo esta carta para despedirme. Te quiero,*

*Lorena*

Ramírez terminó de leer y se quedó pensativo unos momentos. Estaban en el Corner Bar, pero esta vez en una mesa distinta. Afuera campeaba el sol y arreciaba el frío.

—De algún modo gané la apuesta —dijo, devolviéndole a Néstor Barría la fotocopia de la carta.

—Era un demonio esta Lorena. Cómo fue tejiendo, sin descuidar el más mínimo detalle, la broma más pesada de todas las que hizo en su vida.

—Una broma “de racimo”.

—¿De racimo?

—Expansiva, como esas famosas bombas.





